



TREN  
DE VENGANZA

*Xavi Casinos*

Barcelona, 1848. Un ex policía —encargado de proteger las obras de la primera línea ferroviaria— destapa una trama relacionada con las colonias americanas y la masonería.

- [Xavi Casinos](#)
  - [Capítulo 1](#)
  - [Capítulo 2](#)
  - [Capítulo 3](#)
  - [Capítulo 4](#)
  - [Capítulo 5](#)
  - [Capítulo 6](#)
  - [Capítulo 7](#)
  - [Capítulo 8](#)
  - [Capítulo 9](#)
  - [Capítulo 10](#)
  - [Capítulo 11](#)
  - [Capítulo 12](#)
  - [Capítulo 13](#)
  - [Capítulo 14](#)
  - [Capítulo 15](#)
  - [Capítulo 16](#)
  - [Capítulo 17](#)
  - [Capítulo 18](#)
  - [Capítulo 19](#)
  - [Capítulo 20](#)
  - [Capítulo 21](#)
  - [Capítulo 22](#)
  - [Capítulo 23](#)
  - [Capítulo 24](#)
  - [Capítulo 25](#)
  - [Capítulo 26](#)
  - [Capítulo 27](#)
  - [Capítulo 28](#)
  - [Capítulo 29](#)
  - [Capítulo 30](#)
  - [Capítulo 31](#)
  - [Capítulo 32](#)
  - [Capítulo 33](#)
  - [Capítulo 34](#)

- [Capítulo 35](#)
  - [Capítulo 36](#)
  - [Capítulo 37](#)
  - [Capítulo 38](#)
  - [Capítulo 39](#)
  - [Capítulo 40](#)
-

**Xavi Casinos**

**Tren de venganza**

# Capítulo 1

## ***Primer contacto con Boada***

—Una vez hundí toda mi flota en América para impedir que cayera en manos del cabrón de Simón Bolívar y sus insurrectos. Ese día juré ante Dios que nada ni nadie me haría retroceder nunca jamás.

Tomás Boada aún conservaba a sus ya casi sesenta años la gallardía y arrogancia que se había traído de su vida en Venezuela y Cuba. Hacía ya una década que había determinado regresar a Barcelona y su rostro, rudo y decidido, seguía tostado por el sol de ultramar. Las pronunciadas entradas en el pelo y sus pobladas y largas patillas resaltaban todavía más su bronceado. Era un moreno, aquel del otro lado del Atlántico, que nunca más abandonan quienes lo adquieren. El bronceado americano es muy distinto al mediterráneo. Se torna crónico, de modo que se distingue por él a los que han venido de allí.

El «americano» Boada había dejado el día anterior una carta a mi nombre en la redacción del *Barcelonés*, el diario en el que mi viejo amigo Manuel Saurí me tenía empleado a temporadas desde que salí de la cárcel. «Señor Rubén Cardona: me gustaría poder hablar con usted mañana a las nueve en mi despacho», decía la escueta nota.

Boada tenía su despacho en la plaza Palacio, en la primera planta del edificio señorial que había construido otro «americano», José Xifré, frente al edificio de la Bolsa. El despacho, lujoso, estaba repleto de recuerdos de la estancia de aquel hombre en las colonias. Colgaban de las paredes pistolas, fusiles y varios objetos indígenas, de indios de Venezuela y de esclavos negros llegados de África para trabajar en las plantaciones cubanas. Máscaras, tapices, estatuillas de todos los tamaños, arcos, flechas, lanzas y otros extraños enseres abarrotaban aquel espacio convertido en una especie de santuario del pasado glorioso de aquel hombre. Pero el objeto más importante del despacho de Boada era algo así como un juguete, un

modelo de una extraña máquina de metal con ruedas encajadas en un camino de hierro que reposaba sobre una mesa en mitad de la estancia.

—Se llama ferrocarril —me dijo Boada mientras yo contemplaba con interés aquel artefacto—. ¿Sabe qué es el ferrocarril, Cardona?

—Es como una diligencia sin caballos inventada por los ingleses que funciona con vapor y camina sobre un camino de hierro a una velocidad nunca vista. También he oído que usted ha invertido su fortuna en ese invento —respondí intentando aparentar mayores conocimientos de los que en realidad poseía.

—El ferrocarril, Cardona, es el progreso, el futuro en el transporte de viajeros y mercancías. Ya lo es en Inglaterra, e incluso en Cuba, y espero que pronto lo sea en España. ¿Qué más sabe del ferrocarril?

—Lo que dicen los periódicos, que usted está construyendo uno —insistí.

—Está usted bien informado. Ésa es la razón por la que le he mandado llamar. Pero por favor, siéntese. ¿Desea un cigarro?

Hasta entonces, la conversación con Boada había transcurrido de pie frente a la maqueta del ferrocarril. Boada se sentó tras su escritorio; yo lo hice enfrente. Era una mesa de madera maciza de roble sobre la que reposaban varias pilas de papeles y una caja de madera lacada, que abrió para ofrecerme uno de los cigarros que él ya fumaba en cuanto entré en el despacho.

—Son de Cuba, de Cabañas, la mejor fábrica de tabaco de La Habana —me explicaba mientras cogía uno—. Los hacen mulatas con una habilidad sorprendente. ¿Sabe cómo enrollan las hojas de tabaco? Hacen girar el cigarro a lo largo del muslo. Erótico, ¿verdad?

Mientras encendía el cigarro y lanzaba las primeras bocanadas de humo, las explicaciones de Boada sobre la fabricación del tabaco habano condujeron mi imaginación hacia fantasías relacionadas con las torcederas. Aquello que sujetaban mis labios se había deslizado alguna vez por el muslo de una exótica cubana. Nunca había estado en Cuba, pero podía imaginar a aquellas mulatas con poca ropa que volvían locos a los europeos que hacían puerto en La Habana.

—Como usted ha dicho —prosiguió Boada liberándome de repente de mis pensamientos de pecado—, estoy construyendo un ferrocarril, el primero que habrá en España. Unirá Barcelona y Mataró, mi ciudad natal. Es una obra muy importante en la que estoy invirtiendo grandes sumas de

dinero, pero no todo el mundo entiende la trascendencia del progreso y las obras son objeto de constantes sabotajes. Por el día ponemos las traviesas de madera para las vías y por la noche las arrancan. Mis ingenieros reciben amenazas y algunos obreros han sido agredidos por desconocidos mientras trabajaban. Quiero que descubra quién está detrás de estos atentados y proteja la línea hasta su inauguración.

—¿Sospecha de alguien? —le pregunté.

—En esta ciudad hay mucha gente a quien le haría feliz mi fracaso. Descubrir al culpable será su trabajo.

—¿Por qué piensa que yo puedo resolverle el problema? —le inquirí.

Antes de responder, Boada abrió uno de los cajones de su escritorio y extrajo un documento. Recostándose en su sillón, consultó el papel y relató:

—Rubén Cardona. Fue policía, y destacó por su valor y dotes de investigador. Entre sus gestas figuran la identificación y detención del asesino de diecisiete ancianas y la recuperación de una joya de gran valor que le fue robada al cónsul francés Fernando de Lesseps. Su brillante expediente no impidió, sin embargo, que fuera expulsado del cuerpo por sus ideas radicales. Participó en la insurrección contra Espartero de septiembre de 1843 y en el intento de asalto a la Ciudadela. Dos años después tomó parte activa en la revuelta de las quintas. Fue detenido y encarcelado en los calabozos de la Ciudadela.

Boada hizo una calculada pausa, levantó unos instantes los ojos del papel y me miró fijamente. Tenía mi historial completo, lo que me dejó casi helado y sin habla. Antes de que pudiera balbucear algo, prosiguió:

—Tras ser liberado intentó volver sin éxito a la policía. Desde hace un tiempo sobrevive como investigador y guardaespaldas por su cuenta. No le va muy bien y tiene dificultades para sobrevivir. —Boada volvió a dejar el documento en el cajón—. Bien, Cardona, por lo visto tiene muchas agallas y poco dinero. Lo primero me vendrá muy bien, y en cuanto a lo otro, estoy dispuesto a pagarle cien reales a la semana hasta la inauguración del ferrocarril.

Intenté disimular mi sorpresa, aunque creo que sin éxito. Cien reales durante unas cuantas semanas, quizá meses, iban a sacarme de sobras de la miseria.

—Es usted muy generoso, señor Boada —no pude por menos que responder.

—No se equivoque, Cardona —interrumpió tajante—, no es generosidad. Esto es una transacción comercial. Le pagaré bien esperando que usted corresponda en consecuencia.

Hizo otra pausa. Se me quedó mirando. Yo aún no podía creerme aquella oferta de trabajo.

—¡Bien!, ¿acepta? —me preguntó al fin.

No podía rehusar. Aquel lunes 27 de marzo de 1848 mi situación creo que era aún peor que la que describía el informe de Boada.

—Trato hecho —dije—, pero será necesario que me adelante algo de dinero...

—Aquí tiene los cien reales prometidos, más otros cien de prima.

Boada me alargó un sobre con la suma. Realmente nunca antes había tenido en mi mano tanto dinero de mi propiedad.

—También necesitaré planos de la obra y toda la documentación que me pueda facilitar —añadí.

—Ya lo había pensado —respondió rápidamente, a la vez que ponía sobre el escritorio una cartera de piel repleta de papeles—. Creo que dentro están todos los documentos que necesitará. Si echa en falta algo que pudiera aportarle información no dude en pedírmelo. Le sugiero —añadió— que esta noche vaya a visitar a mi jefe de obra. Está instalado con su equipo en un campamento al lado del río Besós, junto al puente que lo salva. Se llama Julián Partal. Mi criado, Francisco, le guiará. Tendrán que pasar la noche allí porque habrán cerrado las puertas de la muralla. Ya lo he dispuesto todo: Francisco le esperará con dos caballos a las seis en la puerta de Don Carlos. Y no olvide mantenerme al tanto de sus averiguaciones.

Me levanté de la silla en la que había permanecido durante la entrevista. Estreché la mano de Boada y me dispuse a dejar el despacho. Cuando estaba casi en la puerta, me gritó:

—¡Un momento, Cardona, espere un segundo, por favor!

Me giré y le miré de nuevo. Se había levantado y observaba a través de la ventana hacia la calle de Isabel II, adonde daba la fachada del edificio de Xifré. Y sin apartar la vista de la calle, dijo:

—A mí ya no me interesa la política, Cardona, y a estas alturas de mi vida comprenderá que mi objetivo no es hacerme rico con el ferrocarril. La fortuna la traje suficientemente hecha de América y mis hijos, y probablemente hasta tal vez mis nietos, podrán vivir cómodamente hasta que mueran con las rentas que heredarán. En América, Cardona, hice



algunas cosas de las que no me siento demasiado orgulloso. Lo único que me mueve en este momento de mi vida es dejar algo que merezca la pena y por lo que pueda ser recordado. —El viejo Boada había abandonado por unos instantes la rudeza arrogante con que me había recibido—. Antes de regresar a España —prosiguió—, en Cuba participé como accionista en la construcción de una línea de ferrocarril. Aquello me dio la idea: cuando volviera construiría uno que uniera Barcelona y Mataró. Éste ha sido mi sueño de los últimos años y quiero que se convierta en realidad. Que se me recuerde como el impulsor del ferrocarril en España y no como el indiano de pasado oscuro. —Entonces dejó de mirar a través de la ventana. Se giró y me pidió casi en tono suplicante—: Ayúdeme, por favor.

—Haré lo que pueda, se lo aseguro —le contesté—. Buenos días, señor Boada.

Al salir del despacho de Boada me crucé con un hombre negro; sin duda su criado. No era difícil deducir que aquel hombre llevaba años con Boada, que se lo había traído de América. En Barcelona se decía que aquel indiano había hecho fortuna con el tráfico de esclavos, aunque se contaba lo mismo de todos los que habían cruzado el océano. Me pregunté si aquel criado había sido uno de los desdichados capturados en las costas de África y trasladados a las plantaciones americanas. Cuando nos cruzamos no me dijo nada, tan sólo hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo. Al entrar en el despacho de Boada escuché que éste decía:

—Entra, Francisco, entra.

## Capítulo 2

### ***Buñuelos ante la Bolsa***

Abandoné el despacho de Boada como un hombre nuevo. Llevaba doscientos reales en el bolsillo que me abrían expectativas que hacía escasamente una hora no podía ni imaginar. Mi situación económica había ido empeorando desde hacía algunos meses. Incluso había tenido que abandonar la habitación que ocupaba en una casa de huéspedes de la calle del Carmen. Mis únicos ingresos eran los escasos reales que mi viejo amigo Manuel Saurí me podía pagar por escribir algunas gacetillas en el *Barcelonés*. Incluso me dejaba dormir en la redacción del periódico desde hacía dos meses. Hoy parecía que mi vida iniciaba por fin un vuelco.

En los bajos del edificio de Xifré, casi junto al café Set Portes, estaba la Buñuelería del Tío Nelo. Decidí estrenar mi particular fortuna y darme un capricho, de modo que no me lo pensé dos veces y me senté en una de las mesitas situadas bajo los porches. Le pedí al camarero una horchata de chufa y cuatro buñuelos, de los que fui dando buena cuenta. No había comido nada desde el día anterior al mediodía, gracias como siempre a la generosidad de Saurí. Los buñuelos, en consecuencia, me supieron a gloria.

Ante mí se erigía el edificio de la Lonja, en cuyo interior a esa hora tenía lugar una intensa actividad bursátil. Precisamente en la mesita junto a la mía se tomaba un chocolate con bizcochos un agente de bolsa que consultaba apuntes de una libreta. No quise desperdiciar la oportunidad y me dirigí a él.

—Disculpe, caballero.

El desconocido levantó la vista de la libreta para prestarme atención aunque sin disimular un cierto fastidio por la interrupción.

—Trabaja usted en la Bolsa, ¿verdad? —le pregunté.

—En efecto.

—Verá —empecé—, hace días que leo en los periódicos lo del ferrocarril y me gustaría saber si será un buen negocio comprar acciones.

El agente me miró con aire escéptico. Mi aspecto, aunque no delataba la pobreza en que me encontraba, tampoco era el de alguien que va comprando acciones. No obstante, optó por ser amable.

—No se trata de una inversión que aconseje a mis clientes.

—¿Ah no? —exclamé con fingida sorpresa.

—Muy poca gente confía en el futuro del ferrocarril, salvo ese «americano». ¿Cómo se llama...?

—Boada —le apunté.

—Eso, Boada. La gente —siguió el hombre— no confía en los predicadores del progreso. Personalmente creo que es una moda que han traído los ingleses, y a la gente de Barcelona no le gustan los ingleses. Hágame caso, no se embarque en esa aventura. Si quiere invertir hágalo en las fábricas del textil. Eso sí es progreso.

—Claro —dije como poniendo en valor su consejo—. Dicen que el invento ese de la máquina de vapor ha revolucionado los telares.

—Así es. Compre por ejemplo acciones de La España Industrial.

—¿Y no cree usted que la máquina de vapor revolucione también el transporte?

El agente quizá no esperaba ese razonamiento y por unos instantes no supo qué responder. Finalmente dijo un escueto:

—No lo creo.

En ese momento dio por acabada la conversación y se concentró de nuevo en su chocolate, sus bizcochos y su libreta.

Yo también. Pagué un real por la horchata y los buñuelos. Cruce la calle de Isabel II, rodeando la Bolsa me dirigí a la plaza de San Sebastián y por la calle de la Fustería llegué a la calle Ancha, en cuya esquina con Regomir se encontraba la redacción del *Barcelonés*.

## Capítulo 3

### *Una habitación en la calle de Flassaders*

La imprenta de Manuel Saurí era una de las más importantes de Barcelona. Empleaba a cuatro trabajadores fijos, a veces más si los encargos se acumulaban. Además del periódico, allí se confeccionaba un largo repertorio de documentos. Lo que más me atraía de aquel local era el fuerte e intenso olor a tinta. Por alguna razón química, la inhalación de aquellos vapores produce en mí una especie de hiperactividad que sólo había experimentado antes con la pólvora. Es algo así como una borrachera, pero mientras el alcohol acaba tarde o temprano por dormirte, la pólvora y también la tinta producen el efecto contrario: te mantienen los cinco sentidos en alerta. Al menos en mí.

Los artículos que publicaba de vez en cuando en el *Barcelonés* los escribía en la imprenta. Los textos, gracias al efecto de los vapores de la tinta, casi salían solos de la pluma. Cuando había terminado, componía yo mismo las cajas con las letras y espacios de plomo. Saurí me había enseñado y me encantaba. Era muy divertido.

Cuando hace dos meses Saurí me ofreció la imprenta como refugio por las noches, casi salto de alegría. El problema fue que el olor de la tinta, por ese efecto excitante, no me dejaba dormir. Pasaron dos semanas hasta que el cansancio acumulado por las escasas horas de sueño que lograba conciliar me ayudó a acostumbrarme.

Nada más entrar aquella mañana en la imprenta le conté a Saurí las buenas noticias tras la entrevista con Boada.

—Ahora podré buscar un alojamiento y dejar de abusar de tu hospitalidad —le dije agradecido.

—Siento no haberte podido ofrecer algo mejor. Siempre que lo necesites podrás dormir aquí.

Asentí agradecido. Saurí era uno de los mejores amigos que conservaba de las épocas revolucionarias. Mientras volvía a su trabajo en la

imprensa, yo cogí un ejemplar del *Diario de Barcelona* para consultar los anuncios de hospedaje que se solían publicar. Pronto encontré lo que buscaba:

Una señora viuda que vive en la calle de Flassaders número 31, cuarto piso, desearía alquilar una habitación a caballero a precio convencional.

Leído el anuncio, me dirigí al lugar. La calle Flassaders se encuentra muy cerca de la calle de Montcada. Aunque las casas no tienen el aspecto palaciego de las de esta última, el número 31 era un edificio de cuatro plantas, habitado probablemente por obreros y artesanos.

Doña Mercedes era la dueña del piso de Flassaders. Vivía en el cuarto. El portal era pequeño y la escalera estrecha. En la parte interior tenía una barandilla de hierro con muchas de las piezas cortadas, algo habitual en aquella parte de Barcelona. Decían que las habían cortado los defensores de 1714 de la ciudad para fabricar balas cuando la situación por la falta de municiones era ya desesperada.

Cuando llegué al cuarto llamé a la puerta. Me abrió una mujer mayor.

—Buenos días, vengo por el anuncio de la habitación.

La mujer se me quedó mirando unos instantes intentando adivinar si era seguro dejarme entrar en su casa. Debí pasar el examen, porque transcurridos unos segundos me permitió pasar. Era un piso pequeño. Junto a la entrada había un pequeño saloncito con una mesa de madera y cuatro sillas; adosado a una pared, un mueble con piezas de una vajilla sencilla; dos retratos que supuse de familiares y un sillón de madera junto a la puerta de un pequeño balcón completaban la estancia. Al salón daban tres puertas, dos cerradas que debían de ser dos habitaciones y otra abierta que dejaba a la vista una minúscula cocina. La mujer me hizo sentar en una de las sillas.

—Son cuatro reales al día por la habitación. No incluye comida. —La señora fue directamente al grano.

—¿Puedo verla?

Se levantó y abrió la puerta que tenía justo detrás, a la izquierda de la entrada. La seguí y eché un vistazo a la habitación. Tal como intuía, era pequeña, como el resto del piso. Tenía una cama, un arcón, una mesa estrecha que podría usar como escritorio y una ventana desde la que se veía la torre de la Ciudadela. Estaba lejos de ser un lujo, pero tampoco lo buscaba.

—Me la quedo —dijo finalmente.

La dueña del piso no dijo nada, me indicó el salón, cerró la puerta de la habitación y me hizo el gesto de que volviera a sentarme.

—Mire, parece una buena persona, pero comprenderá que quisiera saber un poco de usted antes de alquilarle la habitación. Vivo sola desde que hace cinco años murió mi marido. Necesito el dinero, pero también la tranquilidad de que mi huésped sea una persona honrada —dijo.

—La comprendo perfectamente, señora. Me llamo Rubén Cardona y fui policía. Ahora trabajo para el ferrocarril y también ayudo en la imprenta de Manuel Saurí —me limité a explicarle.

—¿Eso del ferrocarril es algo malo?

—No, es el progreso —contesté.

—Mi marido trabajaba para un relojero de la calle Unión. Por la noche leía en ese sillón y me hablaba del progreso. Yo no sé muy bien qué es, pero mi marido decía que era bueno. Puede usted quedarse. Cobro por adelantado.

Le pagué dos semanas, tras lo que me dio un juego de llaves.

—La llave grande es del portal, pero hace años que la cerradura está estropeada —me explicó doña Mercedes.

—Gracias. Más tarde traeré mis cosas. Por cierto, esta noche la pasaré fuera de la ciudad.

—¿Cosas del progreso?

—Así es —le contesté sonriendo, y me fui.

## Capítulo 4

### *Escaramuza con los saboteadores*

A la hora convenida llegué a la Puerta de Don Carlos para reunirme con Francisco. Era el portal de la muralla situado más al noreste, entre la Ciudadela y el pequeño fortín junto a la playa. Para llegar era necesario cruzar la explanada comprendida entre la muralla de mar, la Barceloneta y la Ciudadela. En esa explanada se estaba construyendo precisamente la estación del ferrocarril, junto a la plaza de toros, y era por la Puerta de Don Carlos que la vía iniciaba su recorrido hasta Mataró.

Encontré a Francisco esperándome en la parte interior de la Puerta. Ya había empezado a oscurecer y hacía frío, aunque menos del que cabía esperar por la época del año que era. Ya había trasladado las escasas pertenencias que guardaba en la imprenta de Saurí a la habitación que había alquilado a doña Mercedes. Me había puesto un tabardo, debajo del cual y colgado de un cinto escondía dos pistolas cargadas. Boada me había hablado de saboteadores y era necesario ser precavido. Nunca se sabe qué encuentros puede uno tener en estos casos.

—Buenas noches —saludé al criado de Boada, que se limitó a asentir con la cabeza y a tenderme las riendas de uno de los caballos.

No era la primera vez que veía a una persona de color, pero Francisco de veras impresionaba. No era muy alto pero sí muy fuerte, y a juzgar por las canas que asomaban entre su cabello rizado y negro le calculaba una edad similar a la de Boada. Su piel era realmente oscura y me preguntaba si era libre o esclavo. Aunque no tenía ninguna duda de que, de no serlo ya, sí lo había sido alguna vez, esperaba que su condición fuera de libre, pues yo detestaba la esclavitud. En teoría había sido abolida en España hacía treinta años, pero lejos de acabarse, el tráfico de esclavos había aumentado considerablemente en los últimos tiempos en las colonias americanas.

Subimos a los caballos y cruzamos la puerta de la muralla para tomar el camino del cementerio, que transcurría junto a la vía ya construida. El

centinela que hacía guardia en ese puesto de la muralla no perdió detalle de nuestra partida, sin duda el suceso más excitante que había presenciado en aquel lugar desde hacía horas.

Aunque no era el primer hombre negro que se cruzaba en mi vida, sí estaba seguro de que era el primero a quien había dirigido la palabra, y estaba decidido a que fuera Francisco el primer negro en hablarme a mí. Así que insistí y le pregunté:

—¿Es largo el camino hasta el campamento?

—Poco más de una hora si no nos detenemos —contestó Francisco.

Noté que su acento tenía en parte la cadencia de la gente que venía de Cuba y América. Su forma de hablar me recordó la de Guzmán, un cubano con el que compartí celda en la Ciudadela; no obstante el acento de Francisco era distinto, menos melodioso y más seco, y pensé que quizás era porque realmente procedía de África. Tenía ganas de preguntárselo, pero me contuve, a la espera de que nos conociéramos mejor y mejorara su parquedad en palabras.

Habían transcurrido unos cuarenta minutos desde que partimos de Barcelona y ya habíamos pasado hacía rato el cementerio de Poblenou. Nos habíamos detenido en dos ocasiones para inspeccionar detenidamente dos tramos de la vía. Proseguíamos la marcha cuando Francisco me alertó sobre unas sombras que se movían unos cuantos metros ante nosotros.

Pese a la oscuridad, pudimos ver un pequeño grupo de tres o cuatro personas manipulando la vía. El hecho de que trabajaran sin luz me hizo descartar enseguida que fueran obreros de Boada y, por tanto, debían de ser saboteadores.

Jaleamos a los caballos y nos dirigimos hacia ellos.

—¡Alto! ¡¿Qué están haciendo?! —grité.

El grupo reaccionó rápidamente iniciando la huida cada uno en una dirección distinta. Escogí a uno de ellos y lo perseguí con el caballo; vi que Francisco hacía lo propio con otro. Mi presa se metió entre unos árboles y me vi obligado a desmontar para seguir con la persecución. Lo tenía sólo a unos metros, a punto de alcanzarlo, cuando inesperadamente se revolvió hacia mí empuñando un cuchillo de considerables dimensiones. Casi no tuve tiempo a reaccionar y apenas pude esquivar el golpe de navaja que me dirigió. Vi el filo de la hoja, de más de un palmo de longitud, pasar frente a mis ojos: el tipo sabía usar aquella arma. Caí de espaldas al suelo, intentando desesperadamente sacar la pistola mientras mi agresor se



abalanzaba sobre mí. Pensé que estaba perdido cuando una tercera sombra apareció providencialmente en escena. Era Francisco, que lanzó un puñetazo que impactó en la cabeza del saboteador, lo que impidió que cayera sobre mí con su navaja.

Cualquiera habría perdido el sentido con semejante golpe, pero la mole aquella se levantó y empezó a correr. Yo conseguí por fin sacar la pistola, la amartillé, apunté al tipo —o mejor dicho a la sombra que huía— y disparé. No le alcancé. Francisco y yo intentamos seguirle de nuevo, pero lo perdimos.

Me dejé caer sentado al suelo. El corazón parecía que iba a salirse del pecho y la cabeza también me palpitaba aceleradamente. Francisco se acercó.

—¿Está bien, señor Cardona?

—Sí —balbuceé aún casi sin aliento. Le debía la vida a aquel hombre—. Gracias —le dije mirándole a los ojos.

Me tendió una mano para ayudarme a levantarme. Su tacto me dio una más que clara idea del tremendo golpe que se debió de llevar mi atacante. Nos dirigíamos de nuevo a nuestros caballos para proseguir hasta el campamento cuando un ruido de cascos al galope nos alertó de nuevo. Se acercaban dos jinetes.

—Es el ingeniero Partal —advirtió Francisco en cuanto estuvieron más cerca.

—Francisco, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Partal con tono de alarma mientras bajaba de su caballo.

—Sorprendimos a unos saboteadores. Intentamos capturar a alguno pero no tuvimos éxito —explicó el criado de Boada.

—Usted debe de ser Cardona, el detective —me dijo el ingeniero mientras me tendía la mano.

—En efecto.

—Boada me envió esta mañana una nota anunciando su visita. Lamento que no haya sido en circunstancias menos agitadas.

—No se preocupe. ¿Han causado mucho daño?

Partal se dirigió a la vía para comprobar el alcance del sabotaje.

—Por suerte no han tenido mucho tiempo. Sólo han arrancado dos raíles y unas pocas traviesas; nada irremediable. Por desgracia, ya estamos acostumbrados.

Partal nos acompañó hasta el campamento. Eran dos barracones de madera y tres tiendas de campaña dispuestas junto al río Besós y a un centenar de metros de la playa. Uno de los barracones servía de dirección técnica de la obra y tenía una litera con tres camas. En el otro barracón había la cocina y el comedor para los obreros, así como una docena más de literas para los trabajadores que pasaban la noche en el campamento. En las tiendas de campaña se guardaba material y se refugiaban los centinelas nocturnos.

Nos instalamos en el barracón de Partal, que hizo que nos sirvieran algo de cena. Sopa, una lubina asada y vino gentileza de la compañía, que se abastecía regularmente de unos pescadores y de una masía cercana al campamento. Aprovechamos la cena para que Partal me pusiera al día.

—Casi cada semana somos víctimas de un intento de sabotaje —nos explicó el ingeniero.

—¿Y qué medidas de seguridad ha dispuesto?

—Tenemos hombres patrullando constantemente, pero los saboteadores siempre encuentran el momento para actuar. Hasta ahora los destrozos no han sido importantes. Se limitan a desmontar algún tramo de vía ya construido; a veces atacan directamente a los trabajadores y huyen.

—¿Nunca han conseguido capturar a alguno? —pregunté.

—No. Son rápidos y escurridizos.

—Ya veo. Esta mañana pregunté a Boada si sospechaba de alguien. Su respuesta fue vaga. ¿Recela usted de alguien?

—Personalmente, de las líneas de diligencias y carruajes. Hace unos meses Boada y yo fuimos increpados en plena calle por el dueño de una de las líneas. Nos amenazó y dijo que se encargaría personalmente de impedir que nos saliéramos con la nuestra —explicó Partal.

—¿Cree que está detrás de los sabotajes, que está cumpliendo su amenaza?

—No lo puedo probar, pero si el ferrocarril es un éxito será uno de los principales perjudicados.

—¿Sabe su nombre?

—Manuel Nogués, propietario de varias líneas de la costa. Pero debo advertirle de que el ferrocarril tiene otros enemigos, como los propietarios de los terrenos que han sido perjudicados por el paso de la vía. Algunos vendieron de buena gana, pero otros muchos han expresado repetidamente su desacuerdo con las condiciones de la expropiación.

Mientras Partal y yo hablábamos, Francisco permanecía comiendo en silencio sentado con nosotros a la mesa. Una vez hubo acabado de cenar, me llamó la atención que extrajera un anillo del dedo mayor de la mano derecha y se empleara en limpiarlo a fondo. El anillo no era ni de oro ni de plata, tan sólo de un metal sin valor, aunque tenía un sello de ciertas dimensiones. Francisco estaba eliminando unas manchas de sangre seca que sin duda pertenecían al saboteador al que golpeó.

—Francisco, ¿puedo ver ese anillo? —le rogué.

Su primera intención fue esconderlo, pero finalmente me lo entregó aunque sin quitarle el ojo de encima mientras yo lo manipulaba.

—Golpeaste con él al tipo que me iba a apuñalar, ¿no?

—Sí.

—¿Pudiste ver dónde le golpeaste?

—Estaba bastante oscuro, pero creo que le di cerca del pómulo izquierdo —aclaró Francisco.

—En ese caso, nuestro hombre debe de llevar bien visible la señal del golpe, e incluso puede que le haya quedado marcado en plena cara el sello que tiene grabado el anillo.

Tomé un trozo de papel, lo situé sobre el sello y lo rayé con un lápiz, de modo que quedó expuesto claramente el dibujo. Devolví el anillo a Francisco, que pareció aliviado al recuperarlo, y me guardé el papel. Sin duda, el anillo tenía un significado importante para él. Ignoraba cuál, pero no me importaba demasiado. Lo único que me interesaba era el dibujo.

—Si encontramos a ese hombre podremos saber quién está detrás de todo esto —sentenció.

## Capítulo 5

### *La deuda de Boada*

A la mañana siguiente Francisco y yo iniciamos temprano el regreso a Barcelona. Entramos en la ciudad por el Portal de Don Carlos, el mismo por el que habíamos salido la noche anterior. Antes que nada iba a visitar a Boada para darle cuenta de nuestro encuentro con los saboteadores.

Al llegar a la puerta de la oficina, Francisco cogió las riendas de mi caballo para llevarlo junto con el suyo a la cuadra. Yo subí las escaleras que desde la calle conducían al despacho. Boada me esperaba con su sempiterno cigarro habano humeando en la boca. Estaba de pie, de espaldas a la puerta de entrada y mirando a la calle a través del ventanal.

—Buenos días, Cardona —dijo sin dirigirme la mirada—. Tengo entendido que tuvo algún problema anoche.

—Así es señor: Francisco y yo dimos con un grupo de saboteadores. Por cierto, creo que le debo la vida a su...

Fue entonces cuando Boada interrumpió de golpe su contemplación de la calle Isabel II y se volvió súbitamente hacia mí. Su cara era de enojo y rabia, al borde de la violencia.

—¿Iba usted quizá a decir esclavo, Cardona?

—Pues...

Mi titubeo pareció enfurecerlo aún más.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Salga de aquí!

Reconozco que el golpe de genio de Boada me amedrentó en un primer momento. Su tono casi militar dejaba claro que a lo largo de su vida no sólo había tenido que mandar a gente en episodios difíciles, sino que además debió de imponer su autoridad. Pero pronto reaccioné. En aquella situación era también necesario que impusiera mi carácter si quería mantener su respeto.

—¡Cállese, viejo amargado! —le dije elevando el tono de mi voz. Boada no lo esperaba y se quedó un segundo inmóvil. Antes de que pudiera

reaccionar, proseguí—. Debiera usted saber que entre las ideas que me llevaron a la cárcel estaba la abolición de la esclavitud. Me extraña que no figure en ese informe tan detallado que guarda sobre mí en el cajón de su escritorio.

Boada optó por mirarme fijamente.

—Sepa —continué— que no iba a decir esclavo, sino negro, y que me he detenido ante lo que me ha parecido un modo despectivo de dirigirme a un hombre que hace sólo unas horas me ha salvado la vida. En cualquier caso no soy yo quien debe lavar su conciencia con el esclavismo. ¿O es que ignora que toda Barcelona habla de cuál es el origen de su fortuna?

Boada se dirigió a su escritorio y se sentó un tanto abatido en el sillón.

—Le pido disculpas, Cardona. —El «americano» parecía sincero. Cogió dos vasos y los llenó de coñac—. Siéntese, haga el favor. Le voy a explicar algo.

Me senté y tomé el vaso que me tendió Boada.

—Francisco no es esclavo, pero lo fue. Lo compré en el puerto de Maracaibo hace ya más de treinta años. Lo habían traído de África siendo muy joven y había pasado sus primeros años de esclavitud en una plantación en Cuba. Al morir su propietario, la viuda vendió la mayor parte de los esclavos para pagar deudas. Acabó en Maracaibo y ahí lo compré. Tenía más o menos mi edad; lo destiné a mi servicio directo. Me acompañaba a casi todas partes, incluso lo llevé conmigo en las campañas contra los insurrectos de Miranda y Bolívar.

El viejo interrumpió su relato para beber casi de un trago su coñac y reencender su habano después de mojar el extremo del cigarro por el que se aspira el humo en el licor, una costumbre —me explicó— habitual entre los fumadores cubanos, aunque allí lo hacían con ron.

—A mí también me salvó la vida en cierta ocasión —prosiguió—. Fue durante la guerra en Venezuela. Perseguíamos a unos rebeldes y caímos en una emboscada. Me hirieron en un hombro. Estaba tendido en el suelo y pude ver a uno de los atacantes apuntándome a unos metros con una pistola. Escuché la detonación del disparo, pero no me alcanzó. No tuvo tiempo: antes lo hizo Francisco.

Escuchaba a Boada en silencio y con respeto. No podía esconder la emoción al evocar aquellos recuerdos y siguió narrando su historia.

—Tras acabar con aquel tipo, Francisco logró arrastrarme hacia la maleza, me cargó a hombros e inició la huida. No recuerdo qué pasó, pues

perdí el conocimiento. Me desperté en una cueva, junto a un fuego. Francisco me había curado la herida; por suerte la bala no se había quedado dentro del hombro. Al cabo de unos días viajando al anochecer logramos alcanzar nuestras filas. Desde entonces jamás volví a tratarle como mi esclavo y en gratitud le concedí la libertad. Podía haberse ido, pero se quedó conmigo. Y ya no nos hemos separado.

—Ahora soy yo quien le pide disculpas, señor Boada, y sepa que me alegra que Francisco dejara de ser esclavo. Pero no puedo entender que lo fuera algún día, que fuera vendido y comprado como si fuera un animal.

—Mire, Cardona —dijo Boada—, voy a responder a su insinuación de antes. Sí, en efecto, en mis primeros años en América trafiqué con esclavos; era una manera rápida y segura de ganar dinero. Y le diré algo: la vida en América es muy dura. Cuesta salir adelante, crear progreso. Sin esclavos, la economía de las colonias no existiría. Es simple, no habría mano de obra. Y aunque hubiera suficiente población de origen europeo dispuesta a trabajar los campos, no resistirían mucho tiempo, enfermarían enseguida. Por eso es necesario llevar negros de África, habituados ya a las dificultades de los climas extremos. —El viejo indiano tuvo que apercibirse del escepticismo que dominaba mi rostro. Quizá por ello añadió—: La esclavitud es una de esas cosas de las que le dije ayer que no me sentía orgulloso, y mucho menos después de tantos años de amistad con Francisco.

Estaba claro que en el interior de aquel hombre yacía una contradicción tremenda. Se decía liberal, pero defendía la vulneración de la libertad.

—Mire, Cardona —concluyó—, ahora a usted y a mí, además de nuestra relación profesional, nos une el deberle la vida a Francisco.

## Capítulo 6

### *Rastreando en las tabernas de la Barceloneta*

Dejé a Boada con sus recuerdos y, con toda seguridad, remordimientos. El «americano» rudo y maleducado llevaba consigo desde hacía treinta años una pesada carga en torno a la figura de Francisco que le costaba reconocer y le contradecía consigo mismo. Cuando fue a América no dudó en traficar con esclavos, incluso adquirió uno para su uso personal. Éste le acabó salvando la vida, motivo de un sello eterno de gratitud.

Quizá fuera una búsqueda interior de reparación de daño lo que motivaba a su vez ciertas actitudes altruistas de Boada, como esta aventura del ferrocarril. Dilapida parte de su fortuna en un proyecto de progreso para su tierra natal; a cambio, recibe la incomprensión y el boicot de una parte importante de los supuestos beneficiarios.

En fin, una vez hube abandonado el despacho de Boada me dirigí hacia la Puerta de Mar de la muralla para encaminarme después a la Barceloneta y visitar algunas de las pudas instaladas junto al muelle. Sabía de mi época de policía que en esas tabernas malolientes del barrio de pescadores solían rondar maleantes y gentes de mal vivir. Era también el lugar donde uno podía contratar a alguien dispuesto a hacer cualquier trabajo sucio a cambio de unas monedas.

Entre ellos había bastantes marineros sin barco que intentaban sobrevivir como fuera a la espera de que un patrón los contratara para algún nuevo viaje. La mayoría de las pudas estaban en la calle Nacional y en algunas de las travesías que se adentraban en el barrio camino de la playa, como San Carlos, Concordia, San Fernando o San Juan.

Entré en primer lugar en la puda El Negro. La puerta, estrecha, daba acceso a un local de techo bajo en forma de bóveda. Una sola ventana dejaba entrar la poca luz del día, lo que acentuaba la negrura de los muros ahumados por efecto de los candiles y el tabaco. Si algo caracteriza a las pudas es la suciedad y el olor desagradable. Por eso en Barcelona llaman así

a estas tabernas, porque una puda, en catalán, es un manantial maloliente de aguas sulfurosas. Además, en El Negro estaban asando arenques en ese preciso instante.

Me quedé en un rincón, donde había un taburete sin dueño cerca de la única ventana. Desde la barra el tabernero me preguntó qué quería, a lo que contesté que un vaso de vino y un arenque; mi objetivo era integrarme mejor en el ambiente reinante y llamar menos la atención. Permanecí en la puda por algo más de una hora. Nadie entró con un golpe en la cara mientras estuve allí, de modo que me dirigí hacia otra taberna.

A unos cuantos metros de El Negro se encontraba El Indio. Esta puda reproducía el esquema de la anterior; la diferencia era que aquí no asaban arenques y el local era algo más amplio. En el fondo se había hecho espacio para un pequeño escenario, donde me aguardaba una agradable sorpresa.

Allí, interpretando canciones con su inseparable guitarra estaba un viejo amigo, el músico Anselmo Clavé, con el que compartí asalto y cautiverio en la Ciudadela. Dejé que me viera y me dirigió un gesto para que esperara a que terminase su actuación, consistente en un repertorio de dudoso buen gusto sobre las cualidades femeninas que era por supuesto muy bien recibido por la clientela del establecimiento.

Esperé a Anselmo en otro taburete vacío en otro rincón tomando otro vaso de vino tan malo como el de El Negro. Cuando hubo terminado se dirigió hacia mí. Nos abrazamos efusivamente, pues hacía al menos un año que no nos veíamos.

—No esperaba encontrarte en un sitio como éste —le dije.

—Ni yo a ti, la verdad. Pero en mi caso ya sabes que componiendo música no se gana uno la vida, y menos con nuestros antecedentes revolucionarios. Uno debe recurrir a ingresos alternativos. Tocando de taberna en taberna, de café en café y de merendero en merendero al menos te aseguras unas monedas y una cierta manutención alimenticia. Bien, yo ya te he explicado mis motivos, pero a ti, ¿qué se te ha perdido en un antro como éste?

—Trabajo —contesté—. Trabajo para el ferrocarril. Me han contratado para investigar los sabotajes en las obras.

—Hace unos meses encontré a Saurí en una reunión y me contó que te intentabas ganar la vida haciendo de detective...

—Tan sólo intento aprovechar mi experiencia como policía. ¿Así que viste a Saurí? Pues no me comentó nada —dije extrañado.



—No se debió acordar. También me dijo que escribías en su periódico.

—Tan sólo gacetillas. No sé qué habría sido de mí sin Saurí, la verdad.

—Así que proteges las obras del ferrocarril bebiendo vino en las tabernas de la Barceloneta. ¿Ya sabe ese «americano» de Boada tus métodos de investigación? —me cortó Anselmo en tono jocoso.

No tuve más remedio que reírle la gracia porque realmente sonaba extraño, de modo que decidí contarle mi reciente aventura nocturna.

—Anoche, mientras inspeccionaba las obras de la vía, sorprendí a dos saboteadores. Tuvimos un forcejeo, pero lograron huir. El criado negro de Boada, que me acompañaba, le propinó un puñetazo en la cara a uno de ellos y debió de dejarle una buena marca porque llevaba un anillo de esos con sello en uno de sus dedos. Espero tener suerte y encontrar por aquí a alguien con una herida semejante.

—Entiendo...

Anselmo se quedó unos instantes pensativo antes de añadir:

—Oye, quizá sólo sea una coincidencia, pero anoche estaba tocando aquí cerca, en la taberna La Bomba...

—¿La de la plaza de San Miguel?

—Sí, en efecto. Entraron dos tipos, uno de ellos parecía haber tenido una pelea y llevaba un gran hematoma en la parte izquierda de la cara. Estuvieron hablando un rato con otro hombre y se fueron los tres.

—¿Pudiste ver bien al del hematoma? ¿Era un tipo fuerte? —pregunté.

—Sí, muy robusto. El otro era un poco más enclenque.

—¿Y el tercer hombre?

—No pude verle bien porque estaba de espaldas al escenario. Eso sí, no tenía el aspecto de paria de los otros dos. Era corpulento y se cubría con una capa negra y un sombrero de ala ancha.

—¿Los habías visto anteriormente?

—Honestamente, Rubén, todos estos tipos que merodean por las pudas de la Barceloneta tienen la misma pinta y no suele haber ninguno que me despierte un especial interés. El otro día el más grande llamó mi atención porque no hacía más que quejarse del daño que le hacía la cara. La verdad es que el golpe era de los que deben de doler un buen rato, al menos una semana.

—Puedo dar fe de que así es. Por casualidad no tocarás esta noche en La Bomba...

—Pues sí, tocaré.

—Si no te importa —sugerí a Anselmo— me dejaré caer por allí, y si alguno de esos tipos aparece agradecería que me lo indicaras.

Anselmo titubeó unos instantes. Finalmente asintió:

—De acuerdo, pero con la condición de que ésa será mi única relación con este lío que te llevas entre manos. Si ése es el tipo que buscas, no parece muy simpático. De hecho, apostaría a que es bastante peligroso, de navaja fácil, ya me entiendes. Lo que pase a partir de ese momento será cosa tuya.

—Claro, Anselmo, claro —le aseguré.

# Capítulo 7

## *Entre putas y pendencieros*

La Bomba se llamaba así por la carcasa de proyectil que lucía sobre la puerta de entrada, una de las bombas que Espartero ordenó lanzar desde los cañones de Montjuïc el 3 de diciembre de 1842 para sofocar la sublevación contra su política como regente. Aquel día me hallaba de servicio y me tocó socorrer a los enfermos del Hospital de la Santa Cruz, donde impactaron cinco proyectiles. Fueron horas de fuego de artillería sin cuartel que no respetó nada ni a nadie. Un niño, casi un bebé, murió en mis brazos mientras le evacuaba de una sala alcanzada por una de las bombas. No recuerdo cuánto rato estuve sentado en un rincón de lo que quedaba de aquella parte del hospital sosteniendo el cadáver del niño, hasta que un compañero me lo cogió.

Aquella masacre cambió mi vida, radicalizó mis ideas políticas. La tragedia que Barcelona vivió aquel negro 3 de diciembre, día de san Francisco Javier, me empujó a participar activamente en la insurrección del año siguiente, lo que me acabó llevando a la cárcel y expulsado del cuerpo de policía. No pasa un día sin que el recuerdo de aquel niño brote en mi mente.

El proyectil de La Bomba cayó en la vivienda del dueño de la taberna, situada en el piso superior. Milagrosamente no explotó. Su carcasa es la que ahora luce en la entrada, después de que el propietario la hiciera incrustar en el muro para no olvidar nunca aquella trágica jornada.

A la hora convenida con Anselmo me presenté en La Bomba. Él ya cantaba con su guitarra. Me aseguré de que me había visto y me acomodé en un rincón. El instalarme siempre en una esquina es otra de las herencias de mi pasado policial: te permite vislumbrar toda la sala a la vez que tienes la espalda cubierta. Llevaba camufladas entre mis ropas dos pistolas cargadas y una navaja de ciertas dimensiones; nunca se sabía en estos ambientes. Pedí una jarra de vino y empecé a consumirla lentamente junto a

tres cigarros que había comprado a una mujer que los vendía en la entrada de la taberna. Por supuesto no eran los habanos de Boada, sino un producto totalmente artesano que solían fabricar en sus casas marineros de la Barceloneta. Sabían a demonios, pero formaban parte del *atrezzo* para integrarse en el ambiente fétido de La Bomba.

Era aún temprano, y por eso entre la parroquia del local reinaba una calma relativa. Pero pronto el aguardiente de mala calidad empezaría a transformar el ambiente y los pendencieros acabarían provocando alguna pelea. En esos casos cabían dos posibilidades: si la trifulca se llevaba a la calle, el tabernero la ignoraba. No era cosa suya. Si se complicaba en el interior del local, el dueño empuñaba un trabuco que escondía debajo de la barra, mientras sus empleados echaban mano de unos garrotes previstos para tales ocasiones que llamaban graciosamente «calmantes». Normalmente estas razones eran más que convincentes y la pelea terminaba o se trasladaba a la calle. En caso contrario, alguien acababa con la crisma rota.

Entre el público de las putas también abundaban las prostitutas que buscaban clientes. Te empezaban pidiendo entre dos y tres reales por pasar un rato en un camastro de un habitáculo cercano, pero regateando podías acabar dándote un alivio por unos pocos céntimos en un portal o en el pequeño patio trasero de la taberna si habías consumido lo suficiente para que el propietario accediera.

—Eres guapo —me dijo una de esas mujeres que se acercó a mi mesa.

—¿De veras?

—Sí, pero hace tiempo que la belleza de los hombres dejó de interesarme. Aunque puedo ofrecerte el agujero de mi cuerpo que más te apetezca, salvo los de las orejas, que los quiero mantener vírgenes.

—No sé si eres ingeniosa o cínica, o las dos cosas a la vez —le dije.

—Oye, cielo, mi tarifa no incluye aguantar discursos.

No tenía ninguna intención de irme con ella, pero de pronto pensé que si se quedaba conmigo completaría muy bien mi integración en el ambiente. De modo que le propuse:

—Ahora mismo no tengo ganas de sexo, pero puedo invitarte a vino y quizá dentro de un rato me convences para ir ahí detrás.

—¿Eres policía? —me interrogó mientras estudiaba la oferta.

—No.

—De acuerdo. De todas formas hoy no es mi día.

Se sentó y le llené un vaso con vino de mi jarra. Al ver que fumaba también me pidió uno de esos cigarros de tabaco reseco.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté con el fin de iniciar una conversación que diera la sensación de normalidad.

—Me llaman la Yegua.

La miré fijamente, como interrogándola con los ojos para saber el origen del mote, aunque me hacía una pequeña idea. La Yegua me entendió perfectamente, por lo que inició una breve explicación.

—Me llaman así porque durante algunos años tuve un cliente fijo que venía diciendo que buscaba una yegua para cabalgarla. Tenía gustos raros, de modo que muchas lo evitaban. Yo era de las nuevas y no sabía de su reputación. Le gusté y desde entonces sólo me buscaba a mí. Sus manías las compensaba pagando muy bien. Era uno de esos ricos de la calle Montcada o por ahí. Por desgracia una sífilis se lo llevó al otro barrio hace unos años.

—Curioso, pero me refería a tu nombre de verdad.

—Mis padres me llamaban Isabel, pero de eso hace tanto tiempo que a veces ni me acuerdo. Ahora me llamo como quieren mis clientes, mi chulo, cuando lo he tenido, o la *madame* del prostíbulo de turno, depende de la época.

—Isabel es un nombre muy bonito —le dije.

Fue entonces cuando me pareció percibir un asomo de emoción en su rostro, y una especie de estremecimiento se apoderó durante un segundo de su cuerpo.

—Hacía mucho tiempo que nadie me decía algo tan bonito —dijo. Y añadió—: Pero no esperes una rebaja si al final vamos ahí atrás.

En aquel momento, Anselmo, que seguía con su repertorio, terminó la canción con un brusco y sostenido raspado de su guitarra, lo cual llamó mi atención. Dirigí la vista al escenario y un guiño hizo que girara mi cabeza hacia la entrada. Apoyado junto a la puerta apareció un tipo fornido con un golpe en la cara que coincidía con el que estaba buscando.

—Isabel, ¿quieres ganarte seis reales?

—No me digas que tú también tienes manías raras. ¿Es que atraigo a los degenerados o qué?

—No es nada de eso, mujer —la tranquilicé—. ¿Ves a ese tipo grandote junto a la puerta? Míralo disimuladamente.

Así lo hizo.

—Sí, ¿y qué?

—Necesito hablar a solas con él un rato ¿Podrías llevártelo a un sitio discreto?

—Oye, tío, no quiero problemas, yo me gano la vida por aquí.

—Tú llévalo y cuando yo aparezca te echaré un poco a las malas. ¿Será suficiente teatro?

—Está bien. Dame el dinero.

—Toma. Y si cumples te daré otros dos reales. Seguramente es más de lo que ganas en dos o tres días.

La prostituta cogió el dinero.

—Un poco más abajo, en dirección a la playa, hay un callejón solitario. Lo llevaré ahí. Pero date prisa, este tío es un poco violento —dijo.

—¿Lo conoces?

—De oídas. Ronda por aquí desde hace un par de semanas pero ya se ha hecho una fama. Llegó en un barco italiano, creo. Es uno de esos buscavidas. Por cierto, si me ahuyentas en el callejón, ¿cómo me pagarás los otros dos reales?

—Te doy mi palabra.

—Hace tiempo que dejé de creer en la palabra de los hombres...

—Pues esta vez tendrás que fiarte de la mía. Mira, pásate mañana a las once por la imprenta de Manuel Saurí, en la calle Regomir. Yo estaré ahí, y si no, los habré dejado a tu nombre... —y añadí con toda la intención—, Isabel.

De nuevo la pronunciación de su nombre provocó aquel leve efecto en la mujer.

—Espero no arrepentirme —respondió, y se levantó de la mesa.

Disimuladamente con la mirada seguí desde mi rincón el trayecto de Isabel hasta el tipo. No fue directa, sino que se fue entreteniéndolo en algunas mesas y clientes con la clara intención de hacerse notar. No había duda de que era toda una profesional, sabía hacer su trabajo. Al cabo de unos instantes se plantó frente a su objetivo. Se le acercó y le dijo algo al oído que no pude escuchar.

Al poco los dos salieron del local. Dejé unas monedas sobre la mesa y me dispuse a seguirlos tras lanzar una mirada de complicidad a Anselmo. Por supuesto no tenía la certeza de que Isabel cumpliera lo pactado. Me la podía jugar, claro, y alertar al tipo, pero en este oficio a veces te tienes que arriesgar. Además, estaba demasiado cerca del saboteador como para perder la segunda oportunidad de atraparlo y hacerle hablar. Para ello contaba

ayudarme con mis pistolas y el cuchillo, de dimensiones aptas para resultar convincente.

Desde la puerta de la taberna pude ver a mi derecha cómo Isabel y su acompañante doblaban la primera esquina. Aguardé unos segundos y seguí su misma dirección. Al llegar a la esquina me paré y encendí mi último cigarro, momento que aproveché para observarlos. No tardaron en introducirse en el callejón que me había indicado Isabel. De momento todo iba según lo planeado.

Me fui acercando al callejón despacio. Antes de introducirme escuché unos leves gemidos, señal de que Isabel estaba haciendo su trabajo. Tomé una de las pistolas, la amartillé y me aseguré de tener el cuchillo a mano, además de una porra de madera que completaba mi armamento personal, otro recuerdo de mi época de policía. Respiré profundamente, en un intento de controlar mi excitación, y penetré en el callejón. Ahí estaba el tipo de pie y apoyado en el muro, e Isabel agachada frente a él.

—¡Quieto ahí! —dije en voz alta mientras le apuntaba con la pistola —. Tú, puta, lárgate a mamársela a otro.

Isabel obedeció sin pestañear y salió corriendo del callejón.

—Y tú tranquilo, mantén las manos en alto... y los pantalones donde los tienes ahora mismo. Ahí están muy bien.

—Bajados hasta los tobillos le impedían moverse, viejos trucos policiales—. Vamos a charlar un rato. ¿Dónde estabas ayer a estas horas?

El tipo permaneció en silencio sin dejar de mirarme desafiante.

—Deja que te lo recuerde —proseguí—, estabas desmontando vías del ferrocarril. ¡Ah sí!, también intentaste matarme. ¿Para quién trabajas?

—Ni lo sé ni me importa. Un amigo me propuso el trabajo a cambio de unas monedas. Necesito dinero y lo demás no es asunto mío —contestó impertinente.

—Y ese compadre que reparte trabajo, ¿quién es?

—Aquí se acaba la información, amigo —dijo.

Sin dejar de apuntarle empuñé la porra y le golpeé fuerte con el extremo en el estómago. Cayó doblado de rodillas resollando de dolor.

—Ni tengo prisa, ni razones por las que no deba volarte la cabeza, de modo que yo de ti hablaría antes de que se me agote la paciencia. Si te he encontrado a ti también puedo encontrar a tu compinche. Así de fácil. Desembucha —añadí, a la vez que le arreaba de nuevo en la espalda.

—¡Vete al infierno! —gritó entonces el tipo, que había aprovechado su posición para hacerse con un cuchillo que llevaba escondido en una bota y abalanzarse con rabia sobre mí.

Reconozco que no esperaba aquella súbita reacción, pero tenía los cinco sentidos alerta, de modo que pude esquivar su envite. Fui a dispararle, pero tuve tiempo de pensar que no me convenía llamar la atención de los habituales del lugar, así que opté por lanzarle la porra a la cara, que logró parar con su antebrazo, y cogí mi chuchillo, de cuyo manejo admito tener una cierta habilidad. Se lanzó furioso sobre mí, pero con un giro rápido de cintura lo esquivé y le clavé la hoja con un golpe certero. Titubeó unos segundos y cayó desplomado. Aparté su cuchillo de una patada y me acerqué. Aún estaba vivo.

—¿Para quién trabajas? —insistí.

—Hijo de puta... —fue lo último que acertó a decirme de forma entrecortada antes de morir.



## Capítulo 8

### *Revisando las pertenencias del saboteador*

Llegué a mi habitación de la calle Flassaders con el corazón todavía fuera de sitio. No había sido mi primera pelea de cuchillos ni tampoco la primera vez que mi contrincante se llevaba la peor parte, pero eso es algo a lo que al menos yo jamás podré acostumbrarme. Antes de abandonar a toda prisa el callejón, registré al tipo. Las escasas pertenencias que decidí cogerle estaban ahora sobre la mesita que había en mi cuarto. Una hoja doblada de papel, una pipa, una bolsa con tabaco, una pequeña navaja, unas pocas monedas y un cartón impreso de pequeñas dimensiones.

Desdoblé el papel grande: era el mapa para llegar a la zona de obras del ferrocarril y marcaba el punto en el que sorprendimos Francisco y yo a los saboteadores. El pequeño cartón tenía escrito: Hogar del Marino y el número 34.

Sé muy bien qué es el Hogar del Marino gracias a mi pasado; se trata de una especie de comedor y dormitorio benéfico para los marineros sin recursos. Ahí les garantizan un camastro y dos comidas al día, si se puede llamar comida a un mejunje que dicen que es sopa y que en realidad es agua hervida con algunas sobras cuya procedencia es mejor no conocer. El cartón es una especie de comprobante de que el portador ha sido acogido en el centro, con el número del camastro que le ha sido asignado escrito en él.

El resto de objetos carecían de importancia, de modo que me acosté para intentar dormir, lo que no sería fácil. En primer lugar por la excitación como consecuencia de la pelea, y también, debo confesarlo, echaba de menos mi querido olor a tinta de la imprenta de Saurí.

En la hora larga que supongo tardé en conciliar algo de sueño pasé revista a los últimos acontecimientos, intentando ordenar la información recabada y extraer alguna conclusión. También pensé en lo que haría al día siguiente. Por supuesto visitaría a Boada para explicarle el suceso. En segundo lugar debería echar un vistazo al Hogar del Marino por si podía

averiguar con quién se relacionaba el saboteador. Había muchas posibilidades de que hubiera sido reclutado para los ataques al ferrocarril por otros maleantes habituales del centro. ¡Ah!, y pasaría por la imprenta de Saurí a dejar el dinero prometido a Isabel, aunque no estaba seguro de que fuera.

La cuestión era ahora cómo visitar el Hogar del Marino sin levantar sospechas. Quizá me haría pasar por marinero en busca de barco. Aunque bien pensado, nadie se creería que soy marinero.

## Capítulo 9

### *El anillo masónico*

—¡Rubén! ¡Eh, Rubén!

Era Anselmo quien así me gritaba. Acababa de salir de mi casa en Flassaders para dirigirme a la oficina de Boada y apenas llevaba andados unos metros.

—¡Anselmo! ¿Me estabas esperando? —le dije sorprendido.

—Sí, Saurí me ha dicho dónde te podía encontrar. No sabía que habías dejado la imprenta para alojarte aquí.

—Hace tan sólo unos días.

—Menuda se organizó anoche —prosiguió casi atragantándose Anselmo—. Una hora después de que te fueras entró un tipo en la taberna gritando que había un muerto en el callejón. Se lo encontró cuando fue allí con una prostituta. Todos fueron a verlo y yo también. La verdad, pensaba que podías ser tú, pero no, era el matón del golpe en la cara. ¿Te lo cargaste tú?

—¿No podrías decirlo un poco más alto? Puede que haya quien aún no se ha enterado —le dije sin disimular mi enojo por su falta de discreción.

—Perdona, es que estoy algo nervioso. ¿Fuiste tú? —insistió.

—¿Y qué si fui yo? ¿Acaso era un pariente?

—No digas tonterías, Rubén. Mira, vete con cuidado, muchos de esos tipos de las tabernas son verdaderamente peligrosos y no se andan con chiquitas.

—Yo tampoco, y menos aún cuando defiendo mi propia vida —contesté.

—Vale, vale, pero insisto en que vayas con cuidado. Puede que alguien relacione tu presencia anoche en la taberna con el muerto. No ores precisamente un habitual del lugar. Por cierto, pude ver el golpe que dijiste que tenía el tipo en la cara con el sello de un anillo marcado.

—Sí, así lo pude reconocer —asentí.

—¿Sabes qué es el dibujo? —Miré a Anselmo con cara de ignorancia —. Es el signo de los masones.

—¡¿Cómo?! —exclamé.

—Sí, el compás y la escuadra entrelazados y en medio una letra G, es el símbolo de la masonería.

Saqué de mi bolsillo el dibujo que obtuve del anillo de Francisco la noche del ataque. Era en efecto tal como decía Anselmo.



—Eso es una sociedad secreta —dije—. Cuando estaba en la policía detuvimos a un grupo de ellos acusados de conspirar contra la Reina. Eran unos tíos un poco raros.

—Hay buena gente entre ellos, muchos progresistas como tú y yo.

—¿Y dices que este dibujo es su símbolo? ¿Por qué Francisco tiene un anillo masónico?

—Está claro, o porque es masón o porque se lo ha dado alguno de ellos, aunque me inclino por lo primero. Dijiste que el criado es negro... Parece ser que algunos esclavos liberados se hicieron masones en América.

—¿Hay también masones en América? —pregunté incrédulo.

—Los hay por todo el mundo. Es una sociedad fraternal universal.

—Vaya, vaya.

—Bien Rubén; lo dicho: ten cuidado y procura no aparecer durante un tiempo por la Barceloneta.

—Descuida Anselmo. Por cierto, ¿cómo sabes tanto de los masones?

—He leído cosas.

Y se fue Flassaders arriba.

# Capítulo 10

## *Nuevo informe a Boada*

—Así que no pudo sonsacarle nada a ese saboteador...

Me era difícil deducir si Boada estaba orgulloso o furioso cuando le expliqué el incidente con resultado de muerte en el callejón de la Barceloneta. En cualquier caso no dejaba de mostrar incredulidad.

—Desde luego no se puede negar que es usted expeditivo, Cardona.

—Especialmente con quienes me intentan matar. La vida te enseña que hay gente a la que no se debe dar otra oportunidad de acabar contigo —razoné.

—¿Dice que el tipo tenía un mapa de mi obra? —inquirió Boada.

—En efecto. Y eso significa que alguien les había señalado a aquellos dos el objetivo a sabotear. Por supuesto están bien organizados; quien hizo el mapa sabía que la zona estaría poco vigilada esa noche. Lo que no contaba es que apareciéramos Francisco y yo por ahí.

—Por lo tanto, debemos concluir que hay alguien de la obra que da información a los saboteadores —apuntó Boada.

—Puede ser —asentí.

—¿Sospecha de alguien? —añadió el indiano.

—Todavía no, necesito conocer más a su gente. Aunque todas las líneas de investigación deben estar abiertas, de momento me inclino por descartar al ingeniero Partal: él sí que sabía que íbamos. Por cierto, señor Boada, ¿suele usted hacer donativos a la beneficencia?

El viejo me miró incrédulo por segunda vez aquella mañana, pero optó por contestarme.

—Mi esposa se encarga de eso. Frecuenta esos círculos de damas aburridas que ocupan su tiempo en estas cosas. ¿Por qué?

—He descubierto que el saboteador de anoche se alojaba en el Hogar del Marino, un centro de acogida de marineros de paso por Barcelona. Necesito un motivo para ir allí a ver si averiguo algo sin levantar sospechas.

He pensado que quizá siendo portador de un donativo del ilustre indiano Tomás Boada me abriría alguna puerta.

Boada se dirigió a su escritorio, sacó una bolsa con monedas y me la lanzó.

—¿Le basta con esto?

—Estoy seguro de que el Hogar del Marino apreciará su generosidad.

Me dirigía ya a la puerta del despacho cuando Boada me advirtió:

—Cardona, confío en que en sus honorarios vaya incluida la discreción. No me conviene para nada que trascienda el rumor de que gente que trabaja para mí va dejando cadáveres por los callejones de Barcelona.

—Por supuesto, señor.

Al salir del despacho de Boada encontré a Francisco en la antesala.

—Buenos días Francisco —le dije—, debes saber que el tipo que me sacaste de encima la otra noche no volverá a sabotear nada. Digamos que tuvo la mala fortuna de toparse por segunda vez conmigo.

—Uno menos, pues —fue su breve respuesta.

—Uno menos, sí, gracias a la marca que le dejaste en la cara con tu anillo masónico, que me permitió identificarlo.

Por supuesto remarqué lo de masónico con el fin de comprobar la reacción de Francisco al saberme conocedor de su secreto. No dijo nada, pero su cara delató una cierta incomodidad ante mi comentario, al tiempo que observé que no llevaba el anillo puesto.

—Por cierto, no lo llevas. ¿Lo has perdido? —insistí.

—Sólo me lo pongo a veces.

—Entiendo, debe de ser valioso para ti. En cualquier caso, y vistos los resultados, procura llevarlo si tenemos otra aventura nocturna —le dije con un guiño cómplice.

Me despedí de Francisco y salí del edificio de Xifré. Había evitado preguntarle directamente si era masón, tan sólo quise dejarle constancia de que reconocía el significado del anillo. Quizás eso lograría vencer las reservas que tenía hacia mí, aunque también podía aumentarlas. Además, eso era sólo asunto suyo y no me interesaba, pues no aportaba nada a la investigación.

# Capítulo 11

## *La pista de los médicos*

Después de informar a Boada me dirigí a la imprenta de Saurí. No faltaba mucho para las once, hora en la que había quedado con Isabel. Albergaba la esperanza de que vendría, pues dos reales son dos reales, sobre todo si se tiene un oficio como el suyo en el que los ingresos no siempre son regulares. Saurí estaba trabajando en la composición del *Barcelonés*, mientras dos de los empleados que se hallaban en ese momento en el establecimiento estaban concentrados en otras tareas, uno en su pupitre de trabajo y otro al cuidado de una impresora. Y yo, como siempre hacía cuando entraba en la imprenta, inspiré hondo para que el perfume a tinta penetrara en toda su dimensión en mis pulmones.

—Buenos días, amigo —saludé.

—Rubén, ¿cómo va la investigación del ferrocarril?

—Pues sigo intentando averiguar quién está detrás de los saboteadores —me limité a informar.

—Esta ciudad, amigo mío, cada día está peor. Necesita un poco de orden. Mira, sin ir más lejos, ahora mismo estoy componiendo la noticia de un asesinato anoche en un callejón de la Barceloneta.

—¿Ah, sí? —pregunté con fingida sorpresa ante tan inoportuna casualidad.

—Sí, un desconocido, al parecer un marinero. Fue apuñalado.

—Increíble. ¿Y qué dice la policía?

—Creen que es algún tipo de ajuste de cuentas entre esa gente que frecuenta las putas, aunque están preocupados por si se desata un brote de violencia, una venganza que lleva a otra y a otra. Son espirales que empiezan y nunca sabes cómo y cuándo acaban, incluso a veces con alguna revuelta, y eso pone muy nerviosa a la autoridad, que como ya sabemos acaba resolviendo estas cosas a cañonazos desde Montjuic y con gente presa y ejecutada en la Ciudadela.

—No sería bueno, no —reafirmé, rememorando los sucesos de hacía cuatro años, que me llevaron precisamente a una celda de la odiada fortaleza.

Como no quería proseguir con aquella conversación, pues no deseaba ni sopesar que mi incidente de anoche pudiera acabar tal y como auguraba Saurí, cambié rápidamente de tercio.

—Oye, ¿qué sabes de Manuel Nogués?

—Es el principal propietario de líneas de diligencia.

—Y por consiguiente, uno de los mayores afectados por el ferrocarril, ¿no es así?

—En efecto.

—Dicen que está muy enfadado con Boada y que le ha llegado a increpar duramente en público...

—Digamos que ésa es una forma suave de decirlo. En realidad, cada vez que coinciden Nogués le dirige insultos y amenazas de todo tipo —me explicó Saurí.

—¿Incluso de muerte?

—Incluso de ésas, aunque ya se sabe que estas cosas se dicen pero nunca se hacen, por aquello de perro ladrador poco mordedor.

—¿Crees a Nogués capaz de estar detrás de los sabotajes?

—No es de descartar, pero lo dudo muchísimo, pues desde hace años dirige sus esfuerzos a labrarse una reputación como prohombre de la ciudad.

—Y además —añadí—, sería muy poco prudente entonces que amenazara públicamente a Boada en los términos que has descrito, pues resultaría demasiado evidente como principal sospechoso.

—Quizá, aunque por otra parte no olvides que la gente del transporte es muy impulsiva. De todas formas deja que te haga otra reflexión: ¿has pensado en los médicos?

—¿En los médicos...? —pregunté perplejo.

—Sí, no paran de advertir de los peligros del ferrocarril para la salud.

—Suenan a guasa —dije.

—Ya, pero están muy combativos.

—No me lo puedo creer.

—Pues créetelo. Precisamente esta tarde hay una conferencia en el Círculo Barcelonés sobre el tema; la pronuncia el doctor Jaime Torres. Yo iré, si quieres puedes venir conmigo —se ofreció Saurí.



—Te acompañaré encantado. De momento no puedo descartar nada y debo investigar todas las vías.

En aquel momento se abrió la puerta de la imprenta e hizo su entrada una mujer que al principio no reconocí pero que al poco me percaté de que era Isabel.

—¿Qué se le ofrece, señorita? —preguntó Saurí.

—Es amiga mía —interrumpí—. La cité aquí. Espero que no te importe.

—En absoluto, Rubén, en absoluto, tus amigos son siempre bien recibidos en mi casa. Y por supuesto también tus amigas. .. —agregó con un deje burlón.

—Vengo a por mis dos reales —dijo Isabel yendo directamente al grano—. Aunque debería pedirte más después del miedo que pasé anoche. No sabes la que se armó cuando lo encontraron. Un tío me estuvo preguntando si había visto al que lo hizo.

Saurí dejó de súbito la composición del suelto y se concentró en seguir escuchando entre atento y sorprendido el relato de Isabel. Nos miraba alternativamente a los dos. No decía nada, pero era más que evidente que sus ojos de periodista se habían llenado de preguntas.

—Casi no te he reconocido cuando has entrado en la imprenta. Estás... distinta —dije para intentar cortar la nula discreción de Isabel.

—Es que por las mañanas no me visto de puta —contestó, aumentando la incredulidad de Saurí.

—Toma lo prometido —le entregué los dos reales—, y uno más por... el susto.

—Bien, adiós, y no tengas prisa por volver a verme.

Isabel salió de la imprenta y dirigió la mirada a Saurí, quien al cabo de unos segundos rompió su aturrido silencio para preguntarme:

—¿Crees que puedo añadir a lo de la Barceloneta que quizá este asesinato esté relacionado con los sabotajes del ferrocarril...?

—Pues no, no creo que sea una buena idea. No, seguro que no —dije, y me fui.

## Capítulo 12

### *Visita benéfica al Hogar del Marino*

Al salir de la imprenta busqué a Isabel. Bajaba por Regomir en dirección a la muralla de mar.

—¡Isabel! ¡Isabel! —grité tratando de detenerla.

Hizo como que no me oía, lo que me obligó a correr para alcanzarla. Cuando lo hice detuve su marcha asiéndole el brazo derecho. Isabel se giró hacia mí con cara enojada.

—¿Y ahora qué quieres? —espetó.

—Pedirte si me puedes acompañar a hacer una visita.

—No.

—Te daré dos reales más.

—Oye, eres un tío muy raro. Normalmente los hombres me pagan a cambio de sexo. ¿Eres un invertido acaso?

—Pues no, me van las mujeres, y si el problema es ése, en mejor momento estaré encantado de gozar de tus servicios profesionales. ¿Me acompañas?

—¿A gozar de mis servicios sexuales?

—No, a un lugar llamado Hogar del Marino. Tengo que entregarles un donativo de parte de un benefactor.

—¿Y yo qué pinto en esto? —preguntó Isabel.

—Despertaré menos sospechas si voy acompañado de una señora que presuntamente forme parte de uno de esos comités de beneficencia.

—¿Y piensas que tengo la apariencia de una de esas mujeres?

—Tienes el punto justo de elegancia.

Isabel acabó aceptando, supongo que por el cumplimiento final —al menos así se lo debió de tomar— y, sobre todo, por los dos reales.

El Hogar del Marino estaba en la calle Santa Madrona, detrás de las Atarazanas y muy cerca de la Rambla. Era un edificio más que sobrio y bastante destartado, en realidad poco más que un cobertizo. El lugar se

identificaba tan sólo con una inscripción con pintura blanca sobre la puerta que decía: HOGAR DEL MARINO DESAMPARADO. Cuando Isabel y yo llegamos coincidimos con un hombre de edad algo avanzada aunque corpulento que entraba unos sacos al interior. Nos dirigimos hacia él.

—Buenos días, buscamos al responsable del centro —le dije.

—Soy yo, el padre Luis.

—Me llamo Rubén Cardona y vengo en nombre de un importante hombre de negocios de la ciudad. La señora se llama Isabel y representa a un comité de beneficencia que han constituido recientemente algunas damas cuyos maridos se dedican a actividades mercantiles. Tenemos algo que entregarle. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar con discreción? —le pregunté.

—Tengo un pequeño despacho en la parte de arriba.

Entramos en el edificio, y tal como me imaginaba era una nave amplia y diáfana, sin paredes y tan sólo algunas columnas. A lado y lado había dos hileras con camastros y, entre ellas, dispuestas longitudinalmente, unas mesas alargadas para comer. Cerca de la entrada había unos fogones con unas ollas grandes. El despacho del padre Luis estaba en una especie de altillo en el que también había su pequeño dormitorio. Desde una ventana del despacho se podía contemplar el dormitorio comunitario, compuesto de una cuarentena de camas. El padre Luis nos ofreció asiento en unas sillas situadas frente a un viejo escritorio. Él se colocó en el otro lado.

—Y bien, ¿qué tienen que entregarme?

Puse la bolsa con monedas que me dio Boada sobre la mesa. El padre Luis la abrió y tras comprobar su contenido se dirigió a nosotros con rostro sorprendido.

—Es una donación muy generosa.

—Así es, padre, y a los responsables, tanto mi representado como el comité de damas que ha propuesto su centro para el donativo, les gustaría mantener el anonimato —añadí.

—Esto aliviará a muchos marineros sin recursos. Les ruego transmitan mi más sincero agradecimiento a los benefactores.

Sin embargo, me gustaría que me dijeran por qué el Hogar del Marino ha recibido esta generosa atención.

Era la oportunidad que estaba esperando para llevar la conversación hacia donde me interesaba. Con todo Isabel se mantenía en silencio.

—Parece ser que algunas de las señoras del comité tuvieron la oportunidad de conocer a uno de sus huéspedes y cobraron conciencia del gran trabajo que está usted haciendo aquí y por supuesto de sus necesidades —expliqué.

—¿Y de quién se trata...?

—Es un tipo grandote, con barba oscura, que al parecer ayudó a una dama que sufrió una torcedura de tobillo en una caída en la Rambla —terció de repente Isabel, que hasta aquel momento había guardado silencio.

—¡Ah sí!, llegó hace un par de semanas. Creo que fue despedido de la tripulación de un mercante. Se aloja en el Hogar hasta que encuentre otro barco. Me sorprende y alegra su actitud, pues por su aspecto uno diría que no anda sobrado de amabilidad, pero ya se sabe cómo son esta gente del mar: rudos por fuera pero con un corazón generoso. Por cierto, hace un par de días que no viene, aunque sigue teniendo sus cosas aquí —dijo el padre Luis.

—No le habrá pasado algo malo, ¿verdad? —intervino de nuevo Isabel con fingida preocupación súbita. Lo cierto es que me estaba sorprendiendo lo bien que hacía su papel de dama de comité de beneficencia.

—Bueno, no es extraño que estos marineros no duerman cada noche en el Hogar —contestó el padre.

—¿Y por qué? —insistió Isabel, poniendo al cura en una posición embarazosa. Era hora de intervenir y cortar la ya sobreactuación de mi acompañante.

—Por favor, señora Isabel, no obligue al padre a darle detalles que es mejor que una dama ignore.

El padre Luis me lanzó una mirada agradecida de alivio, mientras que Isabel hizo un gesto entre rubor y timidez que sin embargo no podía ocultar que se divertía a mi costa.

—Parece que habló de un amigo aquí en el centro, ¿no es así, señora Isabel? —Ella asintió a mi intervención.

—Por lo que he podido observar tan sólo se relaciona con un habitual del Hogar, aquel que está tumbado en aquella cama de la izquierda —señaló el padre Luis hacia la ventana del despacho.

Efectivamente había un tipo en una de las camas. No era descabellado que pudiera tratarse de quien reclutó al marinero grandote para los sabotajes en las vías del ferrocarril; incluso podía haber sido su acompañante la noche que los sorprendimos con Francisco.

—Bien, padre —interrumpí—, muchas gracias por su atención y haga buen uso del donativo.

—Por favor, soy yo quien les está enormemente agradecido, a ustedes y a los benefactores que representan. Les ruego que les trasladen mi más sincera gratitud, con la seguridad de que el dinero tendrá un buen uso.

Cuando Isabel y yo salimos del Hogar del Marino nos encaminamos a la Rambla. Al llegar al paseo me dirigí a ella para despedirme.

—Muchas gracias por tu ayuda Isabel, has estado magnífica. Aquí tienes los dos reales prometidos, y ten mucho cuidado.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Voy a esperar a que salga el tipo ése. Estoy convencido de que es quien contrató al marinero de anoche.

—¿También le matarás?

En la mirada de Isabel cuando me lanzó la pregunta había miedo y preocupación. No le contesté y me limité a decirle adiós.

—Ten cuidado —fue lo último que me dijo antes de subir por la Rambla y desaparecer poco después por Escudillers.

# Capítulo 13

## *Conferencia tras el asesinato*

Debieron de pasar unas dos horas antes de que el amigo del saboteador muerto saliera del Hogar del Marino. Tal como había previsto, se dirigió a la Rambla. Yo me había situado en un banco cerca de Escudillers y había empleado el tiempo en comer un chusco de pan con una carne guisada dentro que había comprado en un pequeño mesón situado casi en la esquina de Trentaclus con la Rambla. También me había comprado una botella de un refresco con sabor a frutas.

El tipo bajó la Rambla y giró a la izquierda por la calle del Dormitorio de San Francisco. En cuanto desapareció de mi vista seguí el mismo camino y al tomar su misma calle lo vislumbré. Continuó recto por la calle Ancha y Agullers y giró a la izquierda para llegar a Santa María del Mar. De allí se dirigió al Borne. Cruzó el mercado y llegó a la explanada entre la ciudad y la Ciudadela. Era uno de los lugares donde se instalaban barberos que por menos dinero de lo que cobraban los establecidos en la ciudad afeitaban y cortaban el pelo, un sitio concurrido.

El desconocido se dirigió a la zona de barberos y habló brevemente con uno de ellos; a continuación se sentó en un taburete y el peluquero se dispuso a afeitarlo. Dada la situación opté por lo mismo: escogí uno cercano y negocié el precio brevemente con el barbero. Quedamos en tres cuartos. Mi afeitado duró unos quince minutos, casi lo mismo que el del tipo. Él, además, se cortó el pelo, de modo que para no perderlo de vista me dirigí a los puestos más próximos del mercado. Al cabo de otros quince minutos el barbero terminó su trabajo y el tipo vino hacia donde yo me encontraba, pero enfiló por la calle del Rec y continuó por Tantarantana.

Al llegar a Carders se dirigió a otro hombre que parecía esperarlo apoyado en la esquina. Era moreno, llevaba sombrero y una levita verde caqui. Tras conversar brevemente siguieron un tramo por Carders hasta que giraron a la derecha por Jaime Giralt. Desde la esquina observé cómo

entraban en un portal. Aguardé y el segundo individuo no tardó en salir y remontar la calle hasta la Baja de San Pedro, donde desapareció tras girar a la izquierda. Opté por esperar a que también saliera el tipo del Hogar del Marino.

Tardaba demasiado y empecé a impacientarme. Pensé en entrar en el portal pero lo juzgué demasiado arriesgado; no sabía qué podía encontrar. Al cabo de unos minutos una mujer cargada con algunos víveres entró en el edificio y casi instantáneamente lanzó un grito de terror que llamó la atención de toda la calle. Corrí hacia el portal, donde ya se agolpaban algunas personas que también gritaban. Me abrí paso y al entrar pude comprobar el motivo de los gritos: el hombre al que seguía yacía en el suelo, muerto, con el cuello cortado y sobre un tremendo charco de sangre.

Ya nada tenía que hacer allí y me fui por el mismo camino que el asesino, pues no tenía duda alguna de que había sido el hombre que entró con la víctima en el portal el autor de aquello. Llegué a la Baja de San Pedro sin ninguna esperanza de poder ver aún al tipo, aunque de todas formas miré atentamente unos segundos y seguí mi marcha hacia un lugar indeterminado. Sólo quería largarme de allí cuanto antes.

Pasé el resto del día en mi habitación, reflexionando sobre los vertiginosos sucesos de las últimas horas, desde que acepté el trabajo de Boada. Todo estaba yendo muy deprisa. Ya por la tarde me dirigí a la imprenta de Saurí. Habíamos acordado acudir a una conferencia médica en el Círculo Barcelonés sobre los problemas que podía generar el ferrocarril en la salud de las personas. Lo cierto es que tenía curiosidad por escuchar al conferenciante.

Cuando llegué a la imprenta Saurí ya me esperaba.

—¿Sabes que ha habido otro asesinato hoy mismo? —me interrogó nada más entrar.

—¿De verdad? —contesté fingiendo total ignorancia.

—Sí, en Jaime Giralt, un tipo degollado. Esto no me gusta nada, Rubén.

Casi en silencio nos dirigimos al Círculo Barcelonés, que estaba en la Rambla, justo al lado del teatro Principal. La sala donde iba a tener lugar la conferencia estaba bastante concurrida, aunque no llena del todo; en total éramos unas sesenta personas. El conferenciante era el doctor Juan Nadal, que gozaba de un cierto prestigio en la ciudad. Allí estaba, cómo no, Manuel Nogués, el principal propietario de las líneas de diligencia, que

encabezaba la oposición al ferrocarril de Boada, pues consideraba que podía acabar con su negocio si conseguía imponerse, con el tiempo, como medio de transporte habitual. También reconoció a otros prohombres barceloneses, así como a varios periodistas. Nogués no perdía el tiempo y aprovechaba para extender su campaña de descalificaciones sobre Boada.

Había expectación y Nadal no hizo esperar al público. Le habían preparado una especie de púlpito desde donde poder pronunciar su discurso de pie.

—Señores —arrancó Nadal—, empezaré esta conferencia a la que tan amablemente me ha invitado la junta directiva del Círculo Barcelonés de forma muy directa. Soy científico y no estoy acostumbrado a andarme por las ramas: ese invento del ferrocarril va a traernos un sinfín de enfermedades nuevas para cuya curación la medicina no está hoy día preparada.

Un murmullo de asentimiento general recorrió la sala. Nadal dejó pasar unos segundos y prosiguió.

—Voy a relatarles los primeros problemas que he podido recoger de las distintas investigaciones llevadas ya a cabo por la comunidad científica internacional. En primer lugar, el humo que desprende la locomotora del ferrocarril: está demostrado que es altamente tóxico y va a ser inhalado en primer lugar por los pasajeros y, por supuesto, por todos aquellos que se hallen cerca del tren cuando éste circule. Pueden imaginarse, señores —apuntó— los efectos que este veneno tendrá en el sistema respiratorio, en forma de terribles enfermedades que pueden conducir a una muerte lenta pero inevitable. ¿Qué cura puede haber para eso?

—¡Hay que impedirlo! —Se escuchó desde el fondo de la sala, seguido de otras voces de apoyo, entre ellas por supuesto la de Nogués. Nadal siguió con su relación catastrofista.

—También quisiera alertar de las consecuencias que para la salud de los viajeros puede acarrear el continuo traqueteo del tren. Una exposición prolongada va a provocar sin duda trastornos nerviosos, y con mis propios ojos he visto a lo largo de mi carrera a seres humanos convertidos en desechos a causa de alteraciones en el sistema nervioso. No hay nada más cruel que la locura, se lo aseguro.

Nadal parecía tener a los presentes como poseídos con esa especie de autoridad que le confería su título de doctor en medicina, el cual le acreditaba como miembro de ese colectivo de especialistas a quienes la



gente confía su vida y cuyo análisis no suele jamás ponerse en duda. Uno no puede evitar pensar que son los nuevos brujos, chamanes y curanderos reconvertidos por la revolución científica.

—Hay aún otro efecto altamente peligroso del ferrocarril —añadió—, y es que la gran velocidad que puede alcanzar al deslizarse por las vías va a provocar disfunciones oculares a las personas que observen fijamente su paso. Señores, el cuerpo humano no es una máquina que puede trabajar sin descanso, y el ojo no está preparado para absorber esa gran cantidad de imagen en movimiento que genera el ferrocarril. Los afectados perderán lentamente la visión, llegando incluso a la ceguera total.

—¡Debemos proteger a nuestros hijos de esta catástrofe! ¡Queremos una sociedad sana, no enferma! —bramó indignado Nogués. El gran empresario barcelonés de las diligencias se dirigía casi en modo de arenga al público, que respondía con gritos de aprobación.

La reacción del auditorio daba aún más alas a Nadal, que convirtió su conferencia en una sucesión de soflamas que la hacían parecer una mezcla de discurso de demagogia política y de charlatán de feria más que una lección científica. El paroxismo llegó casi al final, cuando el afamado médico llegó a alertar de los numerosos incendios que provocarían las chispas despedidas por la locomotora.

La conferencia terminó con grandes aplausos y vítores a Nadal, pero también a Nogués, que ejercía claramente de líder.

—¿Sigues pensando que Nogués no es quien está tras los sabotajes? —pregunté a Saurí.

—No sé, Rubén, una cosa es patrocinar una conferencia o hacerse el bravucón en público, y otra muy distinta es dirigir una banda de delincuentes. No me encaja, de verdad —contestó.

—Perdona, amigo, pero no acabo de entender por qué defiendes tanto a Nogués...

—No es que lo defienda, pero los años me han enseñado que no se puede juzgar a las personas sólo por las apariencias. Y tú, que has sido policía, lo deberías saber de sobra. Nogués ha levantado su negocio honradamente, a pesar de que no ha dudado en defenderlo con contundencia cuando ha sido necesario, como cuando se enfrentó a aquella banda que asaltaba sus diligencias. Acabó con ellos a tiros, pero también puso fin al miedo que esos maleantes habían sembrado en la zona. Además, no se le puede negar su contribución al progreso de Barcelona —justificó Saurí.

—Salvo cuando se trata del ferrocarril y el progreso amenaza a su negocio de diligencias —repliqué.

—Todo el mundo tiene derecho a defender lo suyo, ya sea Nogués, Boada, tú o yo.

—Déjame hacerle una entrevista a Nogués para el *Barcelonés* -propuse súbitamente.

Saurí me miró entre sorprendido y molesto. Estaba claro que no le gustaba la idea.

—¿Sabes lo que me estás proponiendo, Rubén? Me estas pidiendo entrevistar de forma hostil a un importante hombre de negocios de la ciudad que, además, resulta que es un buen anunciante de mi diario —dijo entonces Saurí.

—Manuel, no puedo creer lo que acabas de decir. Una entrevista con Nogués es un documento de interés para el *Barcelonés* y sus lectores. Es pública su animadversión hacia Boada y el ferrocarril; preguntarle si tiene algo que ver es lo que se espera de un periódico de prestigio. Él sabrá lo que debe responder. Puede incluso aprovechar para defenderse públicamente y mantener que no está detrás de los sabotajes, que su oposición al tren no tiene nada de ilegal —argumenté.

—Si te autorizara a hacerle una entrevista a Nogués para el *Barcelonés*, ¿cómo vas a poder separar las preguntas periodísticas de las que tengan que ver con tu investigación? No podrás evitarlo y dañarás la imagen del periódico.

—Deberás confiar en mí —contesté—. Además, lo necesito —añadí.

Saurí se quedó mirándome unos instantes. Finalmente dijo:

—Está bien, pero con una condición: pediremos esa entrevista y, si nos la concede, la haremos juntos. Y además te presentaré como colaborador del periódico pero sin ocultar que investigas los sabotajes.

—Magnífico. Me parece una buena solución. Voy ahora mismo a pedirle la entrevista.

—¡No! ¡«Vamos» a pedir la entrevista! —puntualizó Saurí dejando claro que era él el director y, por tanto, quien mandaba.

Asentí con un gesto que dejaba entrever mi involuntario error. Nogués se encontraba todavía en el interior de la sala de conferencias, manteniendo una animada charla con Nadal y otras personas en un coro que se había formado cerca del púlpito de oradores. Nos acercamos y Saurí tomó la iniciativa.

—Señor Nogués, ¿podríamos hablar unos instantes con usted?

Nogués se volvió hacia nosotros para prestarnos atención. Saurí prosiguió.

—Soy Manuel Saurí, editor del *Barcelonés*, y él es Rubén Cardona, uno de mis colaboradores.

—Sí, le conozco. ¿Qué desea?

—Nos gustaría que nos concediera una entrevista.

—¿Y eso? —preguntó un tanto sorprendido.

—Nos gustaría que expusiera abiertamente a nuestros lectores su opinión sobre el ferrocarril, cómo puede afectar al transporte en diligencia y también que nos aclare si es verdad que está usted tras los sabotajes que están sufriendo las obras, como algunos apuntan —le avanzó Saurí.

—De modo que ustedes piensan que estoy detrás de los atentados...

—Usted nunca ha escondido su oposición al ferrocarril, e incluso ha increpado y amenazado en público a Boada —intervine.

—Debo advertirle, señor Nogués —interrumpió Saurí a la vez que me lanzaba una mirada severa— que Cardona, además de ser uno de mis más brillantes periodistas fue policía hace unos años y ahora está investigando privadamente los incidentes.

—De modo que ésta es una entrevista policial y no periodística... —apuntó el empresario.

—No me malinterprete señor Nogués —dijo Saurí—, creo haber sido sincero al advertirle enseguida del papel, doble papel, de Cardona en este asunto.

—Tiene razón, pero no les voy a conceder la entrevista —negó rotundo Nogués—. A cambio, y visto que una línea de investigación me apunta directamente, estoy dispuesto a responder a cualquier pregunta que me dirija el señor Cardona, que por supuesto debe de trabajar para Boada.

—Así es —respondí.

—Y usted sospecha de mí porque he tenido el valor de decirle a ese indiano en la cara lo que se merece... —me inquirió Nogués.

No dije nada, simplemente le sostuve la mirada. Él hizo lo mismo y prosiguió:

—Mire Cardona, no soy un santo. Este negocio no es cosa de blandos. Para sobrevivir a veces he tenido que matar, pero siempre a bandidos y salteadores. Y algún que otro competidor se ha llevado una buena paliza cuando ha intentado joderme. Pero eran otros tiempos. Ahora —siguió

Nogués— soy un hombre notable de esta ciudad y no puedo permitirme comportamientos propios de maleantes. A mis enemigos los combato en los tribunales, en los periódicos y en foros como el que acaba de presenciar. Puede investigar lo que quiera, pero pierde el tiempo. Le aconsejo que busque mejor en otra dirección.

—Entonces, señor —terció Saurí—, ¿mi periódico puede desmentir toda acusación acerca de los sabotajes?

—Por supuesto, pero también le diré que nada me obliga a defender a Boada. En otras palabras: si presenciara un ataque a las obras de ferrocarril no haría nada por impedirlo, eso también se lo aseguro, caballeros. Quienes como yo hemos trabajado duro para ser alguien en esta ciudad estamos hartos de esos «americanos» que se fueron siendo unos don nadie y unos muertos de hambre y pretenden darnos lecciones y apoderarse de nuestros negocios con su dinero de negreros. Y ahora, si me lo permiten, tengo asuntos que atender.

Nogués nos dio la espalda y se dirigió directamente a la salida junto con un grupo que le estaba esperando, entre ellos el doctor Nadal.

—¿Estás ya convencido de una vez de su inocencia, Rubén? —me preguntó Saurí mientras nos dirigíamos también a la salida.

—No lo sé, amigo, no lo sé.

## Capítulo 14

### *Un mensaje en clave*

Por supuesto que en ningún momento de nuestra conversación con Nogués le había descartado como cerebro de los atentados contra el ferrocarril. Era un hombre sin escrúpulos, como lo eran todos los que habían hecho fortuna, incluido Boada. Sin embargo, mi intuición me decía que debía buscar en otra dirección, pues reconozco que el razonamiento que el propietario de diligencias nos había hecho en el Círculo Barcelonés, así como el convencimiento de mi amigo Saurí, había abierto una grieta en la pista que hasta entonces consideraba más fiable.

Aquella mañana me dirigí a la oficina de Boada; tenía la intención de volver a inspeccionar las obras y quería pedirle que permitiera a Francisco acompañarme. Al avistar el edificio de Xifré observé cierta actividad anormal en los bajos y un carruaje estacionado muy cerca de la puerta. Aceleré el paso y al llegar observé cómo Boada era sacado en brazos por Francisco y otros dos hombres e introducido en el coche. Enseguida temí que Boada hubiera sido atacado directamente por alguno de los sicarios que hostigaban las obras.

—¿Qué ha ocurrido?! —grité a Francisco.

—Un ataque al corazón —se limitó a decir.

Seguidamente subió al carruaje en el que habían montado a Boada, que marchó a gran velocidad. Por unos instantes me quedé como paralizado, desconcertado por aquel súbito incidente. Casi a mi lado estaba la portera del edificio, que se santiguaba sin parar y movía los labios como susurrando algún tipo de plegaria.

—¿Cómo ha sido? —le pregunté.

La asustada mujer me miró como preguntándose quién era yo.

—Trabajo para el señor Boada, usted me habrá visto por aquí desde hace algunos días —le aclaré.

—Sí, le conozco —admitió finalmente—. Sólo sé que escuché un grito, era el del señor Boada. Al poco su criado pidió que avisara a un médico. Por suerte, aquí al lado tiene la consulta el doctor Bertrán. Le he ido a buscar y ha atendido al señor hasta que se lo han llevado.

—¿Ha visto usted llegar al señor Boada?

—Sí, ha venido a las ocho, como cada mañana. Es muy madrugador, como sabe.

—¿Y estaba bien?

—Lo he visto como siempre —siguió la mujer—, me ha saludado y ha subido al despacho. No se ha movido en toda la mañana.

—¿Y no ha recibido a nadie?

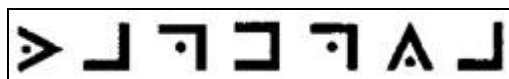
—A nadie, ni siquiera al hombre que ha traído una carta; se la he dado yo misma porque el criado negro estaba ocupado con el carruaje.

—¿Una carta? —pregunté con inesperado interés.

—Sí, el hombre ha dicho que era muy urgente, por eso la he subido y no he esperado al criado.

De pronto intuí que aquella carta podía haber desencadenado el ataque al corazón de Boada. Era una posibilidad, y si era cierta mi hipótesis, era necesario que conociera su contenido. No lo pensé dos veces y subí a la oficina, con la esperanza de encontrarla todavía sobre el escritorio.

Entré en el despacho, que había quedado abierto, y me dirigí a la mesa. Efectivamente, tal y como esperaba había un sobre, un papel doblado que parecía ser lo que contenía, y el abrecartas utilizado para abrir la misiva. Tomé el papel, lo desdoblé y ante mí apareció una sucesión de extraños signos cuyo significado no comprendí.



Se trataba sin duda de un mensaje en clave. Si Boada lo había descifrado y le había provocado el ataque, debía de decir algo terrible para él. Necesitaba la clave. Debía encontrarla. Busqué por el escritorio con la esperanza de hallar algún patrón, pero no había nada. Eso significaba que Boada no necesitaba la clave para comprender el mensaje, la sabía de memoria.

Me senté en el sillón del escritorio de Boada y observé detenidamente el mensaje con la vana esperanza de intentar descifrarlo. Había ocho signos, de los cuales dos se repetían: el tercero con el sexto y el quinto con el

octavo. Sin duda cada símbolo representaba una letra. Si era cierto este razonamiento, se trataba de una palabra en la que se repetían dos letras.

Entonces recordé mi experiencia en la imprenta de Saurí, cuando a veces componía yo mismo los artículos que escribía para el *Barcelonés*. Siempre me quedaba corto de alguna letra y tenía que rebuscar por los cajones donde estaban clasificadas las pequeñas piezas de plomo que las contenían. Hay unas letras que se utilizan más que otras; recordaba algunas como las aes, las eses y las erres, pero no estaba seguro. Nunca había pensado que debía calcular aquello, ahora lo necesitaba. ¿Y quién podía ayudarme mejor que Saurí? Siempre Saurí. No había tiempo que perder. Puse el papel doblado con el mensaje cifrado en mi bolsillo y me dirigí a la imprenta de la calle Ancha.

Cuando llegué, Saurí estaba, como siempre, trabajando en la composición del *Barcelonés*.

—Buenos días, Rubén, ¿alguna novedad?

—Necesito hacerte una consulta.

—Tú dirás.

—¿Cuáles son las letras más utilizadas en una imprenta?

—Cada día me asombran más los giros que das a tus investigaciones —dijo con un cierto tono de guasa.

—He estado pensando —dije— que algunas de las que más se utilizan son la a, la erre y la ese, pero es pura intuición.

—Sí, y la ene, la e, la ele y la ce, pero no lo sé con seguridad.

—¿Te importa si me quedo un rato utilizando una de las mesas de composición? —pedí.

—Pues claro, tómate el tiempo que quieras.

Cogí una prueba impresa de un texto largo y me dispuse a contar la frecuencia con la que aparecían las letras. Empleé cerca de una hora para deducir que las diez letras más utilizadas eran, en este orden, las siguientes: E, A, O, S, R, N, I, D, L y C. Empecé a componer combinaciones utilizando las letras de plomo. Al cabo de dos horas tan sólo había conseguido armar tres palabras que tenían algún sentido y que cumplieran con el orden de los signos del mensaje cifrado: «Bernarda», «corsaria» y «candente». Traté de imaginar a Boada traduciendo el mensaje, leyendo una de estas tres palabras y a continuación sufriendo un ataque al corazón. Tan sólo se me ocurría una remota posibilidad de que alguien llamada Bernarda pudiera ser capaz de trastornarle de aquel modo. Tenía que haber más palabras.

Al cabo de un rato me di cuenta de la presencia de Saurí a mi espalda. Estaba mirando lo que hacía y se fijó en el mensaje cifrado.

—No busques más, Rubén, ya sé lo que dice eso —soltó de repente, con el rostro muy serio.

Me giré y me quedé mirando atónito a Saurí.

—¿Que sabes lo que dice?! ¿Conoces esta clave? —le interrogué perplejo.

Saurí asintió con la cabeza. La mía intentaba pensar deprisa. ¿Quién puede utilizar mensajes cifrados para comunicarse? Una sociedad secreta. ¡Masones, claro!, el anillo de Francisco.

—¿Eres masón, Saurí? —le pregunté incrédulo—. Nunca me lo habías dicho.

—De la masonería se habla en las logias, no en los cafés.

—¿Qué dice el mensaje? —insistí.

—No me hagas eso, Rubén.

—¿El qué?

—Violar los secretos de la orden. Sólo a un masón se le pueden comunicar ciertas cosas —dijo tajante.

—¿Y eso incluye descifrar el mensaje?

—Sí. Rubén, se trata de un mensaje escrito con un alfabeto masónico. Si te ayudo a traducirlo habré quebrantado mis juramentos.

—Eso significa que si Boada pudo leerlo es que es también masón...

—Aunque no descarto que algún profano tenga conocimiento del alfabeto, lo más probable es que sí, que Boada sea masón.

—Y claro, lo sabías desde el principio...

—No, hasta ahora no lo he sabido. Jamás he estado en una logia con él, y el par de veces que le he saludado no se ha identificado como tal —explicó Saurí.

Saqué el dibujo del anillo de Francisco, que Anselmo Clavé me aseguró que era masónico y me permitió identificar a uno de los saboteadores.

—¿Sabes qué es esto? —le enseñé.

—Claro, el compás y la escuadra con la letra G en el centro, el símbolo más universal de la masonería.

—Es de un anillo que lleva el criado negro de Boada. ¿Significa que también es masón?



—Quizás. En América muchos ex esclavos han ingresado en las logias.

—Eso mismo me dijo Anselmo.

—La masonería es una sociedad fraternal que promueve valores como la libertad y la igualdad y combate contra la ignorancia y la sinrazón. Aunque hay excepciones, entre los masones no importan las diferencias de religión, raza o ideología.

—Dime al menos por qué un mensaje masónico puede alterar de tal manera a un masón; dime qué dice —reclamé a Saurí.

—Por favor Rubén, no puedo decírtelo.

Decidí no insistir. Saurí era un hombre de sólidas convicciones ideológicas, sería inútil. Debía buscar otra vía, quizás el propio Francisco. Si era masón debía de poder descifrar el mensaje. De pronto Saurí rompió el silencio y dijo:

—Hay una forma, una, de que conozcas el significado del mensaje.

—¿Cuál?

—Hazte masón.

—¡Por favor, Saurí! —manifesté casi indignado.

—Puede que te sorprenda, pero hace tiempo que mi logia ha aprobado proponerte la iniciación.

—¡¿Cómo?! —No salía de mi asombro.

—Deja que te explique, Rubén. Tú eres lo que denominamos un masón sin mandil, alguien que reúne los requisitos para ser admitido. No lo sabes, pero en mi logia tienes algunos otros amigos, además de a mí.

—¿Por qué debería hacerme masón?

—Rubén, tú y yo hemos compartido ideología y algún que otro combate. Sé cómo eres y cómo piensas. Hagamos un trato: iníciate. Podrás traducir el mensaje de Boada; si lo que encuentras en la logia te agrada, sigues con nosotros; si no te gusta, lo dejas. Sólo se te pedirá discreción y que cumplas el juramento que harás. No revelarás nada de lo que veas, ni a quién veas. No pierdes nada y en cambio puedes obtener algo que te puede ser muy útil en tu investigación. ¿Qué dices?

Reflexioné unos instantes. Quizá Saurí tenía razón a pesar de que su propuesta era casi una coacción. No perdía nada, en efecto, y tenía algunas cosas que ganar, aunque entre ellas un secreto más que guardar. El impulsivo que llevaba dentro afloró.

—Está bien, confiaré en ti. ¿Cuándo será?

—Mañana por la noche hay tenida. Te podemos iniciar. Pásate por aquí por la mañana y te diré la dirección y la hora; también te daré algunas instrucciones. No te arrepentirás, amigo. Mientras, puedes leer esto.

Saurí me dio un pequeño libro de no más de cincuenta páginas titulado *Los orígenes de la masonería y su significado actual*. Lo firmaba un tal Copérnico, evidentemente un seudónimo.

# Capítulo 15

## *Nuevo rumbo a la investigación*

Pasé el resto del día reflexionando sobre la propuesta de Saurí y leyendo el pequeño libro que me había dado, con la vana esperanza, lo confieso, de hallar una pista sobre la clave que podía descifrar el mensaje y evitarme así el convertirme en masón. Por la tarde decidí ir a ver a Boada. Aunque el indiano tenía la residencia en su ciudad natal de Mataró, disponía de una casa en Barcelona, en la calle de Portaferrisa, donde pasaba la noche si el cierre de la muralla hacía imposible su salida de la ciudad y adonde fue llevado tras el ataque al corazón.

Había comido algo en una pequeña fonda de la calle de Flassaders, donde tenía alquilada mi habitación. Subí para dormir un poco, pues estaba cansado. A media tarde me dirigí a la casa de Boada.

Para aprovechar el viaje decidí comprobar algo que había leído en el libro. Según el autor, los masones provienen de los antiguos constructores de catedrales, y detalla un punto en el ábside de la de Barcelona donde dejaron grabados algunos de sus signos. De modo que al salir de Flassaders tomé la calle Asahonadors para enlazar con Carders en dirección a la plaza de la Constitución, donde se hallan el Ayuntamiento y la Diputación Provincial. Justo antes de tomar la calle Libretería, giré a la derecha por Frenería, que me llevó directamente a la parte trasera de la catedral.

Guiado por las indicaciones del libro, localicé los símbolos sobre una pequeña ventana al principio de la calle de los Condes de Barcelona. Había dos escuadras y entre ellas un compás, pero no entrelazados como los había visto en el anillo de Francisco. Según el libro, los masones han dejado signos a lo largo de los siglos que pasan desapercibidos salvo para los iniciados en sus secretos.

Satisfecha mi curiosidad, me dirigí a la plaza Nueva, donde tomé Boters y Portaferrisa hasta el edificio en cuya planta principal se hallaba la residencia barcelonesa de Boada. Llamé a la puerta y me abrió Francisco.

Casi de forma automática, miré su mano derecha en busca del anillo. No lo llevaba.

—Hola, Francisco. ¿Cómo está Boada?

—Descansando —dijo escueto como siempre.

—¿Puedo verle? Me gustaría hablar con él.

—Le preguntaré.

Francisco me hizo pasar a un pequeño salón. Allí había una mujer sentada en un sillón haciendo algún tipo de bordado.

—Buenas noches —dijo—, soy Teresa, la esposa de Tomás Boada.

—Me llamo Rubén Cardona y trabajo para su marido —me presenté.

—Sí, me ha hablado de usted, le está ayudando en lo del ferrocarril.

—Lo intento, señora.

—Tengo miedo, señor Cardona. Mi marido está obsesionado con esto del tren, hasta el punto que, como ha podido comprobar, le está robando la salud.

En aquel momento Francisco irrumpió en el salón.

—Venga conmigo, ha dicho que pase.

Me despedí de la señora Teresa y seguí a Francisco. Cruzamos un largo pasillo, al final del cual estaba la habitación de Boada. Se hallaba tumbado en la cama. Con un gesto me pidió que me acercara y sentara en una silla dispuesta a su lado.

—¿Trae noticias, Cardona?

Durante el trayecto estuve pensando en si debía decir a Boada que había encontrado el mensaje compuesto con el alfabeto masónico. Finalmente decidí que no era prudente alterar al viejo sólo un poco después de haber sufrido el ataque al corazón, sobre todo si tenía en cuenta que en veinticuatro horas, si Saurí cumplía su palabra —y siempre la cumplía— sabría qué decía el mensaje. Además, si Boada era masón podría adoptar el mismo hermetismo que Saurí. Definitivamente decidí que esperaría.

—En las últimas horas he dado un giro a la investigación —le expliqué—. Hasta ahora mi principal sospechoso era Manuel Nogués, pero cada vez estoy más seguro de que no está detrás de los sabotajes. En un par de días creo que podré traerle noticias sobre una pista definitivamente más fiable.

—Ese Nogués es un hijo de puta. En otros tiempos y en otro lugar ya le habría metido una bala entre ceja y ceja. Pero creo que está usted en lo cierto y no es quien buscamos —aseguró Boada.

El hombre parecía fatigado y creí oportuno no hacerle hablar más. Hice el gesto de dejarle descansar y salir de la habitación. Sin embargo, cuando me levantaba me asió la mano para decirme:

—Cardona, supongo que ha conocido a mi esposa hace un rato.

—Sí señor.

—Está asustada. ¿Aceptaría que nuestro contrato incluyera que vele por ella de vez en cuando? Me temo que nos estamos enfrentando a gente más peligrosa de lo que pensaba y que los ataques a las obras del ferrocarril podrían extenderse también a mi familia.

—Por supuesto que intentare cuidar también de su familia, señor Boada. Ahora debe descansar. Vendré a verle pasado mañana y espero que pueda confirmarle que mis sospechas son fundadas.

## Capítulo 16

### *Una logia en la calle Ataúlfo*

Pasé el día siguiente inquieto, nervioso por la ceremonia de iniciación a la que me sometería por la noche. Supongo que es el miedo a lo desconocido. Tal como se me había pedido, me dejé caer por la mañana en la imprenta. Saurí me dijo que debía estar a las seis en punto en el número 11 de la calle Ataúlfo y que debía llamar a la puerta con tres golpes secos. Alguien me abriría y debía seguir sus instrucciones.

A pesar de mis requerimientos, Saurí rehusó darme detalles de lo que me esperaba. Tan sólo me advirtió de que se me pediría que redactara un testamento vital. Ante mi incredulidad, me aclaró que se trataba de una exposición de motivos por las que deseaba ser iniciado masón, respondiendo a una serie de preguntas. Una especie de examen de conciencia. También me comunicó el nombre de la logia: Ciencia y Libertad.

Así que a la hora señalada me presenté en la dirección indicada. Tras llamar a la puerta tal como me indicó Saurí, me abrió un desconocido.

—¿Quién sois?

—Me llamo Rubén Cardona.

—Pasad.

Aquel hombre me hizo entrar a un pequeño recibidor.

—Ahora —dijo— permitid que os vende los ojos para trasladaros a la cámara de reflexión.

Así lo hizo. Me cogió del antebrazo izquierdo y me condujo por lo que intuí que era un pasillo. De pronto nos detuvimos y escuché cómo abría una puerta. Me introdujo en la estancia y me hizo sentar. Entonces me quitó la venda de los ojos y me encontré en una diminuta y oscura habitación de apenas algo más que un metro cuadrado en la que de hecho tan sólo cabíamos la silla, yo mismo y una pequeña mesa. A continuación me entregó un documento.

—Ahora —habló de nuevo— permaneceréis aquí hasta que os vengan a buscar. Durante este tiempo debéis responder a las preguntas que se os plantean en el papel que os he entregado. Será vuestro testamento vital.

El hombre salió y cerró la puerta. Durante unos instantes observé la estancia, tan sólo iluminada por una débil vela. Sobre la mesa había una calavera humana y diversos frascos conteniendo polvos de colores. Uno de ellos lo pude identificar por el olor; era azufre. Del resto no estaba seguro. Tanto los muros, como el techo y el suelo estaban pintados de negro. En las paredes había una serie de dibujos e inscripciones que deduje eran signos empleados por los masones. Entre ellas destacaba una que decía V.I.T.R.I.O.L. y que no sabía qué podía ser.

Entonces me concentré en el papel. Efectivamente había tres preguntas: ¿Qué debe el hombre a su patria?, ¿qué se debe el hombre a sí mismo? y ¿qué debe el hombre a sus semejantes? Estuve largo rato meditando y argumentando lo que debía escribir. Sucintamente, a la primera pregunta contesté que a su patria el hombre debe un sentir de pertenencia y la asunción de algunos deberes para con sus conciudadanos. A la segunda pregunta dije que el hombre se debe a sí mismo la libertad, y a la tercera, que el hombre debe amor, respeto e igualdad de derechos y deberes a sus semejantes.

No sé cuánto tiempo estuve en la cámara de reflexión una vez finalizado el testamento vital. En cualquier caso se me hizo una eternidad. Al cabo de no sé cuánto rato se abrió de nuevo la puerta y se presentó un hombre, que ocultaba su rostro tras una máscara y dijo ser el hermano experto. El hombre que me había recibido cogió el testamento y se lo llevó.

—Ha llegado el momento —dijo— de que penetréis en los misterios de nuestra logia para vuestra iniciación. Pero antes debéis hacerme entrega de todos vuestros objetos de metal, que os serán devueltos tras la ceremonia.

El desconocido no pudo evitar un gesto de sorpresa cuando, además de algunas monedas, le entregué una pistola y dos cuchillos.

—Ahora —prosiguió— levantaos la pernera izquierda de vuestro pantalón hasta dejar la rodilla al descubierto. Descalzaos el pie derecho y desabrochaos la camisa para dejar vuestro pecho también desnudo.

Así lo hice, tras lo que me colocó una soga alrededor del cuello y vendó de nuevo mis ojos. Entonces me condujo fuera de la cámara. Anduvimos unos segundos y nos detuvimos. Al cabo de un rato, mi

acompañante golpeó fuertemente a una puerta. Me pareció escuchar algunas voces antes de que se abriera. Una voz dijo:

—¿Quién es el audaz que viene a forzar la entrada del templo?

—Es un profano que pide ser admitido entre nosotros —respondió mi acompañante.

—¿Cómo ha osado esperarlo? —dijo otra voz que identifiqué claramente como la de Saurí.

—Porque es libre y de buenas costumbres —contestó de nuevo mi compañero.

—Puesto que es libre y de buenas costumbres, pídele su nombre.

Así se me requirió, de modo que lo comuniqué en voz alta.

—Haced entrar al neófito —reconocí de nuevo la voz de Saurí.

En aquel momento sentí un objeto punzante sobre mi pecho.

—¿Qué sentís? —dijo Saurí.

—La punta de una espada, creo —respondí.

—Esta arma —prosiguió—, cuya punta sentís, es la imagen del remordimiento que desgarraría vuestro corazón si alguna vez llegáis a ser perjuro contra la sociedad en la que deseáis tener la ventura de entrar. La ceguera, en la cual os encontráis, simboliza el estado en que se halla sumido todo hombre que no conoce los senderos de la virtud, en los cuales vais a comenzar a caminar. ¿Pedís ingresar en esta logia? —insistió.

—Sí.

—¿Os presentáis por vuestra propia voluntad, sin ninguna coacción?

—Sí.

—Reflexionad bien —continuó Saurí— sobre la petición que hacéis, pues vais a pasar por pruebas terribles que exigen toda la firmeza de la que puede ser susceptible el carácter más decidido. ¿Estáis plenamente decidido a sufrirlas? ¿Sentís el valor de arrostrar todos los peligros a los cuales vuestra indiscreción podría exponeros?

—Sí.

—Profano, antes de que esta asamblea, de la que no soy sino el órgano —más tarde supe que Saurí ostentaba el cargo de venerable maestro, es decir, máxima autoridad de la logia—, consienta admitiros a las pruebas, debe sondear vuestro corazón interrogando a vuestro pensamiento sobre los primeros principios de moral. ¿Qué entendéis por la palabra libertad?

Antes de que pudiera improvisar una respuesta, mi acompañante desde que dejé la cámara de reflexión rompió su silencio para decirme en voz baja



lo que debía contestar. Así, siguiendo sus indicaciones, dije:

—La libertad es la capacidad de hacer o no hacer, según la determinación de la voluntad. Es para cada cual la facultad de hacer todo lo que no es contrario a la moral y a la libertad de otros.

—¿Qué es la moral? —se me preguntó a continuación y respondí siguiendo el mismo método anterior.

—La moral es una ciencia que reposa sobre la razón humana. Es la ley natural, inmutable y universal que rige a todos los seres inteligentes y libres. Es la conciencia científicamente explicada.

—¿Qué es la virtud? —Fue la tercera pregunta.

—La palabra virtud, según su etimología, quiere decir fuerza. Fuerza de hacer el bien absoluto. Es el cumplimiento de los deberes.

—¿Qué es el vicio?

—El vicio es toda concesión hecha al interés y a la pasión, a costa del deber. Es la satisfacción de las malas inclinaciones del hombre.

Se hizo un breve silencio, tras el cual Saurí retomó la palabra.

—¿Persistís en el deseo de haceros masón?

—Sí.

—Señor —prosiguió—, toda sociedad tiene sus leyes y todo asociado deberes que cumplir, y como sería imprudente imponerse obligaciones antes de conocerlas, es de la sabiduría de esta asamblea decirnos cuáles serán vuestros deberes. El primero será un silencio absoluto sobre todo lo que hayáis podido oír y descubrir entre nosotros, así como sobre todo lo que oiréis, veréis o sabréis después. El segundo de vuestros deberes, y que hace que la masonería sea el más sagrado de los lazos, procede de la esencia de nuestro ser: es el de combatir las pasiones que deshonran al hombre y lo vuelven tan desgraciado. Practicar las virtudes más dulces y bienhechoras, socorrer al hermano, prevenir sus necesidades, aliviar su infortunio, asistirle con los propios consejos y las propias luces, habida cuenta de que lo que en un profano sería una rara cualidad no es en un masón sino el cumplimiento de sus deberes. Cada ocasión de ser útil que no aprovecha es una infidelidad. Cada socorro que rehúsa a su hermano es un perjurio, y si la tierna y consoladora amistad tiene también su culto en nuestros templos, es menos porque es un sentimiento que porque, siendo un deber, puede llegar a ser en ellos una virtud. El tercero de vuestros deberes, cuya obligación no contraeréis sino después de haber sido recibido masón, será el de conformaros en todo a los estatutos generales de la orden y a las leyes

particulares de esta logia y someteros a todo lo que sea regularmente prescrito en nombre de esta respetable asamblea en la cual solicitáis el favor de ser admitido. Ahora que conocéis los principales deberes de un masón, ¿sentís aún la fuerza y tenéis la resolución inquebrantable de ponerlos en práctica?

—Sí.

—Antes de ir más lejos —retomó Saurí su discurso—, exigimos de vos un juramento de honor, pero este juramento debe ser hecho con una copa sagrada. Si sois sincero, podréis beber con confianza, pero si la falsedad y el disimulo acompañan vuestra promesa, no juréis. ¿Consentís en jurar?

—Sí.

—Haced que este aspirante se aproxime al altar.

Cogido siempre por uno de mis brazos me hicieron avanzar unos metros.

—Señor, si habéis tenido intención de engañarnos, el mal aún tiene remedio para vos. Todavía os es posible retiraros. Descarto sin embargo la idea de que alguna vez lleguéis a ser indigno de la opinión que de vos hemos concebido, pero no puedo callároslo por más tiempo: para entrar en nuestra sociedad y para asegurarnos de la realidad de vuestra vocación, os quedan grandes pruebas que sufrir. Sin duda habéis oído hablar en el mundo profano del rigor de estas pruebas, pero cualquiera que sea la idea que os hayáis formado de ellas, las que os esperan todavía lo sobrepasan. Pensad en ello, el momento se acerca, y una vez comprometido en las pruebas, no seréis ya dueño de sustraeros a ellas. Si no sentís la fuerza de soportarlas, pedid retiraros, aún hay tiempo. —Tras una breve pausa, me preguntó—: ¿Persistís?

—Sí.

—¿Habéis reflexionado bien sobre las consecuencias de vuestro paso? Os advierto por última vez de que, aunque todas nuestras pruebas sean misteriosas y emblemáticas, no son por ello menos terribles, y muchos han sucumbido a ellas. Sed pues vos mismo quien diga que no continúa. ¿Queréis volver al mundo profano o persistís en haceros recibir masón?

—Sí, persisto.

Entonces escuché un golpe seco, como el que produce una maza cuando golpea sobre la madera. Sin duda Saurí tenía un malleto como

símbolo de autoridad en la logia con el que anunciaba la ejecución de sus órdenes.

—Hermano terrible —dijo—, aduéñate de este profano y hazle hacer su primer viaje. Esfuérate en devolverlo sin accidente.

Tal como había ordenado el venerable, fui conducido, siempre con los ojos vendados, unos metros. Me dio la sensación de que daba una vuelta a una habitación. De pronto nos detuvimos y una voz que no había escuchado hasta el momento gritó:

—¿Quién va?!

—Es un profano que pide ser recibido masón —contestó por mí mi acompañante.

—¿Cómo ha osado esperarlo?

—Porque es libre y de buenas costumbres.

—Puesto que es así, que pase.

Fui obligado a avanzar de nuevo, y en ese momento se desencadenaron una sucesión de ruidos y golpes provocados por diversos objetos. Algunos parecían de metal, y deduje que podían ser espadas. En dos ocasiones tropecé con unos obstáculos y caminé sobre una superficie irregular que a punto estuvo de hacerme caer de no ser porque me sujetaron mis desconocidos acompañantes. Al cabo de un rato volvimos a detenernos. El ruido también cesó. La última voz que me había hablado volvió a hacerlo.

—Venerable maestro, el primer viaje ha terminado.

—Y bien, ¿cómo habéis encontrado este primer viaje? —me interrogó este último.

—Accidentado —respondí.

—Nuestras pruebas —siguió—, como os he dicho, son misteriosas y emblemáticas. Este primer viaje es el emblema de la vida humana, el tumulto de las pasiones, el choque de los diversos intereses, la dificultad de las empresas, los obstáculos que bajo vuestros pasos multiplican vuestros adversarios empeñados en rechazaros. Todo eso está figurado por el ruido y el estrépito que han golpeado vuestros oídos y por la desigualdad de la ruta que habéis recorrido. ¿Queréis afrontar los azares de un segundo viaje?

—Sí.

Avanzamos unos metros más hasta que nos detuvimos de nuevo. Una nueva voz apareció en escena. Me era conocida pero no acertaba a ponerle nombre.

—¿Quién va?

—Es un profano que pide ser recibido masón.

—¿Cómo ha osado esperarlo?

—Porque es libre y de buenas costumbres.

—Puesto que es así, que pase.

Habían repetido el diálogo. Esta vez hicimos otro recorrido en el que volví a tropezar con los mismos obstáculos pero sin ruidos. Nos detuvimos.

—Venerable maestro, el segundo viaje ha terminado —dijo el último en hablar, que me seguía siendo familiar.

—Habéis vencido muchas dificultades —dijo Saurí—. Es un feliz presagio para la continuación de vuestras pruebas. Estas no son nada en comparación con las que os quedan por sufrir. Debéis reunir ahora todas las fuerzas de vuestra alma, si es que no están ya agotadas. Si, contra lo que espero, llegáis a sucumbir en este terrible y peligroso viaje, gemiríamos por vuestra suerte, compadeceríamos vuestro infortunio y lamentaríamos sinceramente que tanto celo, tanta constancia, no hubiesen tenido más éxito. Hacedle emprender el tercer viaje.

De nuevo el recorrido, pero esta vez sin obstáculos ni ruidos. Nos detuvimos y esta vez fue directamente Saurí quien habló.

—¿Quién va?

—Es un profano que pide ser recibido masón.

—¿Cómo ha osado esperarlo?

—Porque es libre y de buenas costumbres.

—Puesto que es así, que pase por las llamas purificadoras a fin de que no quede ya en él nada de profano.

Sentí el calor del fuego cerca de mí. El venerable tomó de nuevo la palabra.

—El tercer viaje ha terminado —dijo—. Las llamas que os han rodeado han acabado la primera parte de vuestras pruebas. Que pueda vuestro corazón abrasarse de amor por vuestros semejantes, que pueda la caridad presidir en el futuro vuestras palabras y acciones. No olvidéis jamás este precepto moral: no hagas a otro lo que no quisieras que te fuera hecho. La masonería añade: haz a los otros todo el bien que quisieras que te hicieran a ti mismo. Señor, nunca podría alabar demasiado el ánimo que habéis mostrado hasta el momento, pero que no os abandone. No habéis llegado todavía al término de vuestros trabajos. Los que habéis de realizar, aunque de otro género, no son sino más difíciles. La orden en la que solicitáis el favor de entrar podrá tal vez exigir de vos que derraméis hasta

la última gota de vuestra sangre. Si sentís el valor de ofrecer en holocausto, debéis darle esa seguridad. Es por vuestra propia sangre vertida hoy que deben ser selladas todas vuestras promesas. ¿Consentís en ello?

—Sí, consiento.

—¿En qué parte del cuerpo consentís que se os abra la vena?

Eso no lo esperaba.

—En el brazo —dije casi sin pensar.

—Cirujano, cumple con tu deber. La logia se remite a tu sabiduría y tu prudencia.

Esperaba la acción del cuchillo. La espera se me hizo eterna. Entonces, el cirujano dijo:

—La sangre humana es demasiado preciosa para derramarla así.

Me sentí aliviado al comprobar que era tan sólo una especie de prueba de fe. Saurí tomó otra vez la palabra.

—Cada paso que habéis dado en la carrera emprendida ha sido señalado por el éxito y aún no habéis llegado al fin de vuestras pruebas. Todo profano que se hace recibir masón deja de pertenecerse: pertenece a una orden que está extendida por todas las partes del globo. Ahora se os va a pedir que prestéis juramento. En pie y al orden.

Pude escuchar cómo varias personas se ponían de pie. Seguidamente me pidieron que apoyara mis rodillas sobre una especie de banco bajo y Saurí me requirió que repitiese las frases que él pronunciaría. Así, fue declamando el siguiente juramento:

—Juro y prometo por mi libre voluntad, en presencia del Gran Arquitecto del Universo y de esta respetable logia de masones, solemne y sinceramente, no revelar jamás ninguno de los misterios de la masonería que van a serme confiados, excepto a un buen y legítimo hermano, en una logia regularmente constituida. No escribirlos jamás, trazarlos o grabarlos, ni formar ningún carácter por el que estos secretos pudieran ser desvelados, bajo pena de que se me corte la garganta, se me arranque la lengua y sea enterrado en la arena del mar, a fin de que el flujo y el reflujo me lleven a un eterno olvido.

Finalizado el juramento, me condujeron a otro punto de la sala. Saurí dio tres golpes con su mallete y alguien retiró la venda de mis ojos. Con dificultades, dado el largo tiempo que estuve privado de ver, observé una sala tan sólo iluminada por las llamas de dos velas. Al poco pude distinguir

a una veintena de personas con máscaras amenazándome con espadas. Y escuché de nuevo la voz de Saurí.

—Estas claridades pálidas y lúgubres son los fuegos sombríos que deben alumbrar la venganza que reservamos a los viles que perjuran. Estas espadas, dirigidas contra vos, están sostenidas por otros tantos enemigos irreconciliables prestos a hundirlas en vuestro pecho si alguna vez violarais vuestros juramentos.

De nuevo tres golpes y me vendaron otra vez los ojos.

—En cualquier lugar de la Tierra en que osarais refugiarnos —prosiguió el venerable— nadie podría ofreceros asilo. Llevaríais con vos el signo de vuestro crimen. El rumor de vuestra reprobación os habría precedido con la rapidez del relámpago. Encontraríais allí masones enemigos del perjurio y os aguardaría el castigo más terrible. Hermanos: ahora que el coraje y la entrega de este aspirante le han hecho salir victorioso de este largo combate entre el hombre profano y el hombre masón, ¿le juzgáis digno de ser admitido entre nosotros?

—¡Sí, venerable maestro! —exclamaron todos al unísono.

—¿Qué pedís para él?

—¡Luz! —volvieron a gritar.

—Que la luz le sea dada a mi tercer golpe de mallete.

Me quitaron la venda. La sala estaba iluminada. Las máscaras habían desaparecido de los presentes y las espadas habían dejado de amenazarme. Entonces distinguí claramente a Saurí y a Anselmo Clavé, el músico, que era la voz que reconocía pero no acababa de identificar. También reconocí al joven aspirante a escritor Antonio Altadill y a Narciso Monturiol, el seguidor de las teorías utópicas de Etienne Cabet. Conocí a Monturiol durante la revuelta del asalto a la Ciudadela y no había vuelto a saber de él. Pensaba que estaba exiliado. Había otros que me eran familiares pero cuyo nombre desconocía. Saurí se dirigió a mí de nuevo.

—Que estas espadas dejen de atemorizaros. No están ya dirigidas contra vos. Hemos recibido vuestros juramentos; los creemos sinceros. El día feliz de la confianza y la amistad se ha levantado al fin para vos. No veáis ya en nosotros más que hermanos, amigos que habéis conquistado y que están dispuestos a volar en vuestro socorro, a servirse de sus espadas para la defensa de vuestra vida y vuestro honor. Ahora acercaos.

Saurí apoyó su espada sobre mi cabeza y la golpeó levemente tres veces con su mallete.

—Hermano —dijo—, porque de ahora en adelante no recibiréis ya otro calificativo entre nosotros, acercaos y recibid de mí, en nombre de todos, el primer beso fraternal.

Me besó tres veces, alternando las mejillas, y me ató un mandil blanco alrededor de la cintura.

—Llevad este mandil que os identifica como aprendiz. Es el símbolo del trabajo. Os da el derecho de sentaros entre nosotros y no debéis presentaros nunca en logia sin él. Recibid también estos guantes blancos. No manchéis jamás su blancura sumergiendo vuestras manos en las aguas cenagosas del vicio. Las manos de un masón deben siempre permanecer puras.

Anselmo me dirigió una mirada de complicidad. Después supe que era el primer vigilante, la segunda autoridad de la logia tras el venerable. Saurí siguió con la ceremonia.

—Los masones, para reconocerse entre ellos, tienen signos, una palabra y un toque. Hay dos signos, el de orden y el de reconocimiento. El signo de orden se hace estando de pie y llevando plana la mano derecha bajo la garganta, con los cuatro dedos juntos y el pulgar separado formando escuadra. Este signo recuerda el juramento que habéis hecho y el castigo que está ligado a su infracción. El signo de reconocimiento es, estando al orden, retirar la mano horizontalmente hacia el hombro derecho y dejarla caer a lo largo del cuerpo.

Me hicieron repetir varias veces el gesto hasta que logré ejecutarlo correctamente.

—El toque —prosiguió Saurí— se realiza tomando la mano derecha de aquel a quien se quiere darse a conocer como masón y se presiona con el pulgar la primera falange del índice. La palabra del grado de aprendiz es Boaz, una de las columnas míticas del templo de Salomón.

Saurí me enseñó el toque dándome él mismo la mano. Finalmente dijo:

—Hermano maestro de ceremonias, conducid a nuestro nuevo hermano al lugar que a partir de ahora le corresponderá en la columna del norte.

La ceremonia continuó una media hora más, hasta que Saurí ordenó el cierre de los trabajos. Fue entonces cuando todos los presentes me felicitaron con los tres besos rituales en masonería. Monturiol fue especialmente efusivo.

—¡Narciso, qué sorpresa! —le dije saludándole efusivamente.

—No podía perdérmelo. Ni más ni menos que Rubén Cardona ingresando en la fraternidad masónica...

—Pensaba que seguías en el exilio.

—Lo estaba. Hace sólo dos semanas que he regresado gracias a un indulto.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me interesé.

—Estoy pensando seriamente en unirme a la expedición americana de Cabet.

—He leído que van a fundar una ciudad utópica en los Estados Unidos...

—Sí, Icaria. Deberías venir también.

—Ya no busco utopías, Narciso.

—Pues él no para —intervino Antonio Altadill, periodista que quería ser escritor y al que había conocido un par de años antes, refiriéndose a Monturiol—, y encima inventa. Ahora dice que va a crear una máquina de liar cigarrillos.

—Sí, y un barco que navegue bajo el agua —contesté con ironía, lo que desató las risas de Altadill, que llevaba bajo el brazo un libro que llamó mi atención.

—¿Qué lees? —le pregunté cogiéndole el libro, que estaba en francés.

—Una obra magnífica de Alejandro Dumas, *El conde de Montecristo* - contestó—, me la ha enviado un amigo de París. Es magnífica.

—Dice que le está inspirando una historia para una novela ambientada en Barcelona —terció Monturiol en tono escéptico y burlón, devolviéndole la puya que le había lanzado hacía un momento a propósito de su vocación inventora.

—Podéis reiros —replicó—, pero ya he empezado a escribir algunas ideas e incluso tengo ya el título pensado, *Barcelona y sus misterios*. ¿Qué os parece?

—Que ya tengo ganas de leerla —le dije para animarlo.

Monturiol y Altadill se despidieron mientras seguía recibiendo la enhorabuena de mis nuevos compañeros. Aunque estaba confuso, debo reconocer que todo aquello había generado en mí una emoción especial. De pronto, recordé lo que me había llevado allí, el conocer por fin el significado del mensaje cifrado que había provocado el ataque al corazón a Boada.





# Capítulo 17

## Mensaje descifrado

Una vez acabada la reunión, que en lenguaje de las logias se denomina *tenida*, traté de buscar una fórmula para reclamar a Saurí la clave del alfabeto masónico sin que resultara violenta mi premura. Afortunadamente no hizo falta; mi amigo lo tenía todo previsto. Poco a poco, todos fueron marchándose. Cuando tan sólo quedábamos Saurí, Anselmo y yo, tomamos asiento los tres en un rincón de la logia.

—Rubén —comenzó Saurí—, ahora que ya eres de los nuestros podemos ayudarte a descifrar el mensaje que recibió Boada sin quebrantar nuestros juramentos. El alfabeto masónico consta de una serie de signos como los que ya has visto que tienen una sucesión lógica. De este modo, aprendiéndola a construir, cualquier masón la puede improvisar en un papel y destruirla a continuación.

Tras la explicación, tomó un trozo de papel y con un lápiz fue dibujando una tabla que rellenó primero con las letras del alfabeto castellano y después su correspondiente signo masónico debajo.

a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	k	l	m
┘	┘	┘	┘	┘	┘	┘	┘	┘	┘	┘	┘	┘
n	o	p	q	r	s	t	u	v	w	x	y	z
┘	┘	┘	┘	┘	┘	┘	┘	┘	┘	┘	┘	┘

—Aquí tienes la clave. Dedúcela tú mismo.

Extraje de mi bolsillo el mensaje de Boada y no tardé mucho en componer la palabra.

—¡Venganza! —exclamé.

—Así es, Rubén —intervino Anselmo.

—Entonces, esto significa que Boada es objeto de una venganza masónica...

—Es más que probable —dijo Saurí mientras quemaba el alfabeto con una cerilla.

—¿Y le van a cortar el cuello y la lengua como habéis dicho antes?

—El ritual masónico se basa principalmente en símbolos y alegorías —aclaró Anselmo—, no vamos por ahí matando gente. Lo que has escuchado antes durante tu iniciación no son más que metáforas.

—Sin embargo, siempre hay algún descontrolado que se toma las cosas demasiado en serio —agregó Saurí—. En los Estados Unidos es famoso el caso de William Morgan, a quien los miembros de su logia asesinaron porque quería revelar sus secretos en un libro.

—¿Boada es masón? —pregunté.

—No lo sé. Como ya te dije jamás he coincidido con él en ninguna reunión y que yo sepa nunca se ha presentado como tal a ningún hermano de aquí —dijo Saurí—. Pero no descarto que se iniciara en alguna logia americana.

—Se lo puedes preguntar tú mismo —apuntó Anselmo.

—Si no se lo ha dicho a nadie no veo por qué tendría que decírmelo a mí.

—Olvidas que desde hoy eres masón. Te puedes presentar a él como tal. Si lo es, teóricamente tiene la obligación de corresponderte identificándose también.

Anselmo tenía razón. A diferencia de la noche anterior, ahora estaba en condiciones de enseñar mis cartas al viejo. Además, el hecho de que él mismo fuera escéptico sobre la autoría de Nogués, me advirtiera de que se trataba de gente muy peligrosa y rogara que velara por su esposa tenía ahora sentido con todo lo del mensaje y la venganza masónica. La pregunta, entonces, es el motivo. ¿De qué acusan los masones a Boada? De momento sólo él tenía la respuesta.

## Capítulo 18

### *Boada se confiesa*

Llegué por la mañana temprano a la casa de Boada. Francisco me condujo directamente a la habitación donde se encontraba aún convaleciente.

—Pase, Cardona —me dijo nada más verme.

—¿Cómo se encuentra, señor Boada?

Aproveché la oportunidad del saludo para presentarle mi mano con el fin de estrechar la suya. Boada me la dio y le hice el toque masónico tal y como me lo habían enseñado, insistiendo en la presión de mi dedo para que no hubiera dudas. El viejo abrió del todo los ojos, me miró fijamente y dijo:

—Bo...

Me pilló por sorpresa. Pensé rápido, interpretando que esperaba de mí una respuesta correcta. Deduje que era la palabra que acompañaba al toque. Boada había dicho sólo el principio. Improvisé, suponiendo que debía acabar la palabra.

—...az —Boaz. Por un momento maldije a Saurí y Anselmo por olvidar explicarme esta parte.

—Reconozco que no deja de sorprenderme, Cardona. Esto no estaba en el informe que me dieron de usted —dijo.

—Digamos que estaba un poco anticuado para incluir esta parte, señor.

—Ya. Por su toque, deduzco que está todavía en el primer grado de aprendiz. Supongo que se ha identificado como hermano porque encontró algo en mi escritorio el día que sufrí el ataque.

—Así es. Y sé lo que dice. ¿Tiene idea de quién quiere vengarse de usted y por qué?

—Los hombres como yo nos caracterizamos por ir sumando enemigos que desean venganza a lo largo de la vida.

—Pero en este caso usted y yo sabemos que son masones —le señalé.

—Tiene razón. Y creo saber por qué. Ha pasado tanto tiempo que casi lo había olvidado. Cuando recibí el mensaje, vino súbitamente todo a mi memoria.

—¿Por qué no me lo cuenta? Confíe en mí.

Boada titubeó unos instantes. Finalmente decidió hablar.

—La historia que le voy a contar comienza hace ya casi cuarenta años en Maracaibo. En aquel tiempo las colonias eran un hervidero de ideas nuevas y revolucionarias. Estaban los independentistas y los que traían los aires progresistas y antiabsolutistas de las Cortes de Cádiz. En los cafés había tertulias donde se discutían esas cosas. La mayoría éramos jóvenes y entusiastas. Un día, en una tertulia, alguien mencionó la masonería. Jamás había escuchado esa palabra. Más tarde, al salir del café hice lo posible por coincidir con el hombre que había hablado de ello. Era sólo algo mayor que yo, se llamaba Roberto Salvia y hacía un año que había regresado de Londres, adonde su familia, unos ricos hacendados, lo mandaron a estudiar.

Mientras hablaba, Boada miraba fijamente hacia un lugar indeterminado de la habitación. Su mirada parecía viajar en el tiempo cuando rememoraba aquella historia. Sólo en algunos momentos giraba la vista hacia mí, como si se asegurara de que le escuchaba con atención.

—Salvia me explicó —continuó— que la masonería era una sociedad secreta en la que fluían los valores de libertad, fraternidad e igualdad, en la que todos los hombres eran iguales al margen de sus ideas políticas y religión. Usted, Cardona, ya sabe de lo que le estoy hablando. Él había sido iniciado en una logia londinense hacía tres años. Yo escuché y pregunté. Supongo que percibió interés sincero en mí y finalmente me confesó que hacía unos meses había fundado una logia en Maracaibo con otros hermanos iniciados en Inglaterra y España. En los días siguientes tuvimos un par más de conversaciones, hasta que finalmente me aseguró que si pedía el ingreso en su logia, él mismo me avalaría. Le dije que lo pensaría, pero en el fondo ya lo tenía decidido, así que en nuestro siguiente encuentro le hice formalmente la solicitud.

Boada dijo que me ahorra la explicación de una ceremonia que debía conocer de sobra. Añadió que la logia, llamada Viriato, tenía una quincena de miembros, todos más o menos de su edad.

—Fue una época fantástica. Además de hermanos éramos amigos fuera de la logia y disfrutábamos mucho de los debates, ya fuera en el templo o en los cafés en los que nos reuníamos, donde también había no

masones. Pero al cabo de un tiempo las cosas fueron cambiando. El incremento de las posiciones secesionistas en la colonia afectó a nuestra logia, donde nos fuimos radicalizando, unos a favor de la independencia y otros, entre los que me encontraba yo, firmes defensores de seguir vinculados a la metrópoli. En cada tenida el ambiente se tornaba cada vez más caldeado, y un día se entabló una discusión que acabó en una pelea. Salvia, que era el venerable, pudo cortar la disputa y muy indignado suspendió los trabajos de la logia hasta nueva orden.

El viejo hacía frecuentes pausas para descansar. Le dije que si estaba fatigado podíamos continuar en otro momento. Rehusó; quería hablar.

—Salvia, sin embargo, estaba decidido a remontar aquella situación —prosiguió—. En las semanas siguientes estuvo hablando con todos los miembros de la logia, a veces a solas y a veces en reducidos grupos. Él era partidario de la independencia, pero quería salvar la amistad que había unido a aquel grupo y que la política estaba separando. Nos decía que los masones ingleses prohíben hablar de política y religión en las logias, porque son los principales motivos de desunión entre los hombres, como se estaba demostrando en Viriato. Finalmente nos convenció a todos para celebrar una tenida en la que formularíamos un juramento solemne. Todos aceptamos. Sabíamos que la guerra estaba cerca y todos prometimos que aunque lucháramos en bandos distintos siempre preservaríamos nuestra hermandad. Salvia redactó un documento utilizando el alfabeto masónico que todos firmamos con nuestro nombre y una huella dactilar con la propia sangre. Cuando estuvo listo, lo quemó y depositó las cenizas en una pequeña caja de madera. Éramos diecisiete los hermanos presentes en la tenida, de modo que introdujo dieciséis bolas blancas y una negra en una bolsa. Quien extrajera la bola negra debía custodiar la caja con nuestro juramento. El *azar quiso* que fuera yo quien cargara con aquella responsabilidad.

Boada emitió entonces una especie de sollozo profundo que intentó disimular pero que no me pasó desapercibido. Rememorar aquellos hechos le estaba produciendo una angustiada emoción. Repuesto, continuó explicando.

—Pasó lo que nos temíamos y la guerra acabó siendo un hecho con el regreso de Simón Bolívar, quien por cierto había sido una vez invitado a nuestra logia de Maracaibo. Sí, también era masón —dijo Boada al ver mi cara de sorpresa—. Yo, como habrá adivinado, luchaba en el bando

centralista, donde mandé primero una compañía de voluntarios de infantería y más tarde una escuadra con mis propios barcos, que acabé hundiendo tras el triunfo de los insurgentes.

El viejo aún no había superado el dolor que le habría causado aquella acción de autodestrucción.

—En el transcurso de la guerra —siguió relatando— estuvimos durante unas semanas pugnando por el control de un valle estratégico. Fue una especie de batalla de golpes furtivos y escaramuzas, pues ambos bandos temíamos enfrentarnos en campo abierto. Un día mis hombres me informaron de la presencia de un grupo de insurgentes en una granja cercana. Les habían visto penetrar en la casa al anochecer durante una patrulla. Fuimos hacia allí, rodeamos la casa. Había un centinela en el exterior que uno de los indios enrolados con nosotros neutralizó tras deslizarse sigilosamente a su espalda; llevaba consigo suficientes indicios de que era un rebelde. A una orden mía asaltamos la casa, derribando la puerta y disparando a través de las ventanas. Pese a que respondieron al ataque, el factor sorpresa fue determinante y en pocos minutos controlamos la situación.

En aquel momento Boada experimentó una intensa convulsión que me hizo reaccionar temiéndome que se repitiera el ataque al corazón.

—Estoy bien, estoy bien. Déjeme continuar, Cardona, necesito continuar. Cuando entré en la casa, se me vino el mundo encima. Ahí dentro estaba teniendo lugar una tenida masónica en la que participaban miembros de la logia Viriato. En el suelo yacía muerto Salvia con un disparo en el pecho. Reconocí a tres hermanos también muertos y más cadáveres de personas que no conocía. Sólo quedaron tres supervivientes, todos miembros de la logia Viriato. Se trataba de Juan Delgado, que estaba herido en un brazo, José Cruz y Amadeo Bustillo, los únicos que habían resultado ilesos. Puede imaginar las miradas de odio que me dirigieron. Mandé salir a todos mis hombres de la casa y me quedé solo con ellos. Intenté razonar lo imposible. Me llamaron traidor y me acusaron de romper el juramento que yo mismo custodiaba, y me amenazaron con que tarde o temprano pagaría la muerte de Salvia y los otros hermanos. Contesté airado que aquello había sido una acción de guerra y no podía prever lo que estaba pasando dentro de la granja. Estuve a punto de acabar con ellos allí mismo, pero algo en mi interior acabó deteniéndome.

Una lágrima se deslizó por una de las mejillas de Boada mientras añadía:

—Salí de la casa y ordené que nos retiráramos sin llevar prisioneros a los supervivientes. Evidentemente, lamentaba la muerte de mis compañeros, pero la guerra, Cardona, endurece el corazón de los hombres que luchan en ella y matan por sobrevivir. Mi único acto de redención tuvo lugar cuando regresé al campamento. Busqué entre mis pertenencias la pequeña caja de madera con las cenizas de nuestro juramento. Ya no tenía ningún valor tras la matanza de aquella noche, así que la lancé a las llamas de una hoguera.

Boada se quedó en silencio. Yo también. Era una historia terrible la que acababa de contarme y lo cierto es que no sabía qué decir. Al cabo de un rato sólo se me ocurrió preguntar:

—¿Francisco es también masón?

—Sí, pero deje que siga. Hay una segunda parte, y en ella tiene que ver Francisco —contestó Boada—. Como sabe, Bolívar y los suyos acabaron ganando la guerra y forzando la independencia. Recordará que le expliqué que compré a Francisco en Maracaibo, y también que me salvó la vida y en gratitud le concedí la libertad, aunque siguió a mi lado. Pues 'bien, cuando marché a Cuba vino conmigo y mi familia, e igualmente nos acompañó durante una estancia en Nueva York. Allí entré de nuevo en contacto con la masonería. Solía visitar una logia llamada Washington cuyos miembros, aunque seguían el ritual que yo había practicado en Maracaibo, habían orientado sus actividades al mundo de los negocios y las influencias políticas. De ello me serví para recuperar en parte la fortuna que casi perdí en Venezuela. Atrás habían quedado los ideales progresistas que movían a la Viriato. Regresé a la masonería sin más interés que el mío propio.

A pesar de que su fatiga iba en aumento, el viejo indiano tenía intención de finalizar su relato.

—En Nueva York supe de la existencia de una masonería denominada Prince Hall que tomaba su nombre de un antiguo esclavo liberado que fundó una logia para masones de color en Boston. Animé a Francisco a ingresar, lo que hizo de forma entusiasta. Para un hombre que había sufrido el mal sabor de la esclavitud era muy importante el sentir la pertenencia a una hermandad como la masonería. Volvimos a Cuba y ambos ingresamos en una logia de La Habana. Y entonces ocurrió.

—¿El qué? —pregunté impaciente.



—Una noche, tras una tenida, Francisco y yo nos dirigíamos a casa andando. Era tarde y las calles estaban desiertas. De pronto tres individuos nos cortaron el camino. No era la primera vez que nos intentaban asaltar y tampoco la primera que nos habíamos defendido con las armas. Pero aquellos tipos no tenían intención de robarnos, sino de matarnos.

—Eran ellos —anticipé.

—En efecto: Delgado, Cruz y Bustillo. Cómo me encontraron nunca lo supe, pero allí estaban. Tal vez supieron de mí a través de otros hermanos de la logia. Creo que no esperaban nuestra rápida reacción y tampoco que fuéramos armados. Pero siempre llevábamos dos pistolas cargadas encima, sobre todo por la noche. Sin mediar palabra, disparamos todos casi a la vez. En aquella primera descarga, Bustillo cayó mortalmente herido y yo recibí un balazo en el hombro izquierdo. Francisco fue rápido y se abalanzó sobre ellos con su segunda pistola, alcanzando en el pecho a Cruz. Yo también disparé desde el suelo, pero no acerté. Aquello dio a Delgado la oportunidad de escapar. Francisco quizá lo habría cogido de ir tras él, pero optó por atenderme. No volví a ver jamás a Delgado, aunque ahora estoy seguro de que fue él quien me hizo llegar la advertencia de venganza y quien sin duda ha estado detrás de los sabotajes al ferrocarril, amparado tras todos esos estúpidos que quieren impedirlo con teorías ridículas, como Nogués.

Boada dio entonces por terminada su historia y pidió que le dejara solo para descansar. Así lo hice. Abandoné la habitación con una línea clara de investigación. Ahora por fin sabía a quién buscar. Y aunque no conocía su cara, al menos tenía un nombre: Juan Delgado.

## Capítulo 19

### *Interrogatorio en la imprenta*

Al salir de la habitación de Boada encontré esperando a Francisco. Decidí que era el momento de comunicarle el toque masónico. Le alargué la mano y cuando él la extendió, presioné con mi pulgar tal y como me habían enseñado a la vez que dije:

—Bo...

—...az —respondió casi de forma automática aunque atónita.

—Tenemos que hablar —le dije.

Asintió con la cabeza y entramos en lo que parecía ser un pequeño estudio.

—Ya sabemos quién está detrás de los sabotajes.

—Sí, Juan Delgado. Anoche el señor me explicó lo del mensaje —dijo Francisco.

—Entonces ya sabes que está firmemente decidido a matar a tu jefe.

—Sí.

—Escucha, Francisco, voy a intentar localizar a ese hombre. Está en algún lugar de Barcelona, y creo que lo mejor es que tú te quedes aquí armado para proteger a Boada y a su familia. Teme por ellos.

—De acuerdo —contestó sin titubear.

Francisco, como siempre, era parco en palabras y de una rudeza casi insensible. Sin embargo, en aquellos momentos ni su impasibilidad africana era capaz de ocultar su preocupación por Boada, con quien había compartido casi una vida llena de aventuras.

Me marché de casa de Boada con la intención de dirigirme a la imprenta de Saurí. Siendo masón, quizá Juan Delgado había visitado alguna logia en Barcelona y mi amigo podía haber coincidido con él o saber de algún hermano que pudiera dar referencias.

Tardé unos diez minutos en llegar a la esquina de la calle Ancha con Regomir. La imprenta estaba cerrada; muy raro a aquella hora, cuando Saurí

debía componer casi a ritmo frenético el *Barcelonés* para su impresión.

De pronto un temor me asaltó. Algo iba mal. Sabía que la imprenta tenía una puerta trasera con entrada por la calle Gignàs, no en vano había vivido allí durante meses. La puerta no se utilizaba y de hecho estaba incluso disimulada, pues la había habilitado Saurí como eventual huida de emergencia durante nuestro activismo revolucionario.

Entré en Gignàs y localicé la estrecha puerta. Como esperaba, estaba abierta. Penetré en la parte de atrás de la imprenta, que se utilizaba como almacén. Por suerte, se abrió sin chirriar; Saurí la mantenía engrasada como precaución. El almacén estaba separado del resto de la imprenta por una cortina, que entreabrí al escuchar una voz desconocida. El corazón me dio un vuelco: Saurí estaba atado a una silla y tenía sangre en la cara. Frente a él, un hombre al que reconocí de inmediato. Era el que le rebanó el cuello al tipo que seguí desde el Hogar del Marino.

—¿Dónde puedo encontrar a ese Cardona? —interrogaba el tipo a mi amigo.

—No lo sé. Dejé la imprenta hace una semana y no me dijo dónde viviría.

—Vamos, amigo, eso no hay quien se lo crea. Tarde o temprano lo encontraré. Un hombre como él se hace notar en Barcelona. Si me lo dices ahora, vivirás. Si no, te mataré aquí mismo y tardaré un poco más en dar con él.

—Los dos sabemos que me matarás igual, así que vete al infierno.

Entonces, aquel asesino sacó su cuchillo. Se disponía a degollar a Saurí. Mi impulso fue dispararle, pero a aquella distancia fallaría casi con seguridad. En medio segundo decidí sacar mi cuchillo y abalanzarme sobre él profiriendo un alarido.

Le dio tiempo justo de girarse hacia mí, pero el suficiente para detener la puñalada que tenía intención de asestarle. Rodamos por el suelo, aunque nos incorporamos de inmediato y nos quedamos cara a cara, cada uno empuñando su cuchillo, esperando el instante preciso para atacar de nuevo. Él debió de golpearse mal al caer, porque un gesto de dolor le hizo encogerse levemente de su costado derecho. Fue mi oportunidad y la aproveché. Esta vez sí hundí mi cuchillo en su costado izquierdo. No fue una herida mortal, pero suficiente para que cayera de rodillas. Entonces mi bota impactó con rabia en su cara. Se desplomó hacia atrás y quedó tendido en el suelo sin sentido.

Corrí a atender a Saurí.

—¿Estás herido? —le pregunté mientras le desataba.

—Estoy bien. No sé cómo lo haces para llegar siempre en el momento oportuno, pero te aseguro que brindo por esa habilidad.

—Sí, yo también. Ayúdame a atar a ése antes de que despierte.

Atamos al tipo a la misma silla. Cuando nos aseguramos de la firmeza de los nudos, le lancé un cubo de agua sucia que encontré en un rincón de la imprenta. El asesino recobró la conciencia. En cuanto comprendió que estaba atado, hizo un brusco movimiento para intentar liberarse, pero fue inútil, en parte por el dolor punzante que sintió en el costado herido, pero también por la bofetada que le propiné.

—Bien, creo que la situación ha cambiado sustancialmente. Dice mi amigo que preguntabas por mí —le dije dándole otra bofetada—. Pues mira, ya me has encontrado. Soy Rubén Cardona y odio que hijos de puta como tú que asesinan a gente por los portales me busquen para seguir practicando esa afición. Así que ya estás cantando el motivo de tu interés.

Una mirada de desprecio directa a mis ojos fue su respuesta.

—Muy bien. A ver qué te parece esto.

Introduje el mango de mi cuchillo en su herida y lo retorcí. Apagué su grito de dolor con un puñetazo.

—Probémoslo otra vez. ¿Por qué mataste al hombre con el que te encontraste hace tres días en la calle Jaime Giralt?

—Para que no hablara.

—¿De qué?

Se volvió a hacer el remolón, de modo que volví a hundir el mango del cuchillo en su herida.

—¿De los sabotajes al ferrocarril? —insistí.

—Sí —dijo finalmente en medio de un gemido agudo.

—¿Trabajaban para ti ése y el grandote que me cargué en la Barceloneta?

—Sí.

—No sé por qué me temía que habías sido tú —intervino Saurí.

—Y mataste al otro porque me estaba acercando, ¿verdad?

—Sí.

—Ahora me dirás para quién trabajas, porque está claro que no actúas por tu cuenta. No eres más que un despreciable sicario. Así que sigue hablando.

Unos golpes en la puerta interrumpieron el interrogatorio.

—Voy a ver quién es —dijo Saurí—. Es Anselmo —dijo al volver.

—Dejémosle pasar.

Saurí abrió la puerta.

—Pasa, rápido —le instigó.

Anselmo se quedó parado al ver las heridas en el rostro del editor.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Pasa.

Anselmo penetró en la imprenta y se encontró con el cuadro.

—¿Quién es ése? ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó entre perplejo y aterrado.

—Estaba a punto de matarme cuando apareció Rubén por la puerta de atrás y me salvó la vida —resumió Saurí.

—¿Por qué te quería matar? —inquirió Anselmo.

—En realidad me buscaba a mí —intervine—. Ahora teníamos una simpática charla, profundizando en nuestra reciente amistad —dije a la vez que le soltaba otro puñetazo; tenía que mantener blanda la voluntad del tipo para que siguiera hablando—. Estaba a punto de decirme quién es su jefe, aunque se está haciendo un poco el remolón. Le voy a ayudar. ¿Te suena el nombre de Delgado?

El sicario puso tal cara de sorpresa que no hizo falta que dijera nada más para confirmar mis sospechas.

—Pues ahora sólo falta que nos digas dónde encontrarle —le dije.

El tipo movió negativamente la cabeza, lo que le valió un nuevo puñetazo y una sesión más del mango de mi puñal, aunque en esta ocasión se mantuvo firme. Mi experiencia anterior en interrogatorios policiales me aconsejó cambiar por un momento de tercio.

—Está bien, te lo preguntaré más tarde, porque ahora me dirás cómo sabías que debías venir aquí para buscarme —le interrogué pasándole el mango del cuchillo por delante de sus ojos.

—Por la puta —contestó.

—¿Que quieres decir, cabrón?! —insistí agarrándole fuertemente por el cabello y tirando de su cabeza hacia atrás.

—Espera, Rubén, ahora lo reconozco —interrumpió Anselmo—. Precisamente venía a buscarte para contártelo.

—¿De qué estás hablando? —le inquirí.

—Hace dos noches éste se presentó en la taberna de la Barceloneta. Iba con otro tipo corpulento al que no pude ver bien. No les habría prestado atención a no ser porque se marcharon con la chica que conociste el día que acabaste con el grandote.

—Isabel... —apunté.

—Sí. No le di importancia, pero esta mañana me han dicho que anoche no apareció, lo que es muy raro. Es la primera noche desde que toco allí que la chica esa no trabaja en La Bomba.

—¿Qué le habéis hecho? —le interrogué agarrando al tipo violentamente por el cuello.

—No lo sé, fue el señor Luis Delgado quien la cogió por el brazo cuando la vio y me ordenó que nos marcháramos.

—¿Dónde está?!, ¿dónde está?! —volví a preguntar golpeándole repetidamente en la cara.

Cuando paré, el asesino aquel me miró con todo el desprecio que fue capaz y dijo:

—Se la deben de estar comiendo los peces en el fondo del puerto.

Sentí cómo los ojos se me llenaban de sangre y con un grito de ira le corté el cuello de un tajo.

—¡Lo has matado! —gritó horrorizado Saurí, mientras Anselmo se quedaba paralizado.

## Capítulo 20

### *Misión a la isla de los esclavos*

Aquella noche el asesino también sería pasto de los peces. La muerte de Isabel me afectó muchísimo, y mi ataque de ira impidió que prosiguiera el interrogatorio y acabara averiguando dónde encontrar a Delgado. Antes de marchar de la imprenta pusimos el cadáver dentro de un saco y lo dejamos en el almacén, preparado para trasladarlo de noche a un punto solitario del puerto y echarlo al mar.

Una vez estuvo el cadáver dentro del saco, Saurí, Anselmo y yo intentamos poner en orden la imprenta y limpiar los rastros de sangre. Aproveché la presencia de ambos para preguntarles si habían oído hablar de Juan Delgado en círculos masónicos. Les expliqué que había pertenecido a la misma logia que Boada en Maracaibo y que habíamos descubierto que era el cerebro de los ataques al ferrocarril como parte de una antigua venganza por hechos que ocurrieron en América. Ambos coincidieron en que no habían escuchado nunca ese nombre, pero que intentarían hacer algunas averiguaciones entre los hermanos de otros talleres.

Una vez lista la reparación de la imprenta, me dirigí a casa de Boada. Nada más abrir la puerta del principal de Portaferrisa, Francisco dijo que el viejo había empeorado y que insistía en hablar conmigo. Incluso habían llevado recado a mi casa. Debía de ser verdad, porque había un médico en la habitación. Los dos hijos mayores y algunos familiares más del indiano acompañaban a Teresa, la esposa de Boada. Ésta me presentó como colaborador de su marido y, al igual que había hecho Francisco, insistió en que me esperaba impaciente.

En cuanto me vio, Boada hizo salir al doctor para que nos quedáramos solos.

—Señor Boada, he confirmado que Delgado es el hombre que buscamos —le dije en cuanto estuve a su lado.

—No tenía ninguna duda, Cardona.

El viejo me hizo indicaciones para que me sentara cerca de él.

—Cardona, le he mandado llamar porque siento cerca la muerte.

—No diga eso, señor...

—No me interrumpa —dijo enérgico—, he estado *lo* suficientemente cerca de la muerte a lo largo de mi vida para saber que esta vez es la buena.

—Estaba muy fatigado. Sin embargo, prosiguió—: Cardona, me veo obligado a apelar a su condición de hermano masón, tanto mío como de Francisco, para pedirle que asuma como herencia una labor que hace años me juré que llevaría a cabo y me será imposible.

—Usted dirá.

—He dispuesto que tras mi muerte tenga usted acceso a una suma importante de dinero.

—No tiene por qué... —intenté farfullar en medio de la sorpresa, pero el viejo gesticuló con la mano para que callara y siguiera escuchando.

—Una parte —añadió— es evidentemente como pago a sus servicios. El resto debe servir para la empresa que le diré. Supongo que habrá ya comprobado que la relación entre Francisco y yo tiene tras tantos años juntos más de amistad y camaradería que de jerarquía entre amo y empleado.

Asentí con la cabeza.

—Pues bien, hace ya años le juré que algún día lo llevaría de regreso a África para que reencontrara el lugar de donde lo sacaron a la fuerza. Lo hice después de que me explicara que entre los escasos recuerdos que guarda de su tierra siempre revive cómo lo sacaron por una puerta atado con cadenas y que ante él se abrió un mar infinito, que lo subieron a una barca que lo condujo, con otros esclavos, al barco que en un viaje interminable lo llevó a Cuba dentro de una bodega nauseabunda y hacinada. Sé muy bien dónde está esa puerta.

—¿Dónde? —pregunté ansioso.

—En la isla de Goré, frente a la costa del Senegal. La llamaban también la isla de los esclavos. En el patio de una casa donde se encerraba a los negros capturados se ponían a la venta los lotes de aquellos desdichados entre los distintos barcos negreros que acudían allí en busca de mercancía humana. Una vez adjudicados, los esclavos eran conducidos a aquella puerta trasera que daba directamente al mar. Es la puerta de salida de África. Prometí a Francisco que un día haríamos el viaje de regreso, que volvería a entrar en África por la misma puerta por la que la abandonó. Yo



ya no haré ese viaje, pero quiero que Francisco lo haga y usted se encargue de ello. Uno de mis barcos con su tripulación estará a su disposición cuando estén preparados para partir. El capitán ya conoce el rumbo, así como también sabe de sobras dónde están la isla y la puerta, pues no será la primera vez que su barco ancle allí.

Durante unos instantes no supe qué decir. Finalmente afirmé:

—Será un honor hacer ese viaje con Francisco, señor.

—Gracias, hermano.

Sacando fuerzas, Boada se llevó la mano derecha al cuello e hizo el signo de la orden y reconocimiento masónicos desde el lecho. Yo le imité.

# Capítulo 21

## *La muerte de Boada*

La muerte del sicario en la imprenta de Saurí puso fin a seis días frenéticos de acontecimientos. Como si de una tormenta se tratara, una calma inexplicable se apoderó posteriormente de la investigación. Buscaba a un hombre, Juan Delgado, que se encontraba en alguna parte de Barcelona. Saurí y Anselmo habían preguntado a algunos de sus conocidos masones si aquél había acudido a alguna de las logias de la ciudad. Nadie recordaba haber escuchado ese nombre.

Cada minuto me arrepentía de mi brusco ataque de ira y de haber acabado con aquel asesino, cuando en realidad era el único camino conocido que me podía conducir al cerebro de la venganza contra Boada. Incluso cesaron los sabotajes a las obras. Tal vez Delgado se había quedado sin estructura e intentaba reclutar nuevos colaboradores para proseguir los ataques. O quizá tan sólo esperaba la muerte del indiano, que parecía cada vez más próxima.

Al día siguiente de que Boada me pidiese que cumpliera por él la promesa de retorno a África que le hiciera a Francisco, fue trasladado a Mataró, su ciudad natal y donde se encontraba su residencia familiar. Allí se reunían mejores condiciones para su cuidado que en el piso de Barcelona.

Debo confesar que me encontraba perdido, no sabía por dónde continuar. Tenía la sensación de que debía esperar un nuevo movimiento de Delgado; incluso me sentía vigilado. Ante esa situación y para aliviar la tensión de la espera, casi cada mañana me trasladaba al campamento base de las obras. Seguía la línea ya construida con la esperanza de sorprender de nuevo a los saboteadores y recuperar el hilo perdido de la investigación. Algunas noches merodeaba por las pudas de la Barceloneta y lamentaba la muerte de Isabel, inocente víctima de una venganza por unos hechos que habían pasado hacía ya muchos años; demasiados. Y siempre acababa, en

algún momento del día, en la imprenta de Saurí, que aprovechaba para explicarme cosas de la masonería entre mis añorados efluvios de tinta.

Hasta que el domingo 2 de abril mi casera golpeó muy temprano la puerta de la habitación en la calle Flassaders. Alguien estaba preguntando por mí. Me levanté y en el salón encontré a Francisco. De pie, me miró fijamente en silencio; no hizo falta que dijera nada: Boada, su amo, su amigo, su camarada de aventuras y hermano, había muerto.

—¿Cuándo ha sido? —me limité a preguntar.

—Esta madrugada. La enfermera que lo atendía por las noches lo encontró sin vida cuando iba a tomarle la temperatura. Debió de morir mientras dormía —explicó Francisco. Sus ojos no podían disimular el rastro de un llanto reciente.

—Cálmate, amigo, todo saldrá bien —intenté consolarle.

Francisco había venido en el carruaje en el que solía trasladar a Boada y con él nos fuimos a Mataró. Hicimos el camino en silencio, a pesar de que opté por renunciar a viajar dentro de la cabina y compartí pescante con Francisco. Pero como en él era habitual, no abrió la boca en todo el viaje. Esta vez, lejos de intentar entablar conversación, quise respetar su dolor y compartir el silencio.

La mansión familiar de Boada en Mataró era inmensa, palaciega, una casa con tres extensos pisos y buhardilla, además de un amplio terreno ajardinado alrededor que en ese momento estaba a rebosar de carruajes. Del más puro estilo colonial, era una especie de homenaje ostentoso, de monumento del indiano a sí mismo en la ciudad que lo había visto nacer pobre y regresar rico de su aventura americana.

Tal como esperaba a la vista del gran número de vehículos, el interior de la casa estaba repleto de gente. Familiares, vecinos, hombres de negocios, políticos... Al fondo del salón vislumbré sentada en un sillón a doña Teresa, la viuda de Boada, y hacia ella me dirigí para manifestarle el pésame.

—Lo siento mucho, señora, le acompaño en el sentimiento —le dije quedándome de pie frente a ella e inclinando ligeramente la cabeza en señal de respeto.

—Gracias, Cardona. Sepa —dijo la mujer— que a pesar de que usted y mi marido se trataban desde hacía muy poco tiempo, él le tenía en gran estima y confianza, créame.

—El sentimiento era mutuo —asentí.

También di el pésame a los hijos y otros familiares del viejo. Muy cerca de ellos se encontraba el ingeniero Partal junto con un desconocido elegantemente vestido. Partal me dirigió gestos para que me acercara, y hacia ellos fui.

—Cardona —dijo—, le presento al señor Juan Millet que a partir de ahora se hará cargo de la dirección de la empresa del ferrocarril.

—Es un placer conocerle —dijo mientras nos estrechábamos la mano—. Boada me habló muy bien de usted. Antes de morir me aconsejó que siguiera contando con sus servicios, a lo que estoy enteramente dispuesto siempre que usted no tenga inconveniente.

—Gracias. Por supuesto me gustaría acabar el trabajo. Deduzco que usted ocupará el puesto de Boada.

—Así es, ésa fue su voluntad.

—El señor Millet —intervino Partal— ha asistido desde el principio al señor Boada en la dirección financiera del proyecto, formando parte también del consejo de administración de la sociedad promotora.

—Cardona —dijo Millet—, mañana, después del funeral, me gustaría que me acompañara en mi carruaje de regreso a Barcelona. Así aprovecharíamos el viaje para conocernos un poco mejor y ponernos al día.

—Por supuesto —acepté.

## Capítulo 22

### *Informe al sucesor de Boada*

El funeral se celebró a la mañana siguiente. Los restos de Boada recibieron sepultura en el panteón que el indiano se había hecho construir en el cementerio de Mataró. Tal y como era de prever, acudió mucha gente a dar la última despedida. Lo más selecto de las fuerzas vivas de Barcelona y Mataró estaba allí. Opté por presenciar la ceremonia desde una posición discreta que me permitiera observar el entorno. No podía evitar una cierta sensación de inquietud, como si Juan Delgado o alguno de sus sicarios fueran a osar perpetrar alguna acción aprovechando aquel momento.

También había optado por una situación discreta el fiel Francisco. Me acerqué a él y le golpeé suavemente el hombro. Me devolvió una mirada de gratitud, en un gesto hasta entonces inédito hacia mí. Francisco estaba inmerso en el dolor, a lo que se sumaba una cierta desorientación sobre su posición que se había hecho evidente los dos últimos días. Sin duda el antiguo esclavo se preguntaba qué sería de él ahora que el viejo ya no estaba.

Una vez sepultado el féretro y clausurado el panteón, fui directamente al encuentro de Millet para regresar con él a Barcelona, tal y como habíamos quedado el día anterior.

—Boada me explicó que había usted identificado al jefe de los ataques a las obras del ferrocarril —inició Millet la conversación nada más ponerse en marcha el carruaje en dirección a Barcelona.

—Así es. Se llama Juan Delgado.

—Me dijo que todo obedecía a una venganza de cuando la guerra en Venezuela —añadió.

—Así parece ser.

Ignoraba hasta qué punto Boada se había sincerado con su colaborador, si le había explicado lo de la venganza masónica. Hasta no conocer el grado de conocimientos de Millet en el asunto preferí adoptar prudencia.

—¿Y sabe usted —prosiguió— qué tipo de venganza pesaba sobre Boada? ¿Por qué todos esos sabotajes?

—Sólo que se trataba de una antigua disputa entre partidarios centralistas e independentistas en Maracaibo —me limité a explicar, sin desvelar las conexiones con las logias masónicas.

—¿En qué estado se encuentra ahora su investigación?

—Como ya le he señalado, un tal Juan Delgado ha estado dirigiendo los sabotajes, y para ello ha reclutando a varios maleantes. Al menos tres de ellos han muerto, y desde entonces los atentados parecen haber cesado, aunque estoy convencido de que se reanudarán una vez Delgado reconstruya su banda —narré.

—¿Ha tenido que ver usted con alguna de esas muertes?

—No —respondí en un tono del que se desprendía claramente un «mejor no pregunte».

—Magnífico. Por un momento temí lo contrario —replicó Millet en un tono del que pude comprender un claro «haré como que no me he enterado». Cruzamos una mirada de complicidad y añadió—: Creo que nos vamos a entender, Cardona.

—Opino lo mismo, señor Millet.

—Oiga Cardona, hay una cuestión delicada sobre la que quisiera consultarle antes de tomar una decisión.

—Usted dirá.

—Se trata de Francisco, el sirviente negro de Boada.

—¿Qué ocurre con él? —pregunté con cierta prevención.

—Verá, se supone que entre las responsabilidades que he heredado de Boada está también la de su asistente, y la verdad, no me veo por Barcelona acompañado a todas partes por un criado negro. Esto puede que les guste a los «americanos», pero no a mí. La familia tampoco sabe muy bien en qué emplearlo. De hecho estaba al servicio exclusivo del viejo, al que seguía a todas partes.

—Señor Millet, no sé si Boada llegó a explicárselo, pero estoy vivo gracias a que Francisco evitó que uno de los saboteadores me apuñalara. Estoy en deuda con él. Por eso, permita que le sugiera que trabaje conmigo en la vigilancia y seguridad de las obras —propuse.

—Veo que está usted convencido de que seguirán los ataques...

—Me temo que sí. Juan Delgado sigue en Barcelona y...

—Pero —interrumpió Millet— una vez muerto Boada seguramente la venganza ya no tiene sentido...

—Por lo que he averiguado hasta el momento, la venganza está guiada por odios antiguos y muy profundos, de modo que es muy probable que la conspiración continúe. No descarte que Delgado quiera socavar la memoria misma de Boada, su legado, y eso es el ferrocarril.

Millet dudó unos instantes para finalmente decir:

—Debo confiar en su instinto, Cardona, del mismo modo que lo hacía Boada. Por supuesto mantendré los honorarios que acordó con el viejo, y me parece una excelente idea asignarle a Francisco.

Seguimos conversando hasta llegar a la plaza Palacio. Antes de apearme del carruaje pregunté a Millet:

—¿Dónde podré localizarle?

—Me instalaré en el despacho de Boada que usted ya conoce; en caso de un asunto de urgencia, éstas son mis señas.

Millet me entregó un papel con su dirección en la calle Canuda. En correspondencia, yo le di mis señas en Flassaders y en la imprenta de Saurí y quedamos en que iría a verle regularmente al despacho para informarle de la marcha de las investigaciones, tal y como tenía costumbre de hacer con Boada.

## Capítulo 23

### *Grasa de niños para las locomotoras*

Según lo acordado con Millet, Francisco se incorporó de inmediato a la vigilancia de las obras. Cada día íbamos hasta el campamento base, que para entonces ya se había trasladado al otro lado del río Besós. Desde allí recorríamos a caballo diferentes tramos de la línea. Algunas veces hacíamos noche en el campamento, que seguía bien suministrado de pescado fresco; otras, nos dejábamos caer por las tabernas de la Barceloneta, con la esperanza hasta el momento frustrada de retomar la pista de Delgado y sus secuaces.

Así pasaron las semanas. La rutina empezaba a hacer mella en nosotros, e incluso Millet ya insinuaba que, en vista de que el peligro parecía haber cesado definitivamente, quizás era el momento de prescindir de mis servicios.

Hasta que cuando menos lo esperábamos se produjo un giro increíble. El miércoles 14 de junio tuvo lugar un incidente que rompió bruscamente la calma y que nos puso de nuevo en guardia. Esa mañana, dos mujeres enfurecidas atacaron con gran saña y violencia a uno de los empleados que la compañía tenía a cargo de las instalaciones de la estación de Barcelona. Ésta se encontraba en el espacio entre la Ciudadela y la Barceloneta, junto a la plaza de toros del Torín, clausurada por las autoridades desde hacía dieciocho años, cuando una protesta por la mansedumbre de unas reses desembocó en una revuelta ciudadana.

El ataque fue por sorpresa. Primero una de ellas golpeó por detrás al empleado con una estaca; después ambas se abalanzaron sobre él llenas de furia. La intervención de otros empleados alertados por los gritos de su compañero pudo detener la brutal agresión. Los hombres retuvieron a las dos mujeres hasta que la policía se hizo cargo de ellas.

En cuanto fui informado del suceso me dirigí a la estación con Francisco. Encontramos al empleado agredido en una pequeña sala sentado



en una silla de despacho con visibles heridas y contusiones que le provocaban repetidos gestos de dolor.

—Buenos días, soy Rubén Cardona, responsable de seguridad del ferrocarril —me presenté—. ¿Me puede explicar lo que ha ocurrido?

—No lo sé muy bien, fue todo muy rápido —empezó a explicar el trabajador—. Estaba allí fuera de pie fumando un cigarro cuando sentí un golpe tremendo en la espalda. Caí al suelo y me empezaron a llover patadas. Una de las mujeres se me echó encima y me golpeó la cara con sus puños. —Señaló los cardenales bien visibles que lucía en el rostro.

—¿Por qué le atacaron?

—Querían entrar en el taller.

—¿En el taller?! ¿Para qué?

—Pues no lo sé.

Hice un gesto a Francisco para que me siguiera, a la vez que pedí a otro empleado que me acompañara al interior de la nave. Se trataba de un hangar con raíles en el suelo preparado para la reparación y puesta a punto de los trenes.

—¿Qué podían buscar aquí dentro? —interrogué al trabajador.

—No me lo puedo imaginar. Hace dos semanas llegó la primera de las cuatro locomotoras previstas desde Inglaterra, esa enorme máquina. Es lo único de valor y no creo que se la quisieran llevar.

Efectivamente allí estaba la máquina. Había visto dibujos y la maqueta que Boada tenía en el despacho, y cómo la descargaban desmontada en el puerto, pero debo reconocer que su imponente tamaño me impresionó. Menos a Francisco, que ya las había visto en Cuba. El resto de la nave lo ocupaban máquinas para trabajar el acero, cajas de herramientas, mesas de trabajo y algunas grúas. También había una pequeña fundición. Nada que uno no se esperara en un lugar como ése.

—¿Qué ha pasado con las mujeres?

—Se las han llevado los agentes.

Sabía por mi experiencia en la policía que serían trasladadas a la cárcel de mujeres, en la esquina de la calle San Pablo con Robadors. Allí permanecerían unos días en un calabozo hasta que las autoridades decidieran liberarlas de nuevo. De modo que hacia la prisión nos dirigimos. Confiaba en utilizar mi antigua amistad con el capitán de la guardia, Antonio Ravella, para que se me permitiera hablar con las dos agresoras y ver si podía aclarar algo.

Fuimos andando Francisco y yo por las calles Platería, Jaime I, Boquería y San Pablo, cruzando la Rambla. Invertimos unos treinta minutos en el trayecto. Cuando llegamos pedí al centinela de la puerta que avisara a Ravella, que apareció al cabo de unos minutos.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! Cardona el radical —casi vociferó mientras se dirigía a mi encuentro.

Ambos nos fundimos en un sonoro abrazo. Lo cierto es que habíamos sido muy buenos amigos.

—Bien, ¿qué te trae por aquí? —dijo al fin mientras se percataba, no sin cierta sorpresa, de la presencia de mi acompañante.

—Primero te presento a otro buen amigo, Francisco. Trabajamos juntos en la seguridad de las obras del ferrocarril.

—¡Vaya! Me temo entonces que ya sé a qué vienes...

—Hace unas horas deben de haber traído a dos mujeres que han atacado a uno de los empleados de la estación del ferrocarril...

—En efecto —corroboró Ravella.

—Quisiera hablar con ellas.

—Podrás hacerlo cuando las soltemos.

—Venga, no me digas eso. Sabes que pueden pasar días e incluso semanas —insistí.

—Me pones en un compromiso, Cardona. Son peligrosas...

—Quizá lo eran cuando atacaron al pobre hombre de la estación —corté—, pero estoy seguro de que han dejado de serlo después de pasar por vuestras manos. Conozco muy bien los métodos de esta casa.

Ravella se me quedó mirando dubitativo unos instantes.

—Hazlo por nuestra vieja amistad —forcé.

—Está bien, cinco minutos, y esto quedará entre nosotros.

—Por supuesto —asentí.

Ravella nos condujo a la zona de calabozos destinados a las presas temporales, aquellas que no cumplen una condena firme, como era el caso de las dos agresoras. Tras ordenar al carcelero que nos abriera la puerta, penetramos en la celda que compartían las dos mujeres mientras Ravella permanecía en el exterior. Yo ya estaba preparado para lo que iba a encontrar, pero Francisco no pudo reprimir un estremecimiento de impresión. A las dos reclusas les habían rapado la cabeza, una práctica habitual que buscaba la humillación y el terror a la vez. Y lo habían hecho con pocos miramientos, de modo que eran visibles algunos cortes y

escoriaciones provocados por una cuchilla de filo desgastado. El cuero cabelludo y el rostro de las mujeres estaban cubiertos de regueros de sangre reseca.

Ambas estaban sentadas, acurrucadas y ateridas en un rincón de la celda. Alzaron la cabeza para dirigirnos una mirada que denotaba a la vez sorpresa, temor y cierta vergüenza por su aspecto.

—Trabajamos para el ferrocarril y quisiéramos haceros algunas preguntas —anuncié.

Las dos mujeres seguían mirándonos en silencio.

—¿Por qué atacasteis al hombre de la estación?

Seguían sin hablar.

—Si no habláis os acusaremos de intento de asesinato y moveremos hilos para que paséis mucho tiempo en esta cárcel. Ya habéis visto lo que os han hecho nada más llegar, de modo que podéis haceros fácilmente una idea de lo que os depara si os quedáis aquí más tiempo del necesario —les anuncié para intentar romper su silencio, lo que dio el resultado esperado.

—Buscábamos a nuestros hijos —dijo al fin una de las mujeres.

—¿Cómo?! —reaccioné sorprendido.

—Nos han robando a nuestros hijos —añadió la otra.

—¿Y por qué los buscabais en el taller de la estación?

—Dicen que han sido los del ferrocarril, que necesitan la grasa de los niños para hacer funcionar la máquina —siguió explicando la mujer.

—¿Pero no os dais cuenta de que esto no puede ser, que es mentira? ¿Quién os ha metido eso en la cabeza?—las interrogué aún invadido por la sorpresa y la incredulidad tras la respuesta.

—Todo el mundo habla de eso en la Barceloneta, dicen que los del tren se llevan a los niños —añadió la otra mujer.

—Un momento, ¿estáis diciendo que hay más niños desaparecidos además de vuestros hijos?

—Sí.

—¿Y desde cuándo están desapareciendo? —añadí.

—Hace unas dos semanas.

El tiempo que hacía de la llegada de la locomotora de Inglaterra, pensé.

—Mirad —dije tratando de parar aquella locura—, puedo daros mi palabra de que el ferrocarril no está secuestrando a ningún niño, y eso de la

grasa es imposible. De todas formas intentaré averiguar qué les ha ocurrido a vuestros hijos.

—¿Y por qué tenemos que creerle? —exclamó una de las mujeres.

—Porque he sido policía y ahora que trabajo para el ferrocarril debo descubrir qué ha pasado.

Las mujeres no dijeron nada y se sumieron en su estado de cautiverio y humillación. Francisco y yo salimos de la celda y nos despedimos de Ravella.

—Recuerda, Cardona, me debes una —me advirtió mientras nos alejábamos.

## Capítulo 24

### *La larga sombra de Delgado*

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Francisco al salir de la prisión.

—Vamos a visitar a mi amigo Saurí a la imprenta. Sin duda habrá oído hablar de esas extrañas desapariciones de niños en la Barceloneta.

En las últimas semanas había tenido la oportunidad de presentar a Francisco y Saurí. Éste lo había incluso invitado a asistir a algunas reuniones de la logia, lo que Francisco hacía con asiduidad, y esta circunstancia fue muy aplaudida por el resto de hermanos, que consideraban muy exótica la presencia de un negro por culminar uno de los principios que cultivan los masones, el de igualdad entre los hombres de todas las razas.

Al llegar a la Rambla nos adentramos por la calle Fernando hasta llegar a la plaza de la Constitución, para descender entonces por Ciudad y Regomir hasta la confluencia de ésta con la calle Ancha, donde estaba la imprenta. Saurí, como siempre, trabajaba en la composición del periódico, labor que no cesó en cuanto entramos en el local. Se limitó a saludar:

—¿Qué tal amigos? ¿Novedades? —preguntó casi sin levantar la vista.

—Quizá —contesté.

El tono contundente de mi respuesta hizo reaccionar a Saurí, que se nos quedó mirando intrigado.

—¿Es cierto que están desapareciendo niños en la Barceloneta? —lancé.

—Siempre desaparecen niños y no sólo en la Barceloneta. Muchos se escapan de sus casas y regresan al cabo de un tiempo. Se sabe de algunos que se enrolan como grumetes en un barco embaucados por los marineros que explican sus aventuras —explicó Saurí.

—En la Barceloneta dicen que los están secuestrando los del ferrocarril para utilizar su grasa...

—Sí, ya he oído esa estupidez. No me digas que te crees esa patraña, es una más de las tonterías que se dicen sobre el ferrocarril... —añadió.

—Ya lo sé, lo que me preocupa es el clima de miedo que se está creando. Hoy dos mujeres han atacado brutalmente a un trabajador de la estación buscando a sus hijos.

—¡Vaya! Publicaré algo en la edición de mañana —anunció Saurí despertando su instinto de periodista—. Y ahora que lo dices, sí que es cierto que en los últimos días ha habido un cierto incremento de casos de niños desaparecidos. No había caído hasta ahora.

—No me gusta nada esta historia —señalé—. No descarto que Delgado y sus sicarios estén de nuevo detrás de todo esto. Esta noche me pasaré por la Barceloneta. Tú, Francisco, será mejor que no vengas conmigo esta vez.

—¿Por qué? —protestó.

—Porque casi toda Barcelona sabe que un negro trabaja para el ferrocarril. Rubén solo podrá actuar con más discreción, sobre todo si tiene que hacer preguntas —contestó Saurí por mí.

Francisco finalmente asintió resignado.

## Capítulo 25

### *De nuevo el Hogar del Marino*

Llegué a la taberna La Bomba cuando mi amigo Anselmo Clavé aún no había empezado su repertorio de canciones poco aptas para damas. Quería hablar con él. Me vio entrar mientras afinaba su guitarra. Cuando estuve lo suficientemente cerca dijo:

—No sé por qué, pero cuando te veo entrar aquí percibo problemas.

—Muy gracioso Anselmo, muy gracioso.

—Es que aunque sé de sobras tu aprecio por mí y mi obra, dudo que vengas a escuchar mi actuación.

—Tienes razón en todo. Por eso venía a preguntarte algo.

—Pues tú dirás.

—¿Qué has oído de la desaparición de niños? —pregunté.

—Pues la gente está muy indignada porque dicen que os los lleváis los del ferrocarril —me dijo prudentemente al oído.

—¡Venga, Anselmo...!

—Ya sé que es una locura, pero es lo que se dice.

—¿Y quién está diciendo eso?

—Todo el mundo.

—Me refiero a si has detectado la presencia de alguien con interés especial en divulgarlo...

—¿Quieres decir algún agitador?

—Eso es —asentí.

—Pues ahora que lo dices, hay un tipo que viene casi todas las noches que no para de hablar del tema.

—¿Si viene hoy podrías hacerme una señal como la del día del saboteador?

—Claro, pero como aquel día, a partir de ese momento será cosa tuya.

—Por supuesto, Anselmo, por supuesto.

Mi amigo tenía que empezar ya a tocar, de modo que me senté a una mesa del rincón del local. El tabernero me sirvió vino y encendí un cigarro. Cada vez que pisaba La Bomba no podía evitar pensar en Isabel. El lugar me la recordaba y me invadía un sentimiento de culpabilidad por su trágico final. De pronto fui consciente de que deseaba vérmelas con Juan Delgado para hacerle pagar las muertes de Boada e Isabel, y me di cuenta de que mi odio hacia esa persona de la que no conocía ni su rostro era muy profundo, y me pregunté si tanto como el que él sentía hacia Boada. ¿Acaso me estaba convirtiendo en otro Delgado?

Por fortuna, la señal convenida con Anselmo me apartó de aquellos pensamientos. Un tipo acababa de entrar en la taberna, y según mi amigo era un activista de la teoría del secuestro de niños por el ferrocarril. Ahora tenía que averiguar por qué. De momento opté por no quitarle el ojo de encima. Se acercó a la barra y pidió un vaso de vino. En cuanto lo tuvo se acercó a una mesa a la que estaban sentados unos individuos que parecía conocer.

—¿Sabéis si hoy ha desaparecido algún otro niño? Porque esta mañana he visto merodear por las calles a dos tipos del ferrocarril... —pude escuchar que decía a los de la mesa, pues por fortuna no estaba lejos de la mía.

Como respuesta obtuvo varias negaciones con la cabeza. Bebió un trago largo de su vino y siguió:

—No entiendo por qué las autoridades no hacen nada. Si en lugar de niños de pescadores pobres secuestraran a los hijos de los ricos hace ya tiempo que habrían detenido a alguien.

—¡Tienes toda la razón! ¡Hay que hacer algo! —interrumpí alzando mi vaso en un alarde de imprudencia que en ese momento no podía prever cómo iba a acabar. Sin embargo preferí arriesgar dejándome llevar por mi instinto.

El tipo se me quedó mirando fijamente, sorprendido, al igual que algunos de los clientes de la taberna que se encontraban a nuestro alrededor. Por un momento temí que alguien me reconociera y me vinculara al ferrocarril, lo que habría sido fatal para mí en aquellas circunstancias. Por fortuna no pasó. Al contrario, tras unos instantes de duda el agitador proclamó señalándome a mí:

—Escuchad bien lo que dice este caballero, hay que reaccionar.



Entonces me levanté y me dirigí al tipo con la intención de hacer chocar nuestros vasos.

—Por fin encuentro a alguien en esta ciudad con las agallas de denunciar los abusos que estamos sufriendo para proteger el dinero de los ricos, como esos del ferrocarril —dije al tiempo que brindábamos.

El hombre no podía ocultar cierta perplejidad, aunque hacía grandes esfuerzos por seguir la situación. Fue entonces cuando le pasé un brazo por el hombro y con un guiño de complicidad lo aparté de sus compañeros y lo conduje casi a la fuerza hasta mi mesa.

—Sírrete un poco de mi vino, amigo —le propuse alcanzándole mi jarra.

—No te había visto nunca por aquí —dijo.

—Vengo sólo de vez en cuando.

—Ya...

—Escucha —proseguí—, en otra taberna cerca de aquí he dejado hace un rato a unos amigos que están que echan fuego por los colmillos con eso de los niños. Creo que están dispuestos a hacer algo. ¿Por qué no vamos a verles y les acabamos de convencer? Lo que has contado antes de los tipos del ferrocarril merodeando hoy por aquí podría ser definitivo.

—No sé... —titubeó.

—¡Venga!, no dejemos escapar esta oportunidad.

—¿Y dónde dices que están?

—En la taberna que hay un poco más abajo.

—Pues vamos —dijo finalmente el tipo aparentemente convencido.

Salimos de La Bomba y descendimos por la calle en dirección al mar. Mi intención era acercarlo al callejón donde había acabado con el primer saboteador. Mientras caminábamos le iba hablando sobre la necesidad de escarmentar a los del ferrocarril, con el fin de no perder su confianza antes de tiempo.

Al llegar a la altura del callejón hice un movimiento rápido, cogiéndole por el cuello con mi brazo y arrastrándolo hacia la oscuridad, a la vez que puse mi cuchillo en su garganta.

—Ahora me vas decir para quién trabajas...

—¿Qué quieres decir? —contestó tembloroso.

—Que quién te paga para propagar esas mentiras de los secuestros de niños por el ferrocarril.

—Nadie.

—¡Mientes! Mira, no es la primera vez que mato a alguien en este mismo callejón, de modo que habla —dije mientras aumentaba la presión de mi brazo en su cuello.

—No sé cómo se llama —dijo al fin—, pero me dio una carta que te puede servir.

— ¿Y dónde está?

—En mi bolsillo.

—Está bien, dámela.

Justo en el momento en que disminuí momentáneamente la fuerza con que lo agarraba, el tipo aprovechó para escurrirse y librar su cuello. Era hábil, y la rapidez de su maniobra me hizo incluso perder el cuchillo. Al verlo en el suelo, se abalanzó sobre él, pero yo también reaccioné rápido y le di en plena cabeza con una porra de madera que llevaba bajo la chaqueta. Se desplomó. Rápidamente me agaché para comprobar su estado y descubrí que estaba muerto. Hice un gesto de fastidio y desespero; empezaba a estar harto de que en este caso se me acumularan los cadáveres de potenciales informadores a los que no lograba hacer hablar todo lo que hubiera deseado.

Decidí aparcas mis elucubraciones para más tarde y actuar con rapidez antes de ser descubierto. Recogí mi cuchillo y registré el cuerpo. Como ya suponía, no había ninguna carta, pero encontré otro cuchillo, algunas monedas y algo que en principio debería haberme sorprendido pero que de alguna manera ya me esperaba: otro resguardo de camastro del Hogar del Marino. De nuevo ese lugar, y de pronto una súbita luz irrumpió en mi mente. Lo tenía desde hacía semanas latente en mi cerebro, pero casi oculto; ahora por fin afloraba en forma de repentino presentimiento que debía probar. ¡Qué idiota había sido todo este tiempo si era cierto! Había estado allí desde el principio. ¡Maldita sea!

Oculté el cadáver bajo un montón de escombros que se acumulaban en el callejón. No tenía tiempo ni modo de trasladarlo a otro lugar, y de lo que se trataba era de que fuera descubierto lo más tarde posible para darme margen de maniobra.

## Capítulo 26

### *Desenmascarado al fin*

En cuanto hube ocultado lo mejor que pude el cadáver del agitador, me fui a mi habitación de la calle Flassaders. Era tarde y pensé que me sentaría bien dormir un rato. Poco, porque muy temprano iría a buscar a Francisco, que desde que trabajaba conmigo se había instalado en la habitación que ocupaba cuando Boada pasaba la noche en su piso de Portaferrissa. Pese a los esfuerzos pude dormir escasamente y mal, pues no dejaba de pensar en lo que temía descubrir, a la vez que me maldecía una y otra vez por imbécil, porque había tenido la clave de todo aquello casi desde el comienzo de la investigación sin darme cuenta.

Tal como había planeado, salí muy temprano a la calle en dirección al piso de Boada. Francisco aún dormía cuando empecé a aporrear la puerta.

—¿Qué ocurre?! —dijo nada más verme al abrir.

—Vístete de prisa. Tenemos que ir al Hogar del Marino.

—¿Al Hogar del Marino...?

—Sí. Juan Delgado recluta a sus sicarios allí. Anoche, en la Barceloneta, me topé con uno de esos que van alarmando a la gente con lo de los secuestros de niños. Pasa la noche en el Hogar del Marino y la conexión de las desapariciones con Delgado cobra fuerza. Vamos allá, y no te dejes las armas —añadí dando de nuevo prisa a Francisco.

Descendimos la Rambla a paso rápido. Francisco, como era su costumbre, no decía nada, pero era evidente que no acababa de entender mi prisa y yo no quería enseñar las cartas antes de tiempo. Si estaba en lo cierto, era necesario mantener a mi compañero en vilo.

No tardamos en llegar al Hogar del Marino. La puerta principal estaba entreabierta; la acabé de abrir y entramos. Y entonces todo fue demasiado rápido, más de lo que había previsto. El padre Luis estaba ahí mismo, de pie. Al escuchar la puerta se giró hacia nosotros y su cara se transformó con

un sobresaltado gesto de sorpresa. Automáticamente miré a Francisco, que tuvo una reacción similar.

—¡Es él! —gritó.

Casi sin darnos cuenta, el padre Luis extrajo dos pistolas de debajo de su sotana y las disparó contra nosotros. Tuvimos el tiempo justo de lanzarnos cada uno a un lado para intentar esquivar las balas. El sacerdote aprovechó el momento para salir huyendo por la puerta. Esperaba que pasara algo así, pero no había calculado que el hombre aquel estaría tan cerca de la entrada y reaccionaría tan rápido. Lo había subestimado.

Todo siguió yendo muy deprisa, y antes de que Francisco y yo pudiéramos levantarnos nos cayeron encima varios individuos, todos ellos huéspedes del Hogar del Marino acudiendo en ayuda de su benefactor. Eso dio el tiempo que necesitaba el padre Luis para escapar.

Mientras forcejeaba con el grupo que me retenía, vi a Francisco intentar lo propio aun con menos fortuna que yo, pues me percaté de que estaba herido en un brazo. Aquello me dio una cierta fuerza extra y logré soltarme un brazo el tiempo suficiente para empuñar mi pistola y disparar donde pude, que acabó siendo a ninguna parte. El tiro amedrentó a mis captores, que me soltaron, circunstancia que aproveché para empuñar mi otra pistola con la mano derecha y mi cuchillo con la izquierda. Los que retenían a Francisco también lo soltaron ante mi amenaza. Tenía que pensar rápido en algo antes de que recuperaran el valor.

—¡Quietos todos! —se me ocurrió entonces gritar—. Soy policía y vienen más. No tardarán porque habrán escuchado los disparos. Supongo que ninguno de vosotros desea ser detenido, de modo que sólo os queda correr.

Mi argumentó resultó ser de peso, pues en pocos segundos el Hogar del Marino quedó desalojado. Tampoco yo deseaba encontrarme con la policía, de modo que optamos igualmente por la huida.

Hice señas a Francisco para que me siguiera. Casi sin pensarlo decidí que lo mejor era buscar refugio en la imprenta de Saurí, y allí llegamos corriendo por la calle Ancha. La imprenta estaba aún cerrada al público, pero mi amigo estaba ya dentro preparando las máquinas. En cuanto nos vio a través de los cristales abrió.

—¿Qué os ha ocurrido?

—Creo que ya sabemos quién es Juan Delgado, ¿verdad, Francisco?

Saurí dirigió la mirada hacia él.

—Era él, ese cura era Juan Delgado —dijo.

—¿Qué cura? —preguntó atónito Saurí, que al percatarse de la herida de Francisco fue rápidamente a por el botiquín que tenía en la imprenta.

—¿Recuerdas el tipo que te secuestró aquí en la imprenta? —interrumpí.

—El que mataste...

—Sí. Pues no sé si recordarás también que cuando lo estaba interrogando se refirió en un determinado momento a Delgado como Luis en lugar de Juan. Me percaté de ello, pero no le di importancia, simplemente pensé que se había equivocado. Durante todo este tiempo lo he recordado a menudo, pero sin acabar de atar los cabos.

—Yo también recuerdo muy bien todo aquello —intervino Saurí—, no fue nada agradable...

—Ya, pero iba a matarte cuando llegué...

—Lo sé, Rubén, nunca te lo agradeceré bastante..., pero sigue, por favor —replicó Saurí mientras curaba la herida a Francisco tras comprobar que sólo había sido un rasguño superficial.

—Pues anoche —continué— tuve un encuentro con uno de los tipos que va propagando que el ferrocarril secuestra niños. Llevaba encima un cartón que el Hogar del Marino da a quienes se refugian allí, igual al que tenían los saboteadores de las obras.

—¿Y...? —inquirió impaciente Saurí.

—Y entonces, de repente, lo comprendí. Todo encajó en mi cabeza. El padre Luis y Juan Delgado debían de ser la misma persona.

—Entiendo pues que el padre Luis es el responsable del Hogar del Marino... —puntualizó mi amigo editor.

—Así es, y sólo había una manera de averiguar si mi teoría era cierta. Tras la muerte de Boada únicamente había una persona que yo conozca en Barcelona que podía identificar a Juan Delgado...

—Francisco —se adelantó Saurí.

—Exacto. Por eso fui a buscarle temprano para que me acompañara. Francisco —dije dirigiéndome a él—, deberás perdonarme que no te advirtiera antes del peligro, pero era fundamental el elemento sorpresa.

Francisco asintió con la cabeza.

—¿Y dónde está Delgado, o el padre Luis, o como se llame, ahora? —preguntó Saurí.

—Se escapó —dijo Francisco.

—Puede decirse que casi nos pilló él por sorpresa en vez de nosotros a él —añadí.

—¿Y qué vais a hacer ahora?

—Ya sabemos quién es y cómo es —apunté—. Ahora tendrá que esconderse y moverse con mayor dificultad de movimiento al perder la tapadera del Hogar del Marino. De momento extremaremos la vigilancia de las obras e intentaremos aprovechar cualquier error que cometa.

Y entonces vino a mi memoria el día que entregué a Delgado dinero del propio Boada que sin duda había empleado en pagar a sus sicarios. A veces, pensé, el destino juega malas pasadas, y el viejo estaba financiando sin saberlo la venganza contra él. Ese día fui con Isabel, y aquella visita al entonces padre Luis le costaría la vida, pues sin duda la reconocería como una de las prostitutas que merodeaban por las tabernas de la Barceloneta en busca de clientes.

## Capítulo 27

### *Despacho con Millet*

Una vez Saurí curó la herida de Francisco, le sugerí a éste que fuera al piso de Boada a descansar mientras yo iba a informar a Millet de los últimos acontecimientos. Más herido en su orgullo que en su brazo, intentó convencerme de que no era necesario, que estaba bien. Finalmente cedió cuando le recordé que aquella noche había una reunión de la logia Ciencia y Libertad en la que me iban a ascender al grado de compañero y a la que Francisco estaba naturalmente invitado.

—Es importante para mí que estés descansado, pues me ha adelantado Saurí que debes ayudarme en la ceremonia —le dije, a la vez que el editor, venerable de la logia, asentía con la cabeza.

Aunque con reservas, finalmente aceptó, y salvo algún imprevisto en la investigación quedamos todos citados a las siete en el templo masónico de la calle Ataúlfo.

Al abandonar la imprenta me dirigí directamente a la que había sido oficina de Boada en la plaza Palacio y que ahora ocupaba Millet. Tuve que esperar porque había una reunión con algunos accionistas y el ingeniero Partal. Cuando finalmente entré en el despacho, Millet estaba exultante por el buen ritmo de las obras, que habían experimentado una notable aceleración desde el fin de los sabotajes, por lo que ya se trabajaba en los preparativos de la inauguración.

—Pues lamento amargarle un tanto la fiesta —le dije. —¿Qué ocurre? —preguntó mientras se sentaba en su sillón de trabajo y yo hacía lo propio en una de las sillas dispuestas al otro lado del escritorio.

—Hemos encontrado a Juan Delgado.

Millet se incorporó excitado de alegría.

—¿Y eso es una mala noticia?! ¿Está detenido?

—Se escapó.

—¡Vaya! —exclamó con decepción mientras volvía a sentarse.

—Di con él tras averiguar que lo del bulo de los secuestros de los niños para convertirlos en grasa para el ferrocarril era animado por algunos individuos en las tabernas de la Barceloneta. Pronto intuí que Delgado podía estar de nuevo detrás del montaje, y así era. Interrogué a uno de los propagadores y apareció de nuevo la conexión con el Hogar del Marino, ya sabe, ese sitio de beneficencia donde se alojan los marineros sin barco. Así que nos dirigimos allí esta mañana, donde Francisco identificó a Delgado como el sacerdote responsable del centro, lo que le ha permitido pasar desapercibido todo este tiempo y reclutar a varios sicarios. Sin embargo, Delgado estaba preparado y logró huir —le resumí, ahorrándome algunos detalles, como la suerte que corrió el agitador tras nuestra reunión en el callejón.

—¡Maldita sea, nunca nos libraremos de ese tipo! —reaccionó Millet.

—De momento, porque tenga en cuenta que ahora sé a quién busco y qué cara tiene. No le será fácil moverse —contesté.

—¿Y dónde está Francisco? —preguntó al percatarse de su ausencia.

—Resultó herido por uno de los disparos que hizo Delgado para huir. Por suerte sólo fue un rasguño superficial cerca del hombro y, contra su voluntad, lo he enviado a descansar.

—¿Disparos? ¿Dice que ha habido disparos? Espero que no haya habido más muertes «accidentales» que dirijan a la policía hacia usted y la compañía... —apuntó un tanto alarmado.

—Por supuesto que no, señor Millet.

—Cardona, admito que me cuesta interpretar algunas de sus frases, pero algo me dice que quizá sea mejor así. No se lo tome como algo personal —añadió—, pero cada día que pasa tengo más ganas de que todo esto se resuelva de una vez, agradecerle enormemente su ayuda, liquidarle los pagos por su encomiable trabajo y que nuestra relación deje de ser laboral y en todo caso pase al estadio de la amistad.

—Yo también ansío ese momento, señor Millet —respondí.

—Bien. Entonces, ¿qué sugiere ahora?

—Sugiero que los trabajos continúen con la misma normalidad y ritmo. Me encargaré de describir a Delgado a Partal y a los trabajadores para que estén alerta ante cualquier presencia sospechosa. Mientras, Francisco y yo intentaremos seguir alguna pista que nos lleve de nuevo a él.

—Correcto. Buena suerte y transmita por favor a Francisco mi alegría porque la herida no haya sido grave —me despidió Millet.





## Capítulo 28

### *Ascenso en la logia*

Aquella noche, en efecto, teníamos una reunión especial en la logia. Iban a ascenderme al segundo grado, el de compañero. Aunque me halagaba, no dejaba de sorprenderme la celeridad con la que, en terminología masónica, me aumentaban el salario, pues tenía entendido que normalmente se tardaba más, y así se lo expuse a Saurí.

—Es cierto —me explicó antes de dejar la imprenta para ir al despacho de Millet— que estás yendo deprisa, pero es cada logia la que decide eso. En tu caso, entendemos que estás preparado. Además, tenemos motivos para que llegues cuanto antes al grado de maestro. Esta logia guarda un secreto del pasado que nos interesa transmitirte, y sólo podemos hacerlo cuando alcances el tercer grado, que esperamos sea pronto.

—¿Un secreto? ¿Qué secreto? —reaccioné asombrado.

—Lo sabrás en su momento, ten paciencia —se limitó a contestar Saurí.

A la hora convenida me personé en la logia para participar en la tenida, que comenzó como de costumbre. Cuando llegó el momento me hicieron poner de pie para ser interrogado acerca de algunos conceptos pertenecientes al grado de aprendiz. Asistido por el maestro de ceremonias, respondí al cuestionario. A continuación fui invitado a salir del templo con el resto de aprendices —desde que yo había sido iniciado habían ingresado otros dos nuevos miembros en el taller— para que la logia votara mi paso al segundo grado. La votación en una logia se realiza introduciendo unas bolas blancas o negras en una urna. Blanca significa sí; negro, no. Al cabo de unos pocos minutos fui introducido de nuevo en la sala —los otros dos aprendices permanecieron fuera— y llevado ante el venerable maestro, mi amigo Saurí, que me anunció:

—Hermano Rubén, tengo la alegría de informaros que esta asamblea ha tomado una decisión favorable a vuestro aumento de salario. ¿Os

comprometéis como hombre de honor y fiel masón a sufrir las pruebas de recepción al grado de compañero?

—Sí, me comprometo —contesté.

—¿Y os comprometéis también, bajo la pena citada en vuestro juramento, a guardar en secreto lo que os voy a comunicar?

—Sí, me comprometo —repetí.

—Puesto que es así —prosiguió—, os voy a dar ahora una prueba de confianza, la comunicación de la palabra de paso que conduce al grado al que aspiráis. —Me la dijo en voz baja al oído—. Tenéis que guardar esta palabra escrupulosamente en la memoria, porque sin ella no podréis ser admitido en una logia que trabaje en segundo grado.

Me hicieron repetir la palabra, me explicaron su significado simbólico y fui conducido fuera del templo para prepararme para la ceremonia que iba a tener lugar. En ella iba a asistirme Francisco, a quien Saurí pidió que ejerciera temporalmente las funciones del denominado hermano experto. Naturalmente lo aceptó y me indicó que dispusiera mi vestimenta del mismo modo que cuando fui iniciado aprendiz. La diferencia era que en esta ocasión no llevaría los ojos vendados. Cuando estuve listo, mi acompañante dio tres golpes a la puerta. Al cabo de unos instantes, el guardatemplo entreabrió y nos preguntó:

—¿Quién llama?

—El hermano experto, que conduce a un candidato que pide pasar de la regla a la escuadra en nuestra orden masónica —respondió mi acompañante.

El guardatemplo volvió a cerrar la puerta, que se abrió de nuevo pasados unos instantes para permitirnos el paso después de solicitarme la palabra de paso y de que yo se la transmitiera correctamente.

—Aprendiz, ¿deseáis verdaderamente ser admitido en los derechos y privilegios de los compañeros masones para avanzar por el camino de la sabiduría y el conocimiento? —me preguntó el venerable.

—Sí, venerable maestro —respondí.

—Desde que vuestros ojos se abrieron a la luz —continuó— se os ha revestido con el mandil de masón. Habéis llevado el nombre de obrero y trabajado para desbastar la piedra bruta. En las pruebas de recepción al grado de aprendiz fuisteis purificado por los elementos. En las del grado de compañero se os va a poner en posesión de los medios y objetos del conocimiento para realizaros empleando las herramientas simbólicas. Así,

vais a realizar cinco viajes de instrucción. Hermano experto, entregad al candidato el mazo y el cincel con los que va a realizar el primer viaje.

Tomé ambas herramientas y el venerable prosiguió con la explicación.

—Las herramientas que os han sido entregadas os permitirán pulir la piedra cúbica destinada a la erección del templo. El cincel simboliza los conocimientos que habéis adquirido durante vuestro aprendizaje, y el mazo, la energía que los activa.

Entonces Francisco me tomó el brazo y me hizo dar una vuelta completa al templo. Nos detuvimos ante Anselmo Clavé, el primer vigilante, situado junto a la entrada y en el extremo opuesto al venerable. Allí me hicieron coger un papel al que tuve que dar la vuelta y leer en voz alta lo que había escrito.

—Vista, oído, tacto, gusto, olfato —dije.

—Venerable maestro, el primer viaje ha terminado —anunció Anselmo.

—Hermano —retomó la palabra Saurí—, en este viaje habéis sido provisto con un cincel y un mazo destinados a transformar la piedra en un cubo perfecto digno del edificio que la masonería está llamada a construir, que sois vos mismo. Pero ¿cómo trabajar la piedra si no se conocen ni su naturaleza ni sus asperezas? Aprended a conocer bien vuestra profunda naturaleza para no mentiros nunca a vos mismo. Desarrollad vuestros cinco sentidos, porque constituyen el medio indispensable de control para esta búsqueda. —Tras una breve pausa, añadió—: Hermano experto, entregad al candidato la regla y el compás con los que llevará a cabo su segundo viaje.

Tomé ambos mientras Saurí me explicaba su significado.

—La regla representa la ley moral que nos enseña que debemos ser rectos y justos con nuestros semejantes, y traza la dirección de nuestra conducta, de la que nunca debemos desviarnos. El compás sirve para trazar la circunferencia cuyos puntos equidistan del centro, en un sistema infinito de radios iguales que nos dice que debemos difundir y propagar la enseñanza que recibimos. Es el emblema de la sabiduría, la prudencia y la circunspección.

Tras las palabras del venerable, Francisco me acompañó en el segundo viaje. Al final me esperaba un nuevo papel, que en este caso llevaba escrito «dórico, jónico, corintio, toscano, compuesto». Cuando el primer vigilante dio cuenta de la finalización del viaje, Saurí prosiguió.

—El tema de meditación en este viaje ha sido la arquitectura a través de sus diversos estilos, que se han sucedido en el tiempo siguiendo la evolución del gusto de los constructores, aunque todos han tenido por objeto la armonía de los edificios que debían erigir. Como las columnas armoniosas que se levantaban a la entrada del templo de Salomón, sed una columna viva que se eleve hacia lo alto, sin dejar de apoyarse en la tierra que os ha dado la vida. Seréis así uno de los pilares inquebrantables de nuestro templo.

Saurí anunció entonces mi tercer viaje, para el que me fueron entregados una regla y una palanca.

—Además de la regla que ya llevasteis en el viaje anterior —dijo—, se os entrega una palanca. Sirve para levantar pesos, y no hay ninguno que resista a su acción si se halla punto de apoyo conveniente. Ese instrumento es para nosotros el emblema del poder inmenso que el hombre adquiere aplicando las fórmulas o principios de la ciencia, lo que no lograría por sí solo. Y para que no os separéis nunca de esa moral, lleváis siempre la regla en vuestra mano, que os indica que cada una de vuestras acciones debe ser tomada por norma.

Dimos otra vuelta al templo y en esta ocasión el tercer papel rezaba «gramática, retórica, lógica, aritmética, geometría, música, astronomía».

—Este viaje —reanudó el venerable— tiene como tema las siete artes liberales que ayudan al hombre a elevarse hacia el conocimiento perfecto.

Saurí detalló algunos detalles de cada arte antes de dar instrucciones al hermano experto para que sustituyera la palanca por la escuadra y realizar el cuarto viaje.

—La escuadra que os ha sido confiada —explicó— debe ser considerada como el símbolo de la rectitud. Sirve para comprobar la piedra cúbica, para que pueda ajustarse a las otras piedras con exactitud. Es por eso que al inicio de esta ceremonia habéis pedido ser probado por la escuadra cuando os habéis presentado para ser recibido en esta logia de compañeros.

El cuarto viaje se desarrolló como los anteriores, sólo que en esta ocasión el papel decía «Solón, Sócrates, Platón, Pitágoras, Licurgo». Como siempre, el venerable amplió la información:

—En este viaje se os ha hecho conocer el nombre de algunos grandes iniciados que constituyen eslabones de la cadena simbólica. Cada uno de ellos se esforzó para extender sus enseñanzas entre sus contemporáneos.

Para el quinto y último viaje no llevé ninguna herramienta.

—Hermano, este último viaje lo habéis realizado con las manos libres, después de haberos servido de las diversas herramientas de los compañeros en los precedentes. Esos útiles y la mano, que fue el primer instrumento de trabajo, sirvieron a nuestros antecesores para la construcción de templos y otros edificios. Para nosotros los francmasones, el trabajo constituye una verdadera misión. Cualquiera que sea el lugar que ocupemos en la construcción, aun el más humilde, sabemos que nuestro esfuerzo concurre a la realización del orden cósmico. Sabemos que trabajando cooperamos en la ejecución de la Gran Obra según el Plan del Gran Arquitecto del Universo.

Una vez finalizada la explicación sobre el último viaje, fui llevado al altar de los juramentos, donde pronuncié el correspondiente al grado de compañero. A continuación, Saurí apoyó una pequeña espada flamígera sobre mi cabeza y la golpeó por cinco veces con su malleto a la vez que dijo:

—A la gloria del Gran Arquitecto del Universo y por los poderes que me han sido conferidos, yo os recibo y constituyo compañero masón.

Tras comunicarme los nuevos signos de reconocimiento del segundo grado y la palabra sagrada, recibí las felicitaciones de los miembros de la logia. También estrené un nuevo mandil. Era igualmente blanco, como el de aprendiz, pero con unos sencillos adornos que indicaban mi nuevo grado. Una vez hechos los cumplimientos de rigor, proseguimos brevemente los trabajos hasta la clausura del taller.

## Capítulo 29

### *Sin rastro de Delgado*

Aunque sigo pensando que las ceremonias de la masonería contienen un exceso de teatralidad, debo reconocer que imprimen una cierta emoción. Incluso había notado en mí un cierto cambio de actitud. Así como en la ceremonia de iniciación me motivaba el poder tener acceso a la clave para descifrar el alfabeto masónico y así el mensaje que provocó el ataque al corazón de Boada, en esta ocasión había empezado a nacer en mí una especie de impaciencia para alcanzar el tercer grado de maestro, no sólo por el nuevo secreto que Saurí me había anunciado, sino por el simple hecho de serlo, de alcanzar un nivel de igualdad con el resto de miembros de la logia.

No obstante, estos pensamientos fueron fugaces y enseguida sustituidos por los más tangibles sabotajes al ferrocarril. Mis ansias eran aún mayores por acabar el trabajo y encontrar al maldito Juan Delgado. En este sentido, pensé que una vía para proseguir la investigación era tratar de averiguar cómo se había hecho con la dirección del Hogar del Marino, que sabía dependía de algún modo de la Junta Municipal de Beneficencia. Por tanto, era necesario indagar en la citada oficina del ayuntamiento. Dado que quería evitar al máximo la intromisión de las autoridades en el asunto, una vez más recurrí a mi amigo Manuel Saurí, quien podía perfectamente conseguir la información a través de su trabajo periodístico.

Como siempre, Saurí puso al principio alguna resistencia, pero también como siempre acabó accediendo. Aquella misma tarde, cuando fui a visitarle a la imprenta, ya disponía de multitud de datos.

—No sé cómo me dejo embaucar siempre por ti —comenzó quejándose.

—Venga, suéltalo ya —reclamé en todo cariñoso.

—Verás... El Hogar del Marino comenzó hace ya unos años como un montepío impulsado por la gente del mar para dar alojamiento a marineros de paso en Barcelona. La idea era financiarlo a través de cuotas de los

propios marinos. El ayuntamiento contribuyó dejándoles el edificio al considerar que era una manera de controlar mejor a unos sujetos que suelen generar conflictos cuando no están embarcados. Sin embargo, la empresa fracasó. Los marineros en tierra no suelen disponer de dinero en sus bolsillos, pues prefieren beberse sus salarios e invertirlos en mujeres. Para evitar el cierre, el ayuntamiento optó por destinar una partida presupuestaria, nada generosa por cierto, que diera lo justo para ir comprando algunos víveres y pagar el modesto sueldo de un responsable. Por eso se pensó en un sacerdote, que podría completar las necesidades económicas del centro mediante la captación de donativos y otras obras de beneficencia.

—¿Y contrataron a Delgado? —pregunté.

—No —respondió tajante Saurí antes de seguir con su relato—. En un principio recurrieron a un sacerdote vinculado a Santa María del Mar, pero éste fue encontrado muerto hace cosa de un año, al parecer por causas naturales. Es entonces cuando aparece en escena Juan Delgado. Mejor dicho, el padre Luis, que es como le conocen. Se presentó ante la Junta de Beneficencia explicando que acababa de llegar de Cuba y que en América había estado dedicado a misiones entre los nativos. Ahora, ya con una cierta edad, había decidido regresar a Barcelona, de donde dijo haber partido muy joven en un barco donde se enroló como grumete, y buscaba alguna labor pastoral a la que dedicarse lo que le restaba de vida.

—Y surgió, como por arte de magia, la vacante del Hogar del Marino...

—En efecto. El padre Luis les vino a los del ayuntamiento como caído del cielo. El sacerdote responsable del Hogar había fallecido hacía sólo unos días y enseguida le ofrecieron el puesto a Delgado, que, por supuesto, aceptó encantado —concluyó Saurí su informe.

—Este hombre es un diablo. Apuesto una mano a que la muerte del sacerdote no fue casual —dije.

—Los del ayuntamiento están ahora preocupados —continuó mi amigo— porque han tenido noticia del tiroteo y no saben la suerte que ha podido correr el padre Luis, del que no tienen noticia desde entonces.

—Es un hombre muy listo y con una gran capacidad de previsión. Planifica muy bien todas sus acciones y en todo este tiempo ya se habrá ocupado de buscar un escondite alternativo al Hogar del Marino. Puede estar en cualquier sitio de Barcelona o sus alrededores —apunté.



En las semanas siguientes, Francisco y yo recorrimos todas las fondas, mesones y casas de huéspedes en busca de Delgado o del padre Luis. Sólo en las fondas Cuatro Naciones, en la Rambla, y en la Estrella, en la calle Boquería, había hospedados sacerdotes; ninguno de ellos era el hombre que buscábamos. A decir verdad, no hacía falta ya que siguiera haciéndose pasar por sacerdote, una identidad que tan sólo le era útil al frente del Hogar del Marino. De hecho ahora, liberado por así decirlo del padre Luis, podía adoptar cualquier personalidad.

Al cabo de tres semanas, desistí de buscar por Barcelona. Puesto en la situación de Delgado yo habría optado por esconderme fuera de la ciudad, en alguno de los pueblos del llano e incluso en alguno cercano al recorrido de la vía férrea. De lo que estaba convencido era que no había huido, que esperaría hasta encontrar una nueva ocasión de asestar un golpe.

Millet estaba cada vez más nervioso. Ya no osaba insinuar que el peligro había acabado y que quizás iba a prescindir de mis servicios. Al contrario, me apremiaba a dar con Delgado, sobre todo después de que le apuntara la posibilidad de un atentado el día mismo de la inauguración, lo que sin duda fue un error por mi parte.

## Capítulo 30

### *Cuarenta y cuatro puentes y un túnel*

Las semanas iban pasando y ni el bochorno de aquel verano de 1848 logró aminorar el ritmo de las obras. Por el contrario, se iba incrementando mi estado de nerviosismo, no sólo por el que conseguía contagiarme Millet, sino porque no lograba sacudirme la sensación de peligro inminente, de que Delgado estaba al acecho. Vivía al borde de la obsesión. Iba por la calle y de súbito me volvía porque creía que era seguido o vigilado. Incluso Francisco estaba más inquieto que de costumbre, y rompía repetidamente sus silencios para advertirme de cosas sospechosas que detectaba en la ciudad o en nuestras inspecciones a las obras. Esa insistencia me consumía, pues estaba convencido de que el instinto africano de supervivencia de aquel hombre nos alertaba de un peligro real.

Y así llegamos a octubre con la inauguración fijada para el sábado 28 de ese mismo mes. La tensión era total, y aunque los obreros seguían trabajando en los acabados de la línea y en las estaciones, se decidió hacer la primera prueba el día cinco. Era un jueves y se había guardado total secreto. Lo habían decidido Millet y Partal y así me lo habían comunicado. Se lo oculté hasta a Saurí.

Aquel jueves a las ocho y media de la mañana los tres nos dimos cita en la estación de Barcelona. Francisco venía conmigo. Partal habló con algunos empleados y al poco el maquinista y otros cinco trabajadores subieron con nosotros a una de las cuatro locomotoras que cubrirían la línea y a dos vagones enganchados tras ella. Francisco y yo íbamos, por supuesto, fuertemente armados con varias pistolas ya cargadas.

Pasaban ya de las nueve cuando iniciamos la marcha. Aunque conocía de sobras el trayecto por mis múltiples inspecciones, pretendía completar una relación de puntos sensibles de sufrir un atentado desde la perspectiva de un pasajero. No fue fácil, pues era mi primer viaje en ferrocarril y la fascinación por lo que experimentaba entorpecía mi concentración.

Al poco de salir de Barcelona llegamos al puente de madera que cruzaba el río Besos. Había otros cuarenta y tres, pero ninguno de esas dimensiones. Era, pues, el primer punto sensible del trayecto. Cualquier atentado que lo inutilizara paralizaría la línea.

Pasamos por las estaciones de Badalona y Montgat, donde cruzamos el túnel que atraviesa su montaña, sin duda el momento más espectacular y excitante. Partal nos explicó que era la primera obra de este tipo que se había hecho en España. Sin duda, tenía que ser éste un tramo sometido a vigilancia continua para impedir cualquier tipo de acceso no autorizado.

Tardamos aproximadamente una hora en llegar a Mataró y algo menos en regresar a Barcelona. Durante el viaje de vuelta, Millet me preguntó por las medidas de seguridad que consideraba necesarias.

—El problema —dije— es que se necesitarían muchos hombres para vigilar los veintiséis kilómetros de la línea. He calculado al menos cincuenta para proteger los puentes y el túnel. Si tenemos en cuenta un relevo, refuerzos nocturnos en algunos puntos y dos o tres patrullas que controlen el resto de la vía, estaríamos hablando de unos ciento treinta hombres. Y armados.

—Olvídelo, Cardona. Ahora mismo no tenemos dinero para pagar ni siquiera a diez —respondió tajante Millet.

—Le ruego que lo recapacite.

—Imposible.

—Sin duda será mucho más caro reconstruir alguno de los puentes si resulta dañado... —insistí.

—Mire, Cardona, entiendo su celo, pero hace meses que no tenemos ninguna incidencia. En cualquier caso nos arriesgaremos.

—Usted manda —acepté finalmente.

El domingo siguiente hicimos otro viaje, pero esta vez con cuatrocientos invitados y periodistas que se repartieron en diez coches. Pese a mis temores, no se registró tampoco ningún incidente. El tren fue despedido de Barcelona por una multitud entusiasta, jaleado durante todo el trayecto y recibido en Mataró con idéntico júbilo. Los invitados quedaron todos encantados. De pronto, todo el rechazo que el proyecto había recibido en vida de Boada pareció haberse esfumado.

Al día siguiente, Millet leía una y otra vez la crónica del *Diario de Barcelona*.

—Escuche Cardona —me dijo nada más entrar, y leyó los siguientes párrafos:

La capital de Barcelona, la ciudad de Mataró y todas las poblaciones intermedias experimentaron ayer un día de júbilo al ver por primera vez recorrer la línea del nuevo carril (por desgracia, hasta el presente, el primero y único en España) un tren de diez coches, conduciendo más de cuatrocientas personas. Al emprender aquél su majestuosa marcha, entusiastas vivas resonaron de entre los numerosos grupos de millares de personas que estaban apostadas fuera de la Puerta de Don Carlos y los mismos gritos y las mismas expresivas demostraciones se repitieron por todas las pintorescas poblaciones de la carrera, hasta llegar a la estación que le sirve de término, en donde bien puede decirse que una gran parte de los habitantes de la antigua Iluro esperaba el arribo del convoy.

El viaje fue sumamente feliz. No ocurrió el menor incidente que pudiese hacer concebir la más leve sospecha acerca de la bondad de la máquina locomotiva y la buena construcción de los carruajes.

El tren se detuvo dos veces a la ida y una a la vuelta, a fin de que los ingenieros reconociesen el estado de los ejes, que aún no se habían probado. Para evitar todo accidente, la marcha fue muy suave, y no obstante, descontando los ratos en que el tren estuvo parado, se ocuparon cincuenta y ocho minutos en el viaje de ida y sólo cuarenta y ocho en el regreso. Se calcula que puede recorrerse la línea en la mitad de tiempo.

El que no haya viajado nunca por caminos de hierro no puede menos de quedar agradablemente sorprendido del movimiento de los coches, tan suave y agradable que, no pudiendo compararse con el de ninguna clase de carruajes tirados por caballos, permite no sólo dormir cómodamente, sino hasta leer y escribir sin la menor sombra de mareo.

Al pasar el tren por el túnel de Montgat, abierto debajo de la montaña de este nombre, los viajeros prorrumpieron en aclamaciones y aplausos.

Al descender de los coches todos se saludaban y felicitaban mutuamente por el lisonjero éxito de la expedición.

—¿Qué me dice, Cardona?

—Le felicito, porque hay que ver cómo cambian las cosas. No hace mucho que en este mismo diario no se decían las mismas maravillas —contesté.

—Sólo quedan tres semanas para la inauguración, y su Delgado sin aparecer.

—Aparecerá, no lo dude, aparecerá.

# Capítulo 31

## *Incendio en el puente*

No compartía para nada el optimismo de Millet. Los hombres como Juan Delgado no abandonaban. Por eso, a partir del lunes 9 de octubre, Francisco y yo recorríamos dos veces al día amplios tramos de la línea, en ocasiones hasta tres, a sabiendas de que eso no impediría un nuevo sabotaje. Pero al menos si Delgado lo intentara tendría que vigilar nuestros movimientos, lo que nos daba una posibilidad, aunque remota, de interceptarlo.

El sábado anterior a la inauguración, el 21 de octubre, estábamos realizando nuestra patrulla matutina. Nos dirigíamos a Mataró y hacía pocos minutos que habíamos pasado el túnel de Montgat cuando observamos frente a nosotros, ya en el término municipal de Masnou, una columna de humo que parecía salir de algún punto de la línea. Inmediatamente azuzamos los caballos para dirigirnos hacia allí al temernos lo peor.

No tardamos en contemplar cómo un grupo de obreros del ferrocarril estaban intentando apagar un incendio en un pequeño puente de madera por el que la vía cruzaba una acequia. El ingeniero Partal dirigía los trabajos y fuimos directos hacia él nada más descabalgár.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—Han intentado quemar el puente —dijo alarmado el ingeniero.

—¡Maldita sea! Delgado otra vez. Sabía que tarde o temprano reaparecería. ¿Alguien ha podido ver cómo ha sido?

—Dos trabajadores que estaban cerca vieron huir a un hombre a caballo.

—¿Puedo hablar con ellos?

—Por supuesto.

Partal gritó los nombres de los obreros, que vinieron hacia nosotros. Por entonces, el grupo parecía tener ya controlado el fuego y estaban a punto de apagarlo completamente.

—Este señor —les dijo Partal refiriéndose a mí— es el responsable de la seguridad de las obras y os quiere hacer unas preguntas.

—¿Pudisteis ver cómo era el hombre que huyó? —les interrogué.

—Sí, bastante bien, porque cuando vimos el humo y llegamos justo al otro lado de la acequia aún estaba aquí —explicó uno de ellos.

—Era corpulento y tenía el aspecto de un hombre mayor, pero se movía rápido. Se nos quedó mirando unos segundos, como desafiante, antes de montar un caballo y huir —añadió el otro.

—La descripción coincide con la del propio Delgado. Sin duda era él, ahora trabajando directamente —le dije a Francisco, que asintió.

Los trabajadores ya habían sofocado completamente el incendio y Partal se dispuso a analizar inmediatamente los desperfectos. Francisco y yo le acompañamos en la inspección —¿Muchos daños? —le pregunté.

—A simple vista, no. Al menos nada que no se pueda reconstruir en muy pocos días —respondió.

—¿Será necesario retrasar la inauguración?

—No, no habrá problemas, pero si esto llega a pasar dos días antes o hubieran incendiado el puente del Besos en lugar de éste, no habríamos llegado —advirtió.

—Ya le dije a Millet que había que proteger toda la línea... —apunté indignado.

—Tiene usted toda la razón —admitió Partal—. Quizás esto le convenza ahora de que hay que tomar medidas.

Antes de irnos realicé mi propia inspección del lugar del siniestro. No tardé en localizar los restos de un frasco que, por el olor, parecía haber contenido alguna clase de líquido inflamable que Delgado habría sin duda utilizado para provocar el fuego con rapidez. Pero lo que me llamó la atención fue lo que descubrí alrededor del frasco: pequeñas porciones de una tierra amarillenta muy distinta a la del lugar, bastante más oscura y típica de los lugares fluviales. Tomé un poco en la mano y se la mostré a Partal para ver si identificaba de qué tipo de trataba. No lo sabía.

—¿Es eso alguna pista, Cardona? —me preguntó.

—Podría ser —contesté—. Con toda probabilidad es tierra desprendida de las suelas del calzado de Delgado. Si supiéramos dónde hay tierra de ésta, quizá podríamos dar de una vez con su escondite.

Unas horas más tarde fuimos a ver a Millet al despacho para informarle del incidente.

—Insisto en la necesidad de establecer vigilancia permanente — reclamé con un enérgico tono de voz.

—Cuide sus modales, Cardona. Esto ha ocurrido porque en todos estos meses desde que Boada le contrató ha sido usted incapaz de coger a ese hombre y acabar con esta pesadilla —me reprochó.

—Tiene usted razón, pero recuerde que sin mí no se habrían frustrado los planes de Delgado, y puedo asegurarle que la línea no estaría ahora acabada. Tan sólo hay que extremar la vigilancia durante una semana más.

Millet se me quedó mirando, al principio con ira, pero se fue calmando.

—He pensado pedir ayuda al ejército —dijo al fin.

—Es una solución, pero tenga en cuenta que esto significa meter a las autoridades en este asunto, lo que primero Boada y después usted han intentado evitar a toda costa...

—Ya lo sé, pero no nos podemos seguir arriesgando —respondió—. Y no se preocupe que no pienso quebrantar nuestro acuerdo de discreción, no sólo por su propio interés, sino por el de ambos —Bien, inténtelo. A Delgado se le acaba el tiempo. Debemos confiar en que los nervios le traicionen y cometa alguna precipitación que nos permita cazarlo por fin — dije.

—Espero que esta vez tenga razón, Cardona, espero que tenga razón.



## Capítulo 32

### *El misterio de Hiram*

Tal como me había anunciado Saurí, mis compañeros de logia no tardaron mucho en proponerme para el tercer grado masónico, el de maestro. La ceremonia fue fijada para aquel miércoles por la noche. Como en cada reunión de la logia Ciencia y Libertad, los hermanos fueron llegando a la hora convenida al edificio de la calle Ataúlfo donde estaba el templo. Cuando estuvimos todos, el venerable abrió los trabajos. También en aquella ocasión había sido invitado Francisco, a quien insistí en que me acompañara en la ceremonia como hermano experto, repitiendo la experiencia de meses anteriores, cuando fui ascendido a compañero.

Cuando llegó mi turno, Saurí hizo salir a los aprendices y demás compañeros de la logia fuera del templo para someterme a un breve interrogatorio y explicación de las pruebas a las que iba a enfrentarme. Tras superar con éxito el examen, fui invitado a abandonar igualmente la estancia junto con Francisco para prepararme. Cuando estuve listo, entramos de nuevo en el templo, aunque en esta ocasión, según establece el ritual, tuve que hacerlo de espaldas. La sala había sido decorada con velos negros y estaba casi a oscuras, iluminada tan sólo por unos pocos cirios.

—¿Qué queréis? —me preguntó el venerable, es decir, Saurí.

—Ser maestro —respondí.

—¿Juráis que de no ser admitido en el grado que solicitáis no revelaréis jamás nada de lo que veréis y escucharéis?

—Lo juro.

—¿Cuál es el motivo por el que queréis pasar a maestro?

—insistió Saurí—. ¿Es solamente el deseo de instruiros y perfeccionaros lo que os ha inspirado esta resolución?

—Sí.

—Hermano experto, haced dar la vuelta al aspirante y que ocupe el lugar que le está reservado.

Así lo hizo mi acompañante y me encontré frente a una especie de féretro sobre el que había una lámina con el grabado de un esqueleto.

—Ya lo veis, hermano —prosiguió el venerable—, los símbolos de la muerte se elevan en el centro de nuestro taller. Lágrimas y luto cubren las paredes de este recinto. Nuestros semblantes reflejan la tristeza en que están abismadas nuestras almas. En vez de esa actividad fecunda que esperabais encontrar en el templo de los maestros, observáis los signos característicos de un dolor profundo. ¡Oíd y juzgad!

Entonces tomó la palabra Anselmo, que actuaba como siempre como primer vigilante:

—Ahí tenéis, compañero, el cuadro más fiel de la nada y de la grandeza humana, y adónde van a parar el orgullo, la soberbia y la ambición. Así como de las dotes físicas se perdió toda señal en el cuerpo que animó ese esqueleto, armazón de un ser donde brilló la inteligencia, ¿se habrán extinguido también las ideas que en él germinaron? No, porque la idea es inmortal. Si el corazón que palpitó en ese pecho, ahora vacío, se movió a impulsos del calor de nobles y generosos sentimientos, sus sensaciones no se perdieron tampoco, porque las bendiciones de los buenos se habrán elevado al cielo en alas de la sublime armonía que diariamente entona la naturaleza a su sublime arquitecto.

Anselmo terminó su discurso e intervino de nuevo Saurí:

—Hermano, ¿estáis dispuesto a penetrar en el secreto de los maestros masones? ¿A saber qué significan el luto, las lágrimas, la muerte que nos hace reunir en este recinto, y estudiar en esos símbolos las causas de las miserias humanas?

—Sí.

—Despojaos de vuestro mandil, entregadlo a vuestro guía y escuchad.

Me desaté el mandil de compañero y se lo di a Francisco mientras uno de los miembros de la logia se levantó para dirigirme las siguientes palabras:

—Los masones teníamos un maestro llamado Hiram, modelo acabado de perfección. Su país era aquel donde nace la luz. Trabajaba en la dirección de un templo erigido al Gran Arquitecto del Universo, a la sabiduría y la virtud, y pretendía reunir en él a todos los hombres que profesan el culto de la verdad. Llamó a todos para que concurrieran a la obra. Los dividió en aprendices, compañeros y maestros, según aptitudes.

—Hiram —tomó entonces la palabra el orador de la logia— trazaba los planos, observaba su ejecución. Imprimía en todas partes el orden y la actividad. Hacía labrar las maderas, el oro, la plata, el bronce y el hierro. Vigilaba la regularidad de los obreros y por ellos era querido. Sin embargo, tres malos compañeros, celosos a la vez de su talento y de su autoridad, persuadidos como todos los ignorantes orgullosos de que su ciencia igualaba a la de aquél y aspirando a reemplazarle en la dirección de los trabajos, concibieron el proyecto de arrancarle la palabra de maestro, es decir, la palabra secreta por la cual los maestros se reconocían entre sí, y después asesinarlo.

Saurí interrumpió bruscamente el relato con tres golpes de mallete, tras lo que se levantó para decir:

—Hermanos, cubrid vuestras cabezas con el signo del horror, ocultad vuestro rostro, que voy a pronunciar sus nombres. Ningún maestro puede escucharlos sin terror. Esos tres asesinos se llaman en todo el mundo la mentira, la ignorancia y la ambición.

Todos los miembros de la logia ejecutaron un gesto mediante el cualladeaban su cara, tras lo que volvió a tomar la palabra Anselmo.

—Esos compañeros detestables, esos tres asesinos a quienes la masonería ha personificado con los nombres de Jubelás, Jubelós y Jubelum, sabían que Hiram iba todos los días a inspeccionar las obras del templo mientras los obreros descansaban. Se pusieron al acecho apostándose al mediodía, al occidente y al oriente.

—Compañero —intervino Saurí dirigiéndose a mí—, vais a representar a nuestro venerable maestro Hiram.

El relato fue entonces retomado por el segundo vigilante:

—Habiendo concluido su trabajo el maestro y sin sospechar la inicua trama de aquellos malvados, se dirigió para salir hacia el mediodía. Allí encontró al primero de los tres compañeros, quien armado con una regla le detuvo y le pidió la palabra y el signo de maestro. «¡Desgraciado!», le dijo, «tú sabes bien que mi deber, y lo sabré cumplir aun cuando peligre mi vida, me prohíbe darte la palabra y el signo que me pides. No es así como te lo puedo comunicar. Esfuérzate para merecerlos y los obtendrás». Entonces el agresor trató de pegarle un fuerte golpe en la cabeza con la regla con la que estaba armado, pero habiendo sido mal dirigida, solamente le hirió en el hombro.

Mi acompañante, el hermano experto, me condujo hacia el segundo vigilante, que me inquirió:

—Dadme la palabra de maestro.

—De ningún modo —dije repitiendo la frase que me habían apuntado al oído.

—Entonces el segundo vigilante me golpeó suavemente con la regla, tal y como decía el relato. A continuación me hicieron dar la vuelta al templo hasta llegar al primer vigilante, que prosiguió con la historia:

—Hiram buscó su salvación huyendo y se dirigió al occidente, donde encontró al segundo compañero armado con la escuadra, quien le hizo igual petición, y viendo que recibía la misma respuesta, le pegó con la escuadra un golpe que sólo le llegó a la nuca, porque la víctima seguía huyendo. Dadme la palabra de maestro —me dijo.

—No puedo —repetí, y recibí el golpe narrado.

En ese momento fui conducido delante de un féretro que se hallaba en el centro del templo. Me quedé mirando al venerable y de espaldas al ataúd. Saurí se levantó de su silla y se dirigió hacia mí diciendo:

—Hiram tuvo aún bastante fuerza para tratar de salvarse por el oriente, mas aquí encontró al tercer compañero, quien armado con un mallete le dijo: «Dadme la palabra de maestro».

—No puedo dárosela —contesté siguiendo de nuevo las instrucciones del hermano experto.

—El infame asesino —prosiguió Saurí— le dio entonces con el mallete un golpe tan violento en la frente que lo tendió muerto a sus pies.

Recibí un leve golpe en la frente y varios hermanos me echaron hacia atrás a la vez que me sostuvieron y me depositaron dentro del féretro. Uno de ellos me tapó el rostro con un velo negro. Saurí volvió a su sitio y exclamó:

—Venerables hermanos, primer y segundo vigilante, repetid que los asesinos de nuestro maestro fueron la mentira, la ignorancia y la ambición.

Lo repitieron.

—Así fue, hermanos —dijo Saurí—, cómo pereció Hiram, el maestro perfecto, el genio bienhechor. El hermano orador volvió a tomar la palabra:

—Unidos los tres asesinos, después de haber cometido el crimen, se preguntaron recíprocamente la palabra de maestro. Mas viendo que no habían podido obtenerla de Hiram, y desesperados al ver que no habían sacado ningún provecho de su crimen, se ocuparon de hacer desaparecer

todas las señales que pudieran descubrirlos. Para ello levantaron el cuerpo del difunto y lo ocultaron primero bajo un montón de escombros, al llegar la noche lo enterraron en la cumbre de una montaña plantando una rama de acacia para que no se conociera que la tierra había sido removida. En ese intervalo, la mentira, la ignorancia y la ambición se atrevieron a presentarse para consolar y dirigir a los mismos a quienes habían sumido en el llanto por la desaparición del maestro. Muchos obreros se dejaron seducir, pero los más prevenidos despreciaron la fábula.

—Esta catástrofe universal —prosiguió Saurí— vigorizó a los obreros celosos de sus deberes. El genio de Hiram les inspiraba. La idea de encontrar la verdad les entusiasmó. «¡Valor y constancia!», se dijeron, «busquemos al maestro». Y reunidos en la cámara del medio, la tapizaron de negro en señal de luto y, después de haber dado expansión a su dolor, resolvieron todas las medidas convenientes, no sólo para encontrar el cuerpo del infortunado Hiram y darle digna sepultura, sino también para encontrar la joya mística con la que iba siempre revestido y sobre la cual estaban grabadas con caracteres indelebles la letra inicial del nombre del Gran Arquitecto del Universo y la denominación misteriosa de los maestros. —Entonces, el venerable dio un golpe con su malleto y añadió—: Imitemos a los antiguos iniciados. Busquemos al maestro y, al efecto, hermanos primer y segundo vigilante, recorred el mediodía y el norte en todas direcciones acompañado cada uno de los hermanos de vuestras respectivas columnas.

Siguiendo las instrucciones de Saurí, los dos vigilantes rodearon tres veces el ataúd.

—Nuestros viajes han sido infructuosos —anunció el primer vigilante.

—Nuestras investigaciones han sido vanas —añadió el segundo.

—Valor y adelante —intervino el venerable—. ¿Acaso merecemos vivir si hemos de ser esclavos del crimen? Busquemos al maestro. El es el genio del bien y de la justicia. Él es la luz y la verdad. Él no ha perecido, no ha podido perecer. Hermanos primer y segundo vigilante, acompañadme juntamente con los hermanos del oriente a practicar el tercer viaje.

El grupo, esta vez capitaneado por Saurí, volvió a dar tres vueltas al féretro; éste, situado al frente, relató lo siguiente:

—Estos hermanos siguieron diferentes direcciones y el tercer día llegaron a la cima de un monte. Uno de ellos, rendido de fatiga, se tendió sobre un cerrillo y observó que aquella tierra estaba removida. Vio una

rama de acacia, la arrancó y notó que no tenía raíces. Inmediatamente llamó a sus compañeros y les participó su observación. Separaron temblando la hojarasca y descubrieron el cadáver de un hombre al parecer recientemente asesinado, y el terror se apoderó de ellos. Al quitarle el velo que lo cubría —me lo quitaron a mí mismo—, notaron al lado del cadáver la regla, el compás y la letra G encima del pecho. «¡Es nuestro maestro!», exclamaron, «¡es nuestro maestro!».

El primer y segundo vigilantes me tomaron las manos con signo de compañero y simularon que trataban de levantarme.

—La carne se desprende de los huesos —dijo Anselmo, el primer vigilante.

—La carne se desprende de los huesos —repitió el segundo.

—Sin embargo —prosiguió el venerable—, el maestro no estaba muerto. El descanso había curado sus heridas. Lo había oído todo y fue levantándose ayudado por el signo de maestro.

Saurí me tomó la mano, me levantó y pronunció las siguientes palabras de Hiram:

—«Cesad de llorar, hijos, no temáis, me habéis buscado y me habéis hallado, aquí estoy.» Y su rostro se puso radiante como el Sol.

Entonces se encendieron las luces del templo y se ocultaron las calaveras.

—Cada uno —prosiguió Saurí— lo reconoció y le saludó por tres veces tres. Los tres malos compañeros fueron condenados a la execración universal. —El venerable regresó a su silla para continuar con su narración—. El maestro prometió terminar su grandiosa obra y pidió a los obreros más valor y más vigilancia. «Vosotros», dijo, «me habéis abandonado y los malos me inmolaron. La mentira, la ignorancia y la ambición han reinado en mi lugar. Anunciad al mundo el mal que causaron y pueda el ejemplo del pasado servir de instrucción para el porvenir. Y que esa señal que hicisteis al creerme muerto sea la de vuestra salvación. La tierra había enviudado, vosotros erais sus hijos afligidos. Ahora, hermanos míos, cuando alguno de vosotros se halle en peligro debe exclamar, llevándose a la cabeza las manos cruzadas e inclinadas: "a mí los hijos de la viuda". Y entonces todos los hermanos presentes deberán socorrerlos y ayudarlos aun a riesgo de su propia vida. Ésta es la obligación que os impongo. Podéis retiraros, no escuchéis a la mentira, no favorezcáis a la ambición, suprimid la ignorancia y veréis hermanos cómo conservando la paz y la unión

presenciaréis el triunfo de la luz y la verdad. No hay otra fuente de felicidad en la tierra fuera del amor y la fraternidad».

—Así habló Hiram a sus discípulos, quienes juraron obedecer sus mandamientos. La libertad, la igualdad y la fraternidad fueron proclamadas en el mundo, y ésta es la divisa de la masonería —intervino el secretario.

—Compañero —tomó de nuevo la palabra Saurí dirigiéndose a mí—, habéis escuchado la historia de Hiram, el maestro justo y perfecto. ¿Estáis dispuesto a prestar el juramento que la institución os exige? ¿Apreciáis bien los funestos efectos de la ignorancia, la mentira y la ambición? ¿Os creéis en estado de combatirlas, es decir, estáis decidido a oponerles las armas de la ciencia, la verdad y la virtud? Pues bien, vais a ser hijo de Hiram y a aceptar el compromiso de serle fiel. En pie, mis hermanos y al orden.

A continuación pronuncié el juramento, tal y como había hecho en los grados precedentes, tras lo cual fui consagrado maestro masón. Me dieron también el nuevo mandil y me enseñaron los toques y palabras secretas que identificaban mi nueva posición. Entonces me situaron en el centro del templo y el hermano orador me dirigió las siguientes palabras:

—Ahora estáis verdaderamente iniciado en la masonería de un modo perfecto. Es muy cierto que el mundo profano enseña gran parte de sabiduría, pero muy a menudo mezclada con la vanidad. Y por eso los hechos desmienten a menudo la enseñanza. Si alguien os pregunta si sois maestro le responderéis que sí, porque fue una rama de ese árbol que nos indicó el lugar donde se hallaba nuestro maestro, porque ese árbol representa a la masonería en diferentes sentidos. Por su madera, es incorruptible y nada puede alterar la pureza de la masonería. Por su corteza, que aleja de sí a todo insecto maligno, así como la masonería aleja todos los vicios. Por sus hojas, que inclinadas y abatidas durante la noche y antes de la aparición del Sol, se avivan a medida que este astro avanza hacia el cénit. Así también vuestra inteligencia, que no conocía todavía nuestros misterios, se ha elevado y desenvuelto a medida que se os han explicado.

Tras un golpe seco de mallete, Saurí sentenció: —En pie y al orden. Hermanos primer y segundo vigilantes, anunciad a los respetables maestros que decoran vuestras columnas que en lo sucesivo reconozcan como hijo de la viuda y maestro masón al hermano Rubén Cardona y se obliguen a socorrerle y salvarle aun arriesgando su vida. Hermano mío, ya sois maestro. Ahora os corresponde enseñar y dar buen ejemplo. Podéis tener el mallete de la logia, es decir, ser venerable. Quien dice maestro alude a un

hombre más perfecto, valiente y virtuoso que los demás. Habéis aceptado el compromiso de serlo, y no dudo cumpliréis vuestra obligación. Conocéis las desgracias que afligen a la humanidad. Trabajad por disminuirlas, puesto que sabéis sus causas. No hay que dudarlo: el que ha jurado servir a la humanidad será servido por ella. Id, las bendiciones de vuestros hermanos os acompañen. Haced que la prudencia, la rectitud y el valor presidan vuestros propósitos y guíen todas vuestras acciones. Respetad las leyes del país adonde el destino os lleve. No anatematicéis las opiniones ni vulneréis las conciencias de los demás. Sean vuestras únicas armas la razón y el saber. Sí hermano mío, hablad, persuadid, haced que la verdad y la justicia sean amadas y pronto habréis penetrado todo el secreto de la masonería. Recordad que ya no os es permitido tener ninguno de los vicios de los esclavos.



## Capítulo 33

### *Y ahora, un tesoro masónico*

Una vez terminada la ceremonia y cerrados los trabajos de la logia, Saurí me pidió que me quedara. También se quedaron él mismo, Anselmo, Enrique Serra y Pedro Queralt, otros dos miembros de la logia.

—Rubén —inició Saurí la reunión—, debes saber que te encuentras ante los cuatro maestros vivos que han sido venerables de esta logia Ciencia y Libertad y a los que se ha transmitido un antiguo secreto que hasta hoy sólo han conocido quienes hemos ocupado este cargo.

—Deduzco —intervine— que me vais a transmitir ese secreto a pesar de que, evidentemente, no he sido venerable de la logia.

—Así es —respondió Saurí con el asentimiento de los otros tres.

—Pues tan sólo puedo decir que acepto gustoso recibirlo si es ése vuestro deseo y puedo servirlos de ayuda.

—En ese caso, te ruego que prestes atención a la siguiente historia. — Mi amigo hizo una breve pausa que contribuyó a aumentar mi expectación antes de proseguir—. Esta logia a la cual perteneces fue constituida hace poco más de veinte años. Uno de sus fundadores y primer venerable fue Jorge Santacana, que falleció al poco de instalarse el taller. Antes de morir transmitió al maestro que había de sucederle el secreto que ahora te vamos a revelar. Desde entonces, el venerable saliente ha hecho lo propio con el entrante.

—Sigo sin entender por qué me lo vais a explicar a mí... —dije.

—Enseguida lo entenderás. Según la historia que explicó Santacana y que posteriormente nos ha sido transmitida, él había sido iniciado a principios de siglo en la masonería. Cuando llegó a ser venerable le explicaron que los orígenes de aquella logia se remontaban a varios siglos atrás y se consideraba incluso heredera directa de los gremios de constructores medievales...

—Tenía entendido que esto era tan sólo una leyenda... —señalé.

—La historia es confusa, aunque hay documentos de la época que relatan rituales de los constructores de catedrales muy similares a los nuestros —puntualizó Queralt.

Saurí asintió y prosiguió.

—Bien, según la historia, las logias herederas de aquel gremio fueron depositarias del secreto sobre la situación de un importante tesoro enterrado en algún lugar de Barcelona, un tesoro que según Santacana es de suma importancia para la masonería.

—¿De qué se trata? —pregunté intrigado.

—Ese es el problema —respondió Saurí—, no lo sabemos. A Santacana sólo le llegó un mensaje en clave, que es el que nos ha sido transmitido. Es éste.

Saurí me alcanzó un antiguo papel, del tamaño de una octavilla, y en él escrito a mano lo siguiente:

En el gran templo de los masones.

En la capilla del de la espada y la cruz.

Bajo el emblema de la sabiduría, la belleza y la fuerza.

Empieza el camino hacia el tesoro de Sión.

—¿Qué significa?

—Eso es lo que Santacana no sabía ni tampoco han descubierto los venerables que lo han tenido en sus manos. La letra es del propio Santacana, que aseguró haberlo escrito para que no se le olvidara, pues era el único superviviente de los que conocían el secreto hace veinte años. Sólo añadió que el maestro masón que le pasó a él el mensaje dijo que sus antecesores aseguraban que el autor lo había compuesto hacía dos siglos, pero que el supuesto tesoro había sido ocultado mucho antes.

—¿Y pretendéis que yo lo descifre? —pregunté.

—Estamos convencidos de que tú eres nuestra mejor oportunidad —aseguró Saurí.

—¿Y no habéis averiguado nada en todos estos años?

—Algunos lo hemos intentado —dijo Serra en su primera intervención—, pero sin éxito.

—Hemos decidido —añadió Saurí— romper la tradición de transmisión entre venerables, aprobar una dispensa y confiarte el enigma y la misión de descubrir si es cierto lo del tesoro o tan sólo una leyenda.

—¿Y sobre el tesoro tampoco sabéis nada?

—Nada, tan sólo lo de Sión puede hacer pensar en algo traído de Tierra Santa durante las cruzadas. Pero sólo es una hipótesis.

—¿Y el gran templo de los masones? —insistí.

—Sin duda se trata de la sede de alguna logia importante que ha existido alguna vez en Barcelona, pero no tenemos idea de cuál ni dónde — continuó Saurí.

—Bien, sólo me resta aceptar la misión honrada por la confianza que habéis depositado en mí. De todas formas debo advertiros de que en estos momentos mi tiempo lo ocupa mi trabajo en el ferrocarril.

—Somos conscientes de ello —puntualizó Saurí—. Si el secreto ha esperado unos cuantos siglos, puede seguir haciéndolo algún tiempo más.

—Espero no defraudaros —dije finalmente, y guardé el viejo papel en el bolsillo interior de mi chaqueta.

## Capítulo 34

### *La inauguración*

Al fin llegó el esperado y para mí temido 28 de octubre, el sábado previsto para la inauguración. Millet había conseguido su propósito y un contingente de doscientos soldados se había desplegado en la última semana a lo largo de la línea. Francisco y yo estuvimos toda la noche en la estación sin poder pegar ojo, creyendo ver la silueta de Juan Delgado en cada sombra y ruido.

Por la mañana, desde muy temprano empezaron a acudir los invitados a la inauguración. Accionistas del ferrocarril, empresarios y prohombres de la ciudad, periodistas, autoridades civiles, militares y eclesiásticas y familiares de Tomás Boada constituían el grueso de los convocados. Los obispos de Barcelona y Puerto Rico iban a bendecir la empresa.

Yo observaba la llegada de todos, procuraba no perder detalle, con el temor de que Delgado lograra hacerse pasar por uno de los invitados. Francisco, quien mejor podía identificarle llegado el caso, estaba visiblemente apostado en la entrada misma del recinto.

Desde mi posición podía ver claramente a la viuda de Boada acompañada de sus hijos. Algo que no había alcanzado a comprender en todos estos meses es que Delgado nunca intentara atentar contra la familia del indiano como medio de su venganza, pero el hecho es que ninguno de los miembros había sido jamás molestado.

Mientras elucubraba no paraba de mirar en todas direcciones. De pronto mi mirada se fijó en la plaza de toros, adyacente a la estación. Fui en cierta ocasión a ver una corrida antes de su clausura. A mi memoria vinieron las escenas del toro intentando embestir al torero y a éste sorteándolo con la muleta roja sobre la arena del coso. Fue entonces cuando mi mente recibió una tremenda sacudida provocada por un destello que daba luz a todo el misterio. Por espacio de unos pocos segundos mis ojos

enfocaron alternativamente la plaza de toros y la zona de invitados a la inauguración, especialmente la familia de Boada.

—¡Dios! —exclamé en voz alta. Casi automáticamente salí corriendo hacia la plaza. Si estaba en lo cierto no había tiempo que perder. No me costó forzar la puerta de uno de los varios accesos distribuidos en el perímetro del edificio. Por un corredor llegué directamente al callejón entre la barrera y la zona de público.

Instintivamente miré hacia arriba. Salté a las gradas e inicié la ascensión por las escaleras. Al llegar al último piso, penetré en el pasillo circular exterior y allí lo sorprendí, a mi derecha, cargando una docena de fusiles junto a una de las ventanas. Ese hijo de puta preparaba una matanza.

—¡Delgado! —le grité.

Sorprendido, agarró uno de los fusiles que ya tenía cargados para hacerme frente. Pero esta vez fui yo más rápido y me abalancé sobre él. De haber martilleado y disparado mi pistola sin duda la distancia me habría hecho fallar y él hubiera obtenido ventaja. Por eso opté por embestirlo violentamente y ambos rodamos por el suelo forcejeando. Él tenía mucha fuerza, más de la que un hombre a su edad suele conservar. Y Delgado no dudaba en hacer valer aquella baza.

Con la primera embestida conseguí apartarlo del pequeño arsenal que tenía preparado. Ambos nos incorporamos y nos pusimos en guardia, separados por tan sólo unos escasos dos metros esperando un descuido del otro para atacar de nuevo.

—¡Ayuda! ¡Aquí! —grité, con la vana esperanza de que alguien acudiera en mi auxilio. Pero era inútil. Una banda de música había empezado ya a tocar haciendo imposible que mi voz se escuchara desde el exterior de la plaza.

Delgado no perdió el tiempo y se lanzó sobre mí con gran ímpetu. Pese a mis esfuerzos, consiguió abrazarse a mi cuerpo y presionarme contra el muro. Realmente tenía una fuerza descomunal. Sentí que iba a aplastarme. Por fortuna, mis brazos estaban libres. Aproveché que me tenía ligeramente alzado por encima de su cabeza para poner en práctica un golpe que había aprendido en la policía, y con las manos abiertas martilleé secamente sus oídos. Con este golpe se consigue provocar gran dolor y una momentánea desorientación en quien lo recibe. Delgado lo acusó y se vio obligado a soltarme. Sin embargo no pude aprovechar mi pequeña ventaja, pues

necesité rehacerme de la sensación de asfixia como consecuencia de la presión recibida en el pecho.

De nuevo nos encontramos frente a frente y listos para otro encontronazo.

—Te voy a matar, hijo de puta —clamó con todo el odio que fue capaz.

—Lo mismo te digo, cabrón. Acabará contigo igual que hice con tus malditos sicarios.

En ese momento la banda dejó de tocar por unos instantes. Era mi oportunidad. Aproveché que las armas habían quedado a mi espalda para hacer un rápido movimiento y tratar de coger alguna, conseguir disparar y atraer al menos la atención. Conseguí alcanzar uno de los fusiles, pero Delgado también había sido rápido y me atrapó por las piernas. Como consecuencia el arma se me escapó de las manos.

Ahora tenía a Delgado encima y forcejeando por alcanzar mi cuello con sus grandes manos. Por un momento pensé que iba a perder aquella partida. Sin embargo, esta vez la suerte estuvo de mi lado. Del fondo del corredor se escucharon pasos y una potente voz:

—¡Alto! ¡Están detenidos!

Eran dos soldados. Delgado me soltó y en unos pocos saltos descendió las gradas del coso para perderse de nuevo en los corredores exteriores. Los dos soldados fueron incapaces de seguirle. Por el contrario decidieron apuntarme con sus armas y ordenaron que me incorporara muy despacio y con las manos en alto.

—Me llamo Rubén Cardona y soy el responsable de seguridad del ferrocarril. Soy el bueno. Él era el malo.

## Capítulo 35

### *Atando cabos*

Hasta que me condujeron ante la presencia de sus jefes, los dos soldados no se acabaron de convencer de la veracidad de mi historia, que volví a repetir ante el coronel al mando del operativo de protección de la línea y de Millet.

—Ya les he dicho a sus hombres que vi desde la estación unos movimientos sospechosos en una de las ventanas de la plaza, de modo que decidí ir a echar un vistazo. Fue cuando descubrí a un hombre que estaba preparando varios fusiles. Evidentemente sus intenciones eran claras, de modo que me abalancé sobre él para tratar de impedirlos.

—¿Por qué no pidió ayuda? —preguntó el coronel.

—Lo intenté, pero la música de la banda impidió que ustedes oyeran mis gritos.

—Pues tuvo usted suerte —añadió el militar— de que mis hombres le vieran penetrar en la plaza y le siguieran.

—Cierto, le felicito por la eficacia de sus soldados.

—¿Y sabe quién era ese hombre?

—Pues no, aunque diría que su aspecto coincide con el del autor del incendio del puente de hace unos días, según lo describieron los trabajadores que lo pudieron ver.

Por supuesto no le dije toda la verdad al coronel, pues ni a mí ni a la empresa del ferrocarril nos convenía que algunos detalles de mi trabajo a lo largo de los últimos meses salieran a la luz. La mirada que nos cruzamos con Millet avaló mi versión de los hechos.

—Bien —intervino este último—, puesto que el tipo ha huido, diría que no hay motivo para no seguir con nuestros planes y realizar el viaje previsto, ¿no le parece coronel?

—¿Está seguro? —preguntó el coronel.

—Está claro —dije apoyando a Millet— que ese hombre había planeado realizar el atentado desde la plaza disparando a los invitados. No creo que intente una acción improvisada durante el viaje, sobre todo si los hombres que tiene usted desplegados a lo largo de la vía son tan eficaces como los que me han salvado la vida hace un momento.

Conocía la vanidad de los militares y sabía que mis palabras de elogio harían su efecto.

—Está bien, sigamos adelante —decidió finalmente el coronel—. De momento creo que es mejor que seamos discretos y no alarmemos a las autoridades. Sigamos con el programa como si nada hubiera pasado.

Así pues, el tren partió a la hora prevista. Y como Millet debía atender a los invitados, quedamos en su despacho más tarde, una vez hubiéramos regresado a Barcelona. Por si acaso, Francisco y yo extremamos la vigilancia durante los viajes de ida y de vuelta.

Tal como había previsto, no se registró incidente alguno. El tren volvió a Barcelona en medio de la fiesta y satisfacción entre las autoridades, responsables de la empresa y el resto de invitados. Tan sólo la familia de Boada no podía reprimir la tristeza porque el viejo no hubiese podido ver realizado su sueño. Una vez en Barcelona, doña Teresa, la viuda, se acercó a mí.

—Señor Cardona —dijo—, le doy las gracias en nombre de la familia. Sé que mi marido, de seguir con vida, apreciaría enormemente su trabajo. Sin duda le debemos a usted el que el ferrocarril se haya hecho hoy realidad, y con él el gran sueño de mi esposo.

—Doña Teresa —respondí—, le agradezco sus palabras, pero sepa que tan sólo cumplí el trabajo que me encargó su marido.

—Ambos sabemos que su celo ha ido más allá del contrato con Tomás.

—Señora, quisiera pedirle que siguiera confiando en mí y permitiera que Francisco se instalara unos días en su casa de Mataró. Tengo motivos para sospechar que el hombre que ha estado detrás de los sabotajes de las obras podría intentar algo contra ustedes.

—¡Dios mío! —exclamó la mujer.

—No debe alarmarse más de lo necesario, es tan sólo por precaución.

Le expliqué brevemente parte de los hechos de la mañana, que habíamos visto a un individuo merodear por la estación con la intención de hacer algo. Decidí no explicar toda la verdad, para no provocar en la mujer más pánico del que ya tenía. También convencí al coronel de que



mantuviera el operativo de vigilancia algunos días y apostara una guardia discreta en la residencia de los Boada. El militar aceptó. Yo temía que Delgado no tardaría en reaparecer presa de rabia por su fracaso, aunque esta vez confiaba en poder darle caza definitiva.

A la hora convenida me presenté en el despacho de Millet, después de hablar con Francisco, explicarle los planes y que partiera hacia Mataró con la familia Boada.

—Pase, pase Cardona. Por fin acabó la pesadilla —dijo Millet nada más verme asomar por la puerta. Fumaba un cigarro recostado en un sillón y sostenía una copa de coñac en la otra mano. Hizo un gesto para que me sirviera yo mismo, lo cual hice de inmediato, aunque preferí mantenerme de pie.

—Comparto su alegría por el feliz desenlace de hoy, pero creo que la pesadilla no ha terminado. Delgado sigue ahí fuera —dije.

Millet se me quedó mirando unos instantes fijamente antes de volver a tomar la palabra.

—Quizás es ahora el momento de que me explique la versión completa de lo ocurrido esta mañana, Cardona.

—Lo cierto es que no vi a nadie en ninguna ventana. Simplemente fui hasta allí guiado por mi instinto y porque pude atar una serie de cabos sueltos.

—Soy todo oídos.

—Bien, pues todo irrumpió claro esta mañana en mi cabeza, mientras esperábamos en la estación la partida del tren. De pronto hallé la respuesta a una pregunta que retumbaba una y otra vez en mi cerebro. ¿Por qué Delgado atentó una semana antes contra un pequeño puente en lugar de hacerlo en el del Besós? De hecho le habría costado el mismo esfuerzo, con la diferencia de que incendiando ése habría impedido realmente el trayecto inaugural, pues la reconstrucción no hubiera sido tan fácil. La única respuesta posible era que lo que en verdad quería no era retrasar la inauguración, sino tan sólo desviar la atención y que la vigilancia se centrara en la línea porque donde quería realmente atacar era en la estación aprovechando la presencia de numerosos invitados.

—¿Y contra quién? —preguntó inquieto Millet.

—No estoy del todo seguro. Podría haber disparado contra las autoridades o indiscriminadamente, dado que al menos tenía diez fusiles preparados; aunque me inclino a pensar que su objetivo habría sido la

familia de Boada. Tenga en cuenta que en todo este tiempo jamás ha intentado nada ni contra la esposa ni los hijos del viejo. Eso me hace pensar que esperaba a hacerlo hoy.

—¿Y cómo supo que estaba en la plaza de toros?

—Una vez deduje que el objetivo podía ser la familia o en cualquier caso los invitados, busqué lugares desde los que podía venir un ataque. La vista se me fue a la plaza y entonces até todos los cabos... —No hizo falta que Millet me pidiera que siguiera con mi relato, pues su rostro lo pedía a gritos—. Entre los restos del puente incendiado en el Masnou encontré una tierra amarillenta muy distinta de la del lugar, por lo que deduje que llegó hasta allí en las botas del saboteador. En aquel momento pensé que si daba con aquel tipo de tierra me acercaría mucho a Delgado. Sin embargo, no conseguí identificarla. Pero hoy al mirar la plaza recordé el día que presencié una corrida, antes de que fuera clausurada. Y recordé la arena amarilla, que llaman albero y es la típica de los cosos taurinos. Todo ligaba. El grueso de la vigilancia pendiente de la línea; la familia de Tomás Boada como blanco fácil en la estación; el albero, y la plaza del Torín cerrada y solitaria como mirador privilegiado del evento... Si Delgado buscaba una oportunidad, ése era sin duda el mejor momento, de modo que casi sin pensarlo entré en la plaza forzando una de las puertas y me dirigí hacia el piso superior, al punto donde suponía se apostaría Delgado. No me equivoqué, ahí estaba. El resto ya lo sabe. Por fortuna los soldados me vieron forzar la puerta y me siguieron.

—¿Y ahora? —preguntó Millet.

—Ahora me temo que Delgado buscará el momento para matarme.

## Capítulo 36

### *Hacia una trampa*

Al salir del despacho de Millet me dirigí directamente a la calle Flassaders, donde tenía alquilada mi habitación. Estaba cansado y falto de sueño; tenía ganas de dormir hasta la mañana siguiente. Durante el camino, de vez en cuando giraba la cabeza, porque era cierto lo que le había dicho a Millet, que tenía el convencimiento de que me iba a convertir en la próxima víctima de Delgado. Lo leí en sus ojos de ira mientras luchábamos en el Torín. Además, el que demasiadas veces hubiera frustrado sus planes y matado a sus sicarios le habría creado la necesidad de acabar conmigo si quería seguir adelante con su venganza. Para mi desgracia me había convertido en serio obstáculo de un hombre muy peligroso.

Con estos pensamientos llegué a casa de la señora Mercedes, que me esperaba.

—Ha venido un hombre preguntando por usted —me dijo.

—¿Cómo era? —la interrogué alarmado.

—Alto, corpulento y mayor.

—¿Ha dicho cómo se llamaba?

—Sí, Anselmo Clavé —respondió doña Mercedes.

Evidentemente no podía ser. Anselmo no era ni alto ni corpulento. Un poco regordete, pero no corpulento, y además no aparentaba demasiada edad. Para estar seguro pregunté:

—¿Llevaba bigote?

—No.

Definitivamente no podía tratarse de Anselmo. Estaba claro que era Delgado. Pero ¿por qué se hacía pasar por mi amigo? Todo aquello no me hacía presagiar nada bueno.

—Me dio un mensaje para usted —añadió mi casera.

—¿Cuál? —inquirí sorprendido.

—Que le dijera «a mí los hijos de la viuda».

—¿Cómo?! ¿Está segura?

—Sí.

Identifiqué la frase como la llamada de ayuda entre los masones. Lo aprendí en la ceremonia en la que me ascendieron al grado de maestro.

—¿Ocurre algo malo? Ese hombre me dio miedo —añadió doña Mercedes.

—No se preocupe, es un conocido que me busca para temas de trabajo —mentí con la intención de tranquilizar a la mujer—. ¿Dijo algo más?, ¿dónde podría encontrarle?

—No, sólo lo de la viuda. ¿De qué viuda hablaba?

—No se preocupe, son cosas que decimos los del ferrocarril. Ahora debo irme.

—Vaya con cuidado, señor Cardona.

—Lo haré. Y no me espere. Quizá deba pasar la noche fuera.

Aquello no me gustaba nada. Me dirigí a toda prisa a la Barceloneta en busca de Anselmo. Iba a pesar de que era plenamente consciente de que me metía de lleno en una trampa, pero no tenía más remedio que arriesgarme al verse implicado uno de mis mejores amigos. Atravesé corriendo la plaza del Borne y poco después la de Palacio. Crucé la puerta de Mar y enfilé el paseo Nacional hasta llegar a la taberna donde a esa hora ya tocaba mi amigo.

Nada más entrar en La Bomba mis temores parecieron confirmarse. Anselmo no estaba en el escenario. Fui enseguida a la barra del establecimiento, a preguntar al propietario de la taberna.

—¿No está hoy el músico? —le dije con apremio.

—Pues no, y como aparezca le romperé la guitarra en la cabeza —contestó enfadado.

—No sabrá dónde puedo encontrarle...

—No —insistió con rudeza.

Iba a marcharme cuando el tabernero volvió a dirigirse a mí:

—¿Se llama usted Cardona?

—Sí.

—¿Y es amigo del músico?

—En efecto.

—Hace un par de horas un tipo trajo esto. Dijo que si venía un tal Cardona amigo del músico se lo diera.

Cogí un pequeño cartón que me era familiar: un resguardo del Hogar del Marino.

—¿Recuerda cómo era el hombre que le dio esto?

—Alto, corpulento y algo mayor —respondió el tabernero.

Era Delgado, volviendo a escena antes de lo que pensaba. Estaba claro que tenía prisa por acabar conmigo.

El mensaje que me enviaba no dejaba lugar a dudas: me esperaba en el Hogar del Marino y probablemente retenía a Anselmo como medio de coacción para forzar mi presencia. Allí me estaría aguardando no precisamente para hacer las paces conmigo. No quería ni pensarlo, pero no descartaba que ya hubiera asesinado a mi amigo, lo que no me perdonaría en la vida.

# Capítulo 37

## *Horror en el Hogar del Marino*

Los alrededores del Hogar del Marino estaban desiertos. Llegué hasta la puerta principal. No había rastro de actividad, aunque estaba seguro de que Delgado me esperaba dentro. Saqué mi pistola y la amartillé tras asegurarme de que tenía a mano mis otras armas habituales, el puñal y la porra de madera.

Empujé la puerta con cuidado. No estaba cerrada, tan sólo ajustada. Miré el interior y comprobé que estaba completamente a oscuras. Penetré con cuidado empuñando la pistola. Seguía sin ver nada. Avancé unos metros y la puerta se cerró tras de mí impulsada por su propio peso.

—¡Delgado! —grité para intentar vencer mi propio miedo—, ¿ahora te escondes tras las sombras, cobarde? Pensaba que íbamos a arreglar esto como hombres.

Entonces una especie de lámpara de aceite despidió una potente luz que me cegó por unos instantes. Cuando al cabo de unos segundos pude acostumbrar mis ojos, lo que vi me llenó de terror. Anselmo, mi amigo, estaba atado y amordazado, subido a un estrecho taburete y con una soga alrededor del cuello. Mi primer impulso fue ir a desatarlo, pero una voz me detuvo.

—¡Quieto! Observa bien a tu alrededor antes de hacer ninguna tontería innecesaria.

Era Delgado quien así hablaba. Apareció detrás de Anselmo apuntándome con una pistola y sosteniendo en la otra mano una cuerda que pude comprobar que estaba atada a las patas del taburete.

—Un gesto, un solo gesto, Cardona, y tu amiguito se balanceará a la vez que recibirás un balazo en la barriga —amenazó Delgado—. Y ahora desamartilla esa pistola y arrójala con cuidado al suelo, donde no puedas alcanzarla.

Hice lo que me ordenaba. Me sentía muy impotente, completamente a merced de aquel asesino, pero no tenía elección al menos por el momento. No podía apartar la vista del rostro de terror de Anselmo. Ese maldito Delgado tenía la sartén por el mango. Cómo me arrepentía de haber enviado a Francisco a Mataró con la familia de Boada...

—Todo esto no es muy masónico —se me ocurrió decir para ganar tiempo.

—Mi espíritu masón lo mató hace muchos años Boada —respondió.

—Fue un error, una acción de guerra que siempre le remordió.

Delgado me miró sorprendido de que conociera la historia.

—Sí, me lo explicó todo antes de morir —añadí.

—Todo eso de la masonería y las logias es una completa farsa, únicamente sirve para engatusar a cuatro idiotas como tú, tu amigo cantante y ese de la imprenta.

—En cualquier caso está claro que a ti no te sirvió de nada lo que te enseñaron en la logia Viriato —insistí al ver que seguía el diálogo, lo que esperaba que me diera alguna oportunidad. De hecho era mi única y desesperada baza.

—Ya que te veo muy aplicado, seguiremos jugando a los masones. Supongo que aún recuerdas bien tu reciente paso a maestro y toda esa patraña de Hiram y su muerte...

No contesté. Delgado seguía apuntándome con su pistola y sujetando la cuerda. No acababa de comprender por qué no me había matado ya. Hacía rato que podía haberlo hecho. Eso sólo podía significar que me tenía reservado algo más sofisticado.

—¿Recuerdas tu papel de Hiram, Cardona? —me preguntó.

Mientras, empuñó una regla de metal que tenía sobre una mesa a su derecha y que hasta el momento no había visto.

—Dice la leyenda que Hiram, tras acabar su jornada de trabajo, fue interceptado en el interior del templo por un compañero celoso de su saber que le reclamaba el secreto de un maestro masón —empezó a narrar Delgado—. Como se negó a facilitárselo, le golpeó con una regla.

Recibí un doloroso golpe en mi hombro izquierdo que casi me hizo caer al suelo. Entonces comprendí claramente el final que Delgado había pensado para mí: me iba a matar según el ritual masónico describe el asesinato del arquitecto del templo de Salomón.

Delgado tiró la regla, cogió una escuadra de madera y siguió el relato:

—Hiram intentó escapar, pero le cortó el camino un segundo rufián, que le reclamó lo mismo que el anterior. Negándose igualmente, recibió un segundo golpe con una escuadra.

Esta vez la herramienta impactó en mi hombro derecho, lo que me hizo tambalear de nuevo. Sabía cómo sería el tercer golpe, el que resultaría mortal, y me preparé para lo inevitable. Quise mirar a Anselmo, quien acabaría muriendo también ahorcado por mi culpa. Delgado continuó con su teatro.

—Hiram intentó escapar de nuevo, pero lo impidió un tercer malvado, que le reclamó por tercera vez el secreto, y ante la negativa lo mató de un certero golpe de mazo en la frente.

Vi delante de mí cómo Delgado alzaba el mazo. En aquel último momento decidí afrontar lo inevitable mirándole directamente a los ojos esperando el golpe mortal.

De pronto, inesperadamente, un destello a mi derecha seguido de una fuerte detonación detuvo al asesino, que soltó el mazo hacia atrás a la vez que caía de espaldas. Fueron unos primeros instantes confusos. No comprendía lo que pasaba, pero entonces giré la cabeza y vi a Francisco con una pistola todavía humeante en la mano.

Volví a mirar a Delgado, que desde el suelo se intentaba incorporar con esfuerzo. Sangraba abundantemente por el pecho. Aún aturdido por el dolor y medio sordo a causa del disparo de Francisco, pude ver cómo tiró de la cuerda atada al taburete sobre el que estaba Anselmo, que de pronto se agitó violentamente en el aire sostenido por la soga alrededor de su cuello. Mi amigo iba a morir sin que yo pudiera impedirlo.

—¡No! ¡Anselmo! —grité ante aquella visión terrible.

Nunca sabré de dónde saqué la fuerza necesaria, pero mientras veía a Delgado intentando recuperar su pistola, me abalancé sobre el mazo, lo alcé y lo hundí en la frente de aquel villano, que quedó inmóvil por fin en el suelo.

Mi siguiente impulso fue socorrer a Anselmo. Por fortuna, Francisco no había perdido el tiempo y consiguió sujetarle las piernas e izarlo lo suficiente para impedir que se estrangulara. Recordé que aún llevaba mi cuchillo entre mis ropas, y con él pude cortar la soga. Anselmo cayó al suelo con el rostro conmocionado y luchando por llenar de nuevo sus pulmones de aire. Le soltamos el nudo corredizo y empezó a respirar en



medio de una tos compulsiva. Al comprobar que estaba vivo, lo abracé a la vez que irrumpí en grandes sollozos.

—¡Anselmo, amigo, siento mucho todo esto, perdóname! —le repetí una y otra vez.

En cuanto hubo recuperado por fin la respiración, me abrazó igualmente llorando.

—Ha sido horrible, Rubén, ha sido horrible —dijo como pudo.

—Todo ha terminado —intervino Francisco.

Entonces, miré a aquel hombre que por segunda vez me había salvado la vida y le abracé también.

—Gracias, hermano, gracias.

## Capítulo 38

### *Un cambio de planes providencial*

No sabría decir cuánto tiempo permanecimos Francisco, Anselmo y yo abrazados en el suelo del Hogar del Marino. Poco a poco, mi amigo fue recuperando la respiración de forma normal. Francisco le envolvió un trapo empapado con aceite alrededor del cuello para calmar la rozadura que le había producido la soga. Por fortuna era leve por el escaso tiempo que permaneció suspendido.

A mí me dolían mucho los hombros por los golpes que me asestó Delgado con la regla y la escuadra. Fueron violentos pero contenidos porque había planeado matarme con el tercero, en su particular versión de la exaltación masónica al tercer grado.

Por supuesto, en cuanto recobré relativamente el control, comprobé que aquel asesino había realmente muerto. En mi vida no recuerdo haber golpeado a nadie con tanta saña como lo había hecho hacía unos instantes con Delgado. Su cuerpo yacía ahí, con un disparo en el pecho, que aún no entiendo como no le mató de inmediato, y la frente hundida.

Era el momento de pedir explicaciones a Francisco, de saber por qué, bendito sea el Señor, desobedeció mis instrucciones de ir a Mataró con la familia de Boada y apareció milagrosamente para salvarnos la vida.

—Hubo un cambio de planes —explicó—. Cuando nos disponíamos a salir de Barcelona, doña Teresa dijo estar muy cansada y un tanto indispuesta; no se veía con ánimos de afrontar el viaje hasta Mataró, por lo que decidió pasar la noche en el piso de Portaferri.

Francisco, ante la nueva situación, decidió venir a explicármelo y fue a verme a Flassaders.

—La señora Mercedes me explicó que usted había salido a toda prisa después de que ella le hablase de la visita del desconocido. Por la descripción que me hizo, deduje que era Delgado, y también que lo primero

que haría usted sería ir a La Bomba a comprobar si el señor Anselmo estaba allí o no.

—Eres maravilloso, Francisco —le dije sin fingida admiración.

—¿Y cómo apareciste aquí? —intervino Anselmo.

—Mientras llegaba a la taberna observé al señor Cardona salir con cierta prisa. No sabía qué era lo que pasaba exactamente, pero estaba claro que había problemas. Así que decidí seguirle a distancia.

—Estoy orgulloso de que un hombre que me ha salvado dos veces la vida sea también mi hermano —le manifesté mientras le estrechaba efusivamente la mano mediante el signo masónico.

—Lo mismo digo —añadió Anselmo repitiendo el gesto.

—Ahora tenemos que pensar qué hacemos con el cadáver de Delgado —advertí.

—Dejémoslo aquí —propuso Anselmo.

—No creo que sea una buena idea —dije—. No tardarán en encontrar el cuerpo y lo identificarán como el sacerdote que llevaba el centro. Las autoridades abrirán una investigación y no podemos arriesgarnos a que lo relacionen con el ferrocarril y con nosotros.

Finalmente, envolvimos el cuerpo con una manta y lo atamos con la soga que sirvió de horca para Anselmo. Francisco se lo cargó al hombro, pues era el único de los tres en condiciones de hacer tal esfuerzo, y aprovechando las sombras de la noche llegamos al puerto, al embarcadero situado al final de la Rambla. Atamos dos piedras a los extremos de la cuerda, que habíamos dejado más largos previendo esta circunstancia, lanzamos el cuerpo al agua y se hundió enseguida.

Así acabó la sangrienta historia de Juan Delgado.

## Capítulo 39

### *Ultimo viaje a la libertad*

—Señor, el capitán le reclama en cubierta.

El marinero cerró la puerta del camarote que Francisco y yo compartíamos desde que partimos del puerto de Barcelona rumbo a la costa de Senegal. Yo estaba cumpliendo la promesa que le hiciera a Boada en su lecho de muerte de devolver al viejo esclavo a su tierra natal; una deuda que saldaba más que complacido con aquel hombre que me había salvado dos veces de una muerte segura. Tal como había previsto el viejo indiano, el capitán del barco —una goleta que descubrí con sorpresa que había sido bautizada como *Espíritu de Viriato*— esperaba hacía meses las órdenes para partir con el rumbo ya fijado.

El capitán me aguardaba en el puente. Allí mismo, Francisco miraba fijamente el horizonte apoyado en la borda. Tenía la vista puesta a lo lejos, en la silueta de una isla muy cercana a la costa del continente africano, que habíamos bordeado desde que cruzamos el estrecho de Gibraltar.

—Eso es Goré —me comunicó el capitán.

Goré, conocida como la isla de los esclavos, última parada durante años de aquellos desdichados antes de partir hacia América. Francisco seguía con sus ojos clavados en ella, sin duda rememorando la última vez que estuvo allí. Me acerqué a él y rodeé sus hombros con mi brazo.

—¿Estás bien, amigo?

Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Nunca me has dicho cuál era tu nombre aquí en África...

—Madú —contestó.

—Es muy bonito. ¿Qué significa?

—No lo sé, hace ya mucho tiempo que no soy capaz de recordar las palabras de mi lengua.

Francisco estaba profundamente emocionado y lo estaría cada vez más a medida que nos acercáramos a la isla.

Tardamos tres horas que se hicieron eternas en fondear. El capitán mandó echar el ancla frente a un punto rocoso de la costa situado en la parte posterior de la isla, la orientada abiertamente al Atlántico. Encima mismo de las rocas y acariciadas por las olas, había una hilera de edificaciones.

Mientras unos marineros arriaban un bote al agua, el capitán me pasó un catalejo e indicó el punto donde desembarcaríamos. Miré y descubrí una estrecha puerta en una de las casas que daba directamente al mar.

—Ésa era la puerta por la que los esclavos abandonaban África. A esa casa la llamaban de los esclavos. Allí permanecían cautivos hasta que eran vendidos a los barcos negreros —me explicó el capitán.

Parecía conocer bien el lugar y su historia, por lo que deduje que también guardaba algunos recuerdos ahora inconfesables de aquella crueldad. Por respeto no quise abundar en el tema.

—¿Vamos? —pregunté a Francisco cuando el bote estuvo ya a punto. Asintió y descendimos.

Seis marineros manejaban los remos, y como el mar estaba en calma fue relativamente fácil alcanzar nuestro destino. Uno de los hombres saltó sobre las rocas y amarró el bote. Todo estaba a punto para desembarcar, y fue entonces la primera ocasión desde que lo conocía en que vi una muestra de flaqueza en el valor de Francisco.

—Vuelve a tu casa amigo, yo te sigo —le animé.

Finalmente Francisco saltó del bote y se dirigió a la puerta. Justo en el umbral se detuvo. Volvió un instante la cabeza, me miró y me dirigió un gesto afirmativo de cabeza. Atravesó la puerta y entró de nuevo en África décadas después de haberla dejado. Esperé unos respetuosos segundos y le seguí.

La casa tenía el aspecto de estar abandonada. Según me había explicado el capitán del *Espíritu de Viriato*, hacía ya años que había dejado de ser utilizada para el tráfico de esclavos.

Irrumpimos en una zona muy sucia y poco cuidada. Era una especie de distribuidor con habitaciones en los laterales que supuse habían sido las celdas donde se hacinaban los esclavos antes de embarcar. Atravesamos un corto corredor y salimos a un patio de forma circular. Dos escaleras conducían al piso superior, que tenía una halconera que rodeaba todo el patio. No costaba imaginar a aquellos hombres en ese coso cargados de cadenas, muertos de miedo y los negreros pujando por ellos desde el palco circular.

El lugar parecía abandonado y tan sólo vimos a unos niños africanos jugando en la entrada principal de la casa que huyeron casi despavoridos al vernos. Francisco observaba desde el centro del patio el lugar. Al cabo de unos instantes se dirigió de nuevo adentro y pude ver cómo penetraba en una de las celdas, quizá la misma en la que él había estado hacía muchos años. Decidí no importunarle y dejarle solo un rato con aquellos amargos recuerdos.

Mientras, yo seguía observando detenidamente la casa. Cuánto dolor y horror habían albergado aquellas paredes. De vez en cuando algunos niños asomaban la cabeza por la puerta para mirarme, y cuando me apercibía de su presencia volvían a huir, las últimas veces entre risas, convirtiendo el susto inicial en un juego.

Así pasaron unos treinta minutos. Lo cierto es que no estoy seguro, porque en aquel lugar el tiempo parecía correr de otro modo; en cualquier caso pensé que había sido el prudente y suficiente como para ir de nuevo al encuentro de Francisco. Entré en la celda y encontré a mi compañero sentado en un rincón, con la cabeza apoyada en sus brazos, cruzados sobre las rodillas flexionadas.

—No te tortures más, amigo. ¿Quieres que demos un paseo por la isla?

No me contestó y siguió en la misma postura. Me acerqué más y volví a llamarle:

—Francisco, ¿estás bien?

Seguía sin reaccionar. Ni tampoco cuando lo toqué con la mano y noté que estaba gélido. No podía ser. Le tomé el pulso y confirmé lo que me temía, que estaba muerto. Una profunda tristeza se apoderó de mí y no pude evitar las lágrimas. Me consolé al rato al pensar que Francisco había fallecido libre justo donde había partido esclavo de África. De alguna manera, deduje, ya lo tenía planeado, él sabía que iba a morir en Goré, que no volvería a marcharse de África. Había sido su particular venganza contra la esclavitud.

Dimos sepultura a Francisco en un punto elevado de la isla de Goré, al pie de un acantilado desde donde se vislumbra el continente por un lado y el océano por el otro. Pensé que le habría gustado el lugar, entre los dos mundos que había conocido. En una pequeña piedra plana que utilicé a modo de lápida, grabé su nombre: Madú, y debajo, como pude, grabé un compás y una escuadra entrecruzados, el signo de los masones, los primeros seres humanos que le consideraron un igual al admitirlo en su fraternidad.



# Capítulo 40

## *Rumbo a casa*

Permanecí en cubierta hasta que perdí de vista Goré. Entonces bajé a mi camarote. Extraje un viejo papel de mi bolsillo y leí:

En el gran templo de los masones.  
En la capilla del de la espada y la cruz.  
Bajo el emblema de la sabiduría, la belleza y la fuerza.  
Empieza el camino hacia el tesoro llegado de Sión.

En cuanto llegara a Barcelona iría en su búsqueda... Pero ahora estoy cansado. Esta historia la explicaré otro día.

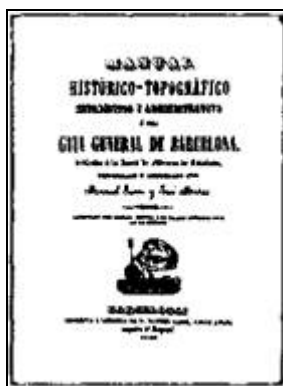
## *Notas finales del autor*

La aventura narrada en esta novela está basada en parte en hechos reales acaecidos en Barcelona durante la construcción de la primera línea de ferrocarril en España, la que unió a partir de 1848 la capital catalana con Mataró, ciudad natal de su promotor, el indiano Miquel Biada, por supuesto inspirador del personaje de Tomás Boada. El autor cree de justicia el cambio en el nombre después de haber introducido elementos en la ficción que no se corresponden con la biografía real de Biada. Sirvan pues estas líneas de homenaje al hombre que dio lugar a esta historia Las vidas de Boada y Biada, no obstante, coinciden en múltiples aspectos. Así, ambos nacieron en Mataró y emigraron a América en busca de fortuna, en concreto a la actual Venezuela. Biada, como Boada, combatió a los independentistas de Simón Bolívar y es cierto que destruyó su flota para impedir que cayera



en manos de los libertadores. En cambio, es pura ficción la iniciación de Boada en la masonería en Maracaibo y la trama de venganza que desencadena la matanza en una reunión de la logia. Tampoco consta la presencia de un criado negro ex esclavo al servicio de Biada cuando regresa a Catalunya. Sin embargo, sí existen evidencias de que Biada realizó operaciones de compraventa de esclavos, según han demostrado recientemente las investigaciones de Manuel Cusachs, biógrafo del indiano.

En la novela conviven personajes totalmente salidos de la imaginación del autor con otros reales, aunque adaptados a la historia. Entre los primeros se encuentra el protagonista, el ex policía Rubén Cardona. Igualmente el ex esclavo Francisco y el malo de la historia, Juan Delgado, son enteramente ficticios, no así otros personajes que se cruzan en la vida de Cardona y Boada. Uno de ellos es Manuel Saurí, quien fue realmente un importante librero y editor de la época cuyo establecimiento se encontraba en el mismo sitio que la imprenta que regenta en la novela, en el número 65 de la calle Ancha, esquina con Regomir. Saurí es autor, junto con José Matas, de una obra que ha sido clave a la hora de documentar esta novela. Se trata del *Manual histórico-topográfico, estadístico y administrativo, o sea Guía General de Barcelona*, editado en 1849. Esta guía puede encontrarse fácilmente en librerías de lance en alguna de sus ediciones originales y también en facsímil. La obra incluye un indispensable plano de Barcelona de 1848 que ha sido documento de cabecera a la hora de describir los recorridos de los personajes por la ciudad y respetar el nombre de las calles en la época.



Por supuesto también es real el músico Anselmo Clavé, amigo de Saurí y Cardona en la novela. Es cierto que Clavé se ganó en su juventud la vida tocando la guitarra por tabernas, aunque no consta que lo hiciera en las

pudas de la Barceloneta, locales malolientes que se establecieron en las cercanías del puerto, en lo que hoy es el paseo Juan de Borbón. De hecho, alguno de los típicos restaurantes de esta zona conserva aún la denominación de puda en su nombre comercial y hasta se encuentra en el mismo edificio que ocupara su antepasada taberna portuaria.

También forma parte de la nómina de personajes reales Narciso Monturiol, el inventor del submarino, que aparece en el episodio donde se narra la iniciación masónica de Cardona como un miembro más de la logia donde tiene lugar la ceremonia. Junto con Monturiol está el escritor Antonio Altadill, que además de colaborar con aquél en el proyecto del submarino fue autor del folletín de gran éxito *Barcelona y sus misterios*, que guarda gran semejanza con otras obras de referencia del género como *Los misterios de París*, de Víctor Hugo, y *El conde de Montecristo*, de Alejandro Dumas. La breve aparición de estos dos personajes debe interpretarse como un personal homenaje del autor, lo que en términos cinematográficos o televisivos se denominaría un carneo.

Llegados a este punto, debe advertirse al lector de que la pertenencia de Saurí, Clavé, Monturiol y Altadill a la masonería no está en absoluto documentada, a pesar de que no es extraño encontrar a los tres últimos en algunas listas de masones ilustres. Su presencia en una logia de Barcelona es totalmente producto de la ficción y conveniencia del relato. Añadir igualmente que la descripción de las ceremonias de iniciación, pase a compañero y elevación a maestro masón a las que es sometido Cardona están basadas en las que realmente se siguen realizando en las logias de todo el mundo, aunque cabe advertir que convenientemente adaptadas y en algún caso simplificadas. El autor ha tomado como referencia textos encontrados en internet y en algunos casos pertenecientes a rituales masónicos distintos. Pese a estas distorsiones, las ceremonias descritas se corresponden a grandes rasgos con las verdaderas, aunque algunas de las palabras y acciones estén quizás alteradas, como han advertido fuentes conocedoras de ellas que han tenido acceso al manuscrito de la novela.

De todas formas, debe aclararse que la actividad de las logias masónicas en Barcelona en aquellos años debía de ser más que precaria. Esta sociedad estaba prohibida y perseguida desde el reinado de Fernando VII, por lo que sus miembros actuaban en total clandestinidad. Tan sólo durante el trienio liberal (1820-1823) había estado permitida. Existe muy poca documentación de la época sobre logias en la capital catalana. Tan

sólo se conoce la apertura de un par en el año 1849, que tuvieron que clausurarse enseguida a causa de la persecución. Como ejemplo, destacar que en 1853, cinco años después de la inauguración del tren Barcelona-Mataró, fueron detenidos y condenados los miembros de la logia San Juan de España, que mantenía sus reuniones en el actual barrio de Gracia, en aquel entonces todavía un municipio independiente fuera de las murallas.

El detalle de las distintas ceremonias masónicas tiene un doble objetivo. Por una parte, ofrecer información al lector sobre esta sociedad secreta, pero también facilitar la comprensión sobre el desenlace final de la historia y entender por qué el malvado planea una muerte tan sofisticada para el protagonista. La leyenda de Hiram forma parte de los orígenes legendarios de la masonería y su muerte se representa efectivamente en la ceremonia del tercer grado o de maestro.

Respecto a algunos de los sucesos narrados en esta novela, también la mayor parte están inspirados en los realmente acaecidos, pues la construcción del tendido férreo estuvo rodeada de continuos incidentes y sabotajes, así como de la oposición de algunos grupos económicos de la ciudad, especialmente los propietarios de las líneas de diligencias. La conferencia que el ficticio doctor Juan Nadal pronuncia en contra del ferrocarril está basada en los argumentos que realmente se blandieron en la época y que hoy día se enmarcarían más en la superstición que en la ciencia.

Otras referencias históricas, como el bombardeo sobre la ciudad desde Montjuïc ordenado por Espartero y el asalto a la Ciudadela son igualmente reales. Miguel Biada, como Tomás Boada, también murió meses antes de la inauguración de la línea, aunque no en la forma narrada en la novela, y una semana antes un puente fue objeto de un atentado. En cambio, en la obra aparece la esposa de Boada, cuando la de Biada había fallecido unos años antes.

El autor ha intentado respetar la mayor parte de las ubicaciones. La primera estación se erigió en el mismo punto en el que aparece en la narración, muy cerca de la desaparecida plaza de toros de la Barceloneta. Conocida como el Torín, es igualmente verídico que en el momento de la inauguración del tren estaba clausurada por orden gubernamental a causa de los incidentes explicados en la historia.

El autor reconoce el uso de licencias que sitúan hechos y lugares fuera de contexto histórico. Así, en los primeros capítulos Cardona decide tomar

un bocado en la Buñuelería del Tío Nelo, histórico y real local barcelonés que se encontraba en los bajos de los porches de Xifré. Se habla también de la Bolsa, situada en la novela frente a los porches, en el histórico edificio de la Lonja. Pues bien, ésta es quizá la más flagrante licencia cometida, pues en la Lonja no hubo actividad bursátil hasta 1915, cuando el mercado de acciones fue creado oficialmente en Barcelona. Hasta entonces esta actividad tenía lugar en otros puntos de la ciudad.

La novela no finaliza en Barcelona, sino en la isla de Goré, en la costa de Senegal, frente a la ciudad de Dakar. La isla existe y es actualmente una de las principales atracciones turísticas del país africano. Igualmente real es la Casa de los Esclavos, hoy convertida en museo y que sirvió como punto de venta de seres humanos, entre ellos el ficticio Francisco. Y efectivamente existe la puerta del no retorno, una estrecha obertura en la parte posterior de la casa que da directamente al océano Atlántico. Por esa puerta abandonaban centenares de personas África con destino a América.

No obstante, debe aclararse que Goré no fue un enclave central en el tráfico de esclavos. Más bien registró una actividad relativamente baja, pues los historiadores calculan que pasaron tan sólo unos quinientos esclavos al año por la isla. El que hoy se haya convertido en referencia de tan despreciable comercio se debe a la singularidad del enclave y a su atractivo turístico.



***This file was created***

***with BookDesigner program***

***bookdesigner@the-ebook.org***

***11/09/2011***